

DEDICATORIA

Como tributo de admiración y amistad,
ofrezco este trabajo al Sr. Dr. Dn.

Manuel María Sánchez,

gran poeta, notable periodista, hábil político
y orgullo de mi Patria.

El Autor.

DANIEL B. HIDALGO

ESTUDIANTE DE JURISPRUDENCIA EN LA
UNIVERSIDAD GENERAL

EL MILITARISMO

sus causas y remedios



QUITO - ECUADOR

IMPRESO POR B. RAC

ADVERTENCIA



D ESEARIA con toda la sinceridad de mi alma ingénuo, que este trabajo cuando vea la luz pública, no sea el espejo en el cual los pueblos extranjeros vean nuestras miserias arraigadas desde el origen de nuestra vida autónoma, ni sea el medio por el cual se justifique nuestro desprestigio ante el mundo civilizado. Quisiera que su utilidad — si puede tener — se circunscriba á recordar los males que han obstruido nuestro progreso, muertos al conjuro de una regeneración, no sólo del pueblo ecuatoriano, sino también del gobierno. Deseo retratar vicios políticos y administrativos no del presente sino de tiempos idos. El horizonte tenebroso, que se ofrecía hasta hace poco, á la consideración de los hombres que

se preocupan de los problemas sociales, parece haberse aclarado, y puede asegurarse, que se entrevé una aurora de felicidad para el Ecuador. Los hechos últimamente desarrollados, que á la simple vista y dadas las ligerísimas noticias de la prensa del exterior, nos presentan ante el mundo como salvajes y caníbales, parecen ser la manifestación de la muerte del gran monstruo, que ha roído las entrañas de las jóvenes nacionalidades sud-americanas desde que salieron del coloniaje; la lógica de los acontecimientos asegura, hasta cierto punto, que los ecuatorianos hemos iniciado una vida de seriedad y honradez, que nos hará merecedores de vivir bajo el auspicio de los principios de la Libertad y el Progreso. Después de un largo período de vicisitudes, de violaciones de leyes y derechos, justo es que se inicie una época en la cual se puedan desarrollar las energías sociales ó individuales sin ninguna traba.

Si en los gobernantes actuales hay buena fe y verdadero patriotismo, ya no tendremos para avergonzarnos ni Veintemillas ni Alfarcos que nos envilezcan y dominen con la fuerza de sus soldados inconscientemente criminales, porque ellos encarrilarán á la nación por un sendero digno del porvenir que debemos esperar; ya no habrá tampoco caudillos militares que ensangrenten los campos vírge-

nes con guerras fratricidas, nacidas al calor de bastardas y criminales ambiciones que condenan el patriotismo y la justicia; el soldado no obedecerá el capricho ciego y la voluntad versátil del déspota militar, sino á su honor y á su deber fijado por la ley y su decoro.

Me daría por satisfecho, si á la hora presente, más que para evocar tristes recuerdos de un pasado luctuoso, envuelto en duelo y empapado en charcos de sangre, sirviera este trabajo de una recordación fúnebre, generadora de espanto y asco y no de tristezas y sollozos por el extinto militarismo, muerto á los esfuerzos titánicos de un pueblo lleno de rebeldías y de altivez incomparables. Quisiera, que al narrar los grandes males que causa el militarismo en los pueblos que lo han soportado ó lo toleran todavía, sea, para el Ecuador, no el diagnóstico angustioso de un enfermo que al peso de sus dolencias camina al sepulcro, sino un estudio de autopsia en un cadáver, acaso, enterrado ya, en las fosas profundas del olvido. Desearía que, sea este libro, el recuento y rememoración de desgracias extinguidas, de vicios muertos, de plagas extirpadas por la reacción benéfica, operada en el espíritu nacional y no el anatema de hechos actuales.

Con todo de creer que el militarismo es la resultante de múltiples causas de todo gé-

nero, y de pensar, que para su extinción es menester, no la muerte de sus representantes, sino el tiempo que lo reduce todo á polvo, ayudado de la conjunta voluntad bien intencionada de muchos individuos, con el fin de conjurar este mal, deseo, para consuelo mío, pensar basado en esperanzas y confiado en que la caída del alfarismo coincide con la muerte del militarismo en el Ecuador (1). En efecto, todo parece concurrir, en este solemne momento histórico, para iniciar el verdadero sistema de Republicanismo Democrático, quitando de por medio, todo obstáculo que se oponga al mejoramiento del organismo social. Larga ha sido la noche de oprobio en que hemos vivido los ecuatorianos, á merced de los caprichos de los déspotas de todos los partidos y de los intrigantes sempiternos, henchidos de maldad para causar daños sin cuento y paralizar el movimiento progresivo de la Nación. Después de duras experiencias deben sucederse profundas reflexiones para seguir la senda de mejoramiento general y llegar á la cima de la felicidad futura que no será otra, que el triunfo de la Justicia sobre la iniquidad.

Por lo demás, lejos de mí la pretensión, de que este trabajo sea completo y perfecto. Talentos de grandes alcances como los del

(1) O por lo menos, con su debilitamiento y lenta destrucción.

Dr. Leonidas García y Luis N. Dillon han abordado esta materia, revelando en sus estudios profunda observación y galanura de estilo, y mal podemos hombearnos con ellos. El público encontrará, acaso, repeticiones de lo que los dos escritores anteriormente citados han dicho; esto es debido á que empecé á hacer las apuntaciones de este ensayo con anterioridad a ellos, basado en los mismos hechos observados por los nombrados escritores y tal vez á través del mismo prisma de apreciación, no habiendo publicado antes, por motivos independientes á mi voluntad. Además pueden parecer repeticiones, porque la naturaleza misma del asunto se presta para concluir principios idénticos.

Hago, por último, la declaración, de que siendo como soy, conocedor de mi deficiencia reconozco muchas faltas y que para haberme resuelto á publicar no obstante esto, me escudo en la indulgencia del público sensato y tolerante.

INTRODUCCION

LAS Sociedades como los individuos tienen enfermedades y vicios que los llevan á la ruina ó á la muerte. Los individuos considerados, ya como miembros de un agregado social, ya como hombres con deberes y derechos propios de su naturaleza, tienen en estos casos el deber de contribuir con sus esfuerzos á salvar á la sociedad en que viven y sus propias existencias so pena de ser criminales y suicidas. Deber y grande es, para todo hombre honrado, dar á conocer á sus compatriotas las miserias y males sociales, los vicios y enfermedades que corroen y destruyen el organismo nacional, á despecho de la fría indiferencia de unos ó de la animadversión henchida de envidia y egoísmo de muchos. Si los ecuatorianos conocemos y palpamos, no sin tristeza, nuestras debilidades y faltas, que de no corregirnos nos arrastrarán irremisi-

blemente, á una ruina segura ó á la muerte como entidad política, ¿por qué no hablamos alto y muy claro, sin miedo, sin vacilaciones, sin hipocresías al público y le convencemos del abismo que le espera si no cambia de senda buscando un Norte seguro? ¿Por qué no podemos hablar la verdad pese á quien pese, fustigando, condenando, maldiciendo á los malvados que no son otra cosa que los representantes típicos de los vicios sociales?

Por esto, nosotros, teniendo como mira la felicidad nacional y como fin el mejoramiento del Ecuador, vamos á abordar el estudio de una materia superior á nuestras fuerzas por su complejidad y por su naturaleza misma.

La vida social como la vida de los individuos biológicamente considerada, da lugar, en determinadas condiciones, á un desequilibrio de sus fuerzas, que afectan á la existencia y que llamamos, en el primer caso, atraso social, retroceso, estancamiento, y en el segundo, enfermedades. Estas formas de desequilibrio vital son múltiples, como múltiples son las manifestaciones de la energía cósmica. Para no extendernos, diremos brevemente, talvez de un modo incompleto, que el desequilibrio puede ser, ya en el organismo, esto es, en su estructura, ya en las funciones; y dentro de cada caso, en una ó más partes del todo organizado ó en una ó más funciones, es decir, que en tratándose del aspecto meramente orgánico y de éste en su actividad ó ejercicio, puede engendrarse el desequilibrio, ó por falta en la organización, ó por una

organización inadecuada al fin que se persigue; ó por un funcionamiento incompleto, extraviado de su fin ó excesivo. Si como en las sociedades de la antigüedad y aun en algunas modernas el principal elemento de desequilibrio es la clase sacerdotal, tendremos como hemos tenido, en muchos siglos y naciones el despotismo religioso, tanto más terrible, cuanto más fanáticos sean los pueblos en los cuales sienta sus reales con su fúnebre cortejo de inquisiciones, sacrificios humanos, castas, es decir, desigualdad, ignorantismo, miseria, etc. Si el desequilibrio proviene de los poseedores del elemento económico, da nacimiento al capitalismo, esto es, al despotismo de los ricos sobre los pobres, de los poderosos contra los débiles, tanto más terrible, cuanto que constituye, frecuentemente, un poder oculto, invencible, que se apodera de los gobiernos, que compra congresos, periódicos y hasta opinión pública y dirige á su capricho los destinos del mundo; poder formidable, que decreta la miseria de millones de hombres con más facilidad que el último suplicio un déspota oriental. Finalmente, si el ejército rompe con su fuerza la armonía social engendrando el estancamiento, cuando no el retroceso, se produce el militarismo. De este gran mal, de este gran crimen social, vamos á tratar, indicando, si acaso podemos, los medios con los cuales se puede extinguirlo, los remedios para restablecer el progreso nacional, y contribuir al perfeccionamiento del grupo al cual pertenecemos.

Hemos creído, conducente á nuestro fin, hacer esta división tripartita de la *involución* (1) social porque en el hombre encontramos, por lo menos, estos tres aspectos: el psicológico (creencias, doctrinas, partidos); el fisiológico ó más bien biológico (fuerza); y el económico (miseria, riqueza, explotación, esclavitud, etc.) Cuando estas fuerzas se aplican, de tal manera que prestan su utilidad á la conservación de un agregado social, dando su contingente dentro de ciertos límites y con arreglo á ciertas condiciones y reglas, habrá desarrollo en la inteligencia, lo que Novicow llama *intelectualización*, progreso y enriquecimiento social; es decir, mejoramiento, evolución.

La Historia de todos los tiempos y naciones y, ¿por qué no decirlo? la experiencia en una sección del continente, tan reducida como la de nuestra República, nos demuestra que, lejos de la normalidad de la vida política y social, lo ordinario es y ha sido un desequilibrio marcado, producido á causa de que los representantes de la política van más allá de lo que su órbita de acción les señala, ó no cumplen su misión estrictamente. Los sacerdotes se salen de sus funciones eclesiásticas y escalan las gradas del poder para tiranizar; los capitalistas explotan á la miseria personificada en el proletariado del campo, que en nuestra República ha revestido la forma de la más cruel esclavitud y en los

(1) Involución vale tanto como retroceso, embrutecimiento, según lo entienden varios sociólogos.

trabajadores de la ciudad, que no tienen más patrimonio que sus brazos debilitados por el hambre y la impericia causada por su ignorancia. Esos sacerdotes, esos capitalistas, esos explotadores y malos políticos, son la causa directa del estancamiento general; con los monopolios odiosos, con el sistema de esclavitud y con la ambición del poder desmedida se apoderan de la opinión pública y hasta de los gobiernos como en los Estados Unidos. Los militares que abusan de la fuerza, matan toda idea de civilización, ahogan todo sentimiento humano y se alzan con la autoridad causando infinitos males á los pueblos.

Sin entrar en disquisiciones filosóficas, ni analizar la bondad ó maldad de la milicia como institución, trataré sólo del conjunto de sus vicios: es decir, del *Militarismo* propiamente dicho. El exceso de influencia de toda fuerza es desastrosa. El clero que tiene un fin bueno ó malo según los individuos que lo juzguen, cuando sale de sus límites, produce el clericalismo, como en los negros tiempos medioevales; el capital engendra el capitalismo, y la milicia el militarismo: los tres puntos negros de toda sociedad humana, los mayores males que ha visto la Historia; las tres grandes plagas que abaten á los habitantes de este mísero planeta.

Muchos autores, como Hamon, Guillermo Ferrero y otros combaten la milicia en sí misma, como institución, y no faltan quienes combatan, en su principio esencial, la religión, el clero y el capital; pero para llegar á tal punto es menester ser ó gran idealista, soña-

dor en la absoluta perfectibilidad humana, en un futuro más ó ménos lejano, ó un observador superficial, que no advierta los hechos corrientes de la vida práctica ó, finalmente, que desconozca lo que constituye la esencia de la naturaleza humana. Cierito, muy cierto que la guerra tal como la han considerado filántropos, historiadores y sociólogos es un mal necesario: en efecto, la muerte sea ejecutada por ejércitos, sea causada por la mano aleve de un homicida, sea decretada por lo que tenemos por justicia es, debe ser un mal, porque el hecho, esencialmente considerado, no varía de naturaleza, ni de valor moral por las circunstancias y accidentes que le acompañan, si es que se admite una moral absoluta. La naturaleza humana tiene muchas contradicciones, si pudiéramos llamarlas así, en su desenvolvimiento histórico. Lo absurdo envuelto con el manto de la verdad y el bien, han sido causa de que, no pocas veces, se hayan sacrificado muchos hombres, verdaderos apóstoles de la justicia, en aras del fanatismo despiadado. La guerra es un mal, un gran mal, aunque digan lo contrario hombres ungi-dos con la gloria militar como Moltke; eso de que esté en la naturaleza humana la Ley de la lucha para el mejoramiento general, no quiere decir, que deje de ser la lucha armada lo que es. Es un hecho natural, dirán los admiradores de la guerra, los que creen fanáticamente que es un remedio universal para curar las dolencias de la especie humana; sí, es un hecho natural, tan natural como un terremoto, un incendio, un naufragio, que pue-

de generar, como en efecto, ha generado, algunos bienes, porque como lo dijo Spencer, aún en el fondo del mal hay algo de bien, y viciversa, en el bien absoluto algo de mal. El incendio, el terremoto, el naufragio pueden destruir cosas inútiles, cosas viejas ó inservibles, pero, ¿podremos decir que constituyen un bien en sí mismos? Nó, mil veces nó....

Nosotros no combatiremos ni al clero en sí mismo, ni al capital en su naturaleza, ni á la milicia en su principio, sino á sus vicios. El hombre tiene ideas, sentimientos y voliciones, una tendencia á lo infinito, á lo absoluto, percibe las miserias de la vida y se consuela con esperanzas veladas por el misterio: de aquí las religiones. Por esta misma razón vemos en la Historia de la Civilización Occidental una larga noche de mil años de fanatismo religioso en la cual florecieron la ignorancia y el crimen, la opresión y la servidumbre. El individuo existe, debe vivir; de aquí la propiedad y de ésta, el capital, esto es, la riqueza que ha significado muchas veces explotación y causa de miseria de la mayoría de los asociados. El hombre tiene derechos, teme por ellos y por su vida; por esta razón, la defensa, es decir, la fuerza aplicada á este fin, esto es, en tratándose de pueblos, el ejército. Todo tiene su razón de ser y en esto estriba el porqué de su existencia: el fin, la utilidad, en un momento dado, es ó puede ser la causa eficiente.

Ya lo dijo un gran escritor, al cual nos referimos con frecuencia: «desgraciadamente,

donde haya vida habrá siempre enfermedades, porque está en la naturaleza de las cosas, forma parte de la condicionalidad de su existencia», y de igual manera, podemos decir, nosotros, donde haya sociedades habrá siempre vicios sociales y á éstos debemos combatirlos en todo tiempo para menguar sus males y dolores.

Declaramos, sinceramente, que lejos de nosotros está referirnos á los personalismos y, si en el curso de este trabajo, nos deslizamos *en este sentido, consciente ó inconscientemente*, es porque muchas veces los individuos encarnan una doctrina, un principio, al tratar de considerar los hechos históricos de un pueblo, y siendo el centro impulsivo del cual procede la mayor parte de los hechos buenos ó malos de una entidad política, es natural referirnos á lo que de un modo inmediato se tiene como causa, sin negar por esto, que ahondando la consideración histórica, el origen está más lejos, en el fondo del espíritu público, el cual es formado por la herencia, las tradiciones, el medio ambiente, etc.

CONCEPTO DEL MILITARISMO

FEL militarismo es el conjunto de vicios sociales y políticos que mata á los pueblos más robustos, ahogando en sus manos todas las virtudes que engrandecen á una nación ó á una raza; el militarismo vale tanto como criminalidad, delincuencia, violencia, robo, ignorancia y servilismo; es la escuela del crimen según afirma Hamon. Es la intromisión de los individuos de sable y fusil en todas las funciones del Estado; es la influencia salvaje y corruptora del cuartel en el hogar, en la escuela y en las calles. En política, el militarismo, es tiranía, imposición, ruptura de la Constitución y de las Leyes, traición con los principios que proclaman sus mismos representantes y traición con los derechos de la Patria; es guerra civil, fuente de infinitos males según nos lo prueba la Historia de un siglo de vida anárquica, y la experiencia amarga que todos los ecuatorianos palpamos frecuentemente; es la causa inmediata y directa del estancamiento nacional en más de un aspecto.

En economía, el militarismo, es bancarrota para el Estado y miseria para los asociados, es descrédito en el exterior y pecula-

do, agio, explotación y robo de los funcionarios públicos en el interior; es desequilibrio del presupuesto nacional, aumento de gabelas é impuestos, dando por resultado, la muerte de las poquísimas industrias que han nacido en el Ecuador y el aniquilamiento de su comercio incipiente y anémico por falta de numerario y de confianza pública, que son los factores principalísimos de su desarrollo; es aumento de la ociosidad, porque los cuarteles, tales cuales son en la actualidad, no pueden desarrollar sino la ociosidad, la corrupción y el vicio y como esta gente de cuartel da de su abundante contingente la mayoría de los candidatos para toda clase de empleos y cargos públicos, una vez, que los soldados del militarismo están encaramados en los cargos y empleos llevan consigo necesariamente el sello de su espíritu y psicología; finalmente, es la protección del parasitismo elevado á sistema, porque sustrae al trabajo abundantes fuerzas y energías que deben ser utilizadas, porque secan innumerables fuentes de riqueza impidiendo su incremento; porque engendra la injusticia en la distribución del banquete de la vida, prodigando cuantiosos sueldos, muy por encima de su justo precio por el trabajo ejecutado, y en cambio, usurpa, ésta es la palabra, lo que según justicia les corresponde á los que mojan de sudor su frente y encallecen sus manos con el verdadero trabajo. El militarismo es por ésta y por otras muchas razones el enjambre de zánganos que se alimentan con el producto del trabajo de la colmena de abejas que forman el resto de las gentes.

El militarismo es un mal moral, porque como dijimos ya, repitiendo el pensamiento de un gran escritor, es la escuela del crimen. La estadística rudimentaria de nuestro país, como también, las de otros países que se encuentran en un estado más ó ménos igual al nuestro y, hasta la de pueblos cultos, como las de Alemania, Francia, etc., demostrando están, con hechos elocuentes, que el militarismo ilustrado de la vieja Europa y el militarismo estúpido é ignorante de nuestras minúsculas Repúblicas, son los que más criminales dan para turbar la tranquilidad pública, quedándose la mayor parte de las veces, en la impunidad horrendos crímenes que, de haber verdadera justicia, sus autores irían, irremisiblemente, á poblar las oscuras celdillas de un presidio. El militarismo rompe con sus escándalos frecuentes la seguridad pública y da al traste con la justicia; es desigualdad social, porque el soldado, aun aquel medianamente ilustrado, y más aún, el nuestro que es literalmente analfabeto, se cree que pertenece á una clase privilegiada distinta de la de los demás, influyendo decididamente en formar en los oscuros espíritus del soldado esta convicción absurda, su traje de dorados y vivos muy distinto del sencillo usado por los paisanos, y porque se creen que tienen derecho á que se les alimente, opíparamente, con los dineros producidos por el trabajo laborioso de los demás, siendo como son los zánganos de toda sociedad; es un mal, porque del militarismo es la violencia, el escándalo, la brutalidad: porque con sus actos

de paisanos como si el lobo se pusiera piel de cordero, han destruido imprentas, han apaleado á periodistas ó á ciudadanos pacíficos por ser enemigos del *régimen imperante*. Ellos, locamente, han querido cerrar los labios de ciudadanos altivos para que no digan al mundo la verdad, ellos los que han querido dar un círculo de hierro, para que dentro de él, en una larga noche se agite el pensamiento que no tiene límites que circunscriban su actividad. Los soldados son los que unidos con el clericalismo han querido avasallar las conciencias.

Pero en lo que se refleja, claramente, el militarismo, con todo de manifestarse siempre y donde quiera que se le considere con signos bien distintos respecto de los cuales es imposible equivocarse, es en las guerras civiles. Nuestros países, á más de ser incipientes son muy pobres, y esto constituye el origen de muchos de nuestros males, de aquí que debemos considerar la base, causa y condiciones que producen un hecho, antes de estudiarlo en sí mismo. Así, pues, el militarismo tiene, á mi ver, como principal causa, sin ser la única, — varias lo generan — la cuestión económica, es decir, la pobreza generalmente extendida en las capas sociales, que á su vez se origina por varias causas.

EL MILITARISMO ANTE LA HISTORIA

POR el conocimiento histórico de los hechos pasados, se explica hasta cierto punto la existencia de estos, su razón de ser y las condiciones en que se produjeron. Sin creer en la palingenecia de los hechos, especie de círculo vicioso en el tiempo, juzgamos que, para deducir ó mejor dicho para inducir conclusiones más ó menos útiles en el desarrollo posterior de la historia humana, es preciso conocer el pasado en todas sus manifestaciones, en todos los restos que nos han legado las generaciones que nos precedieron, restos que han ido, ya perfeccionándose, si ventajas han prestado á las civilizaciones siguientes á su existencia, ya destruyéndose lenta ó bruscamente, si cumplieron con el objeto, para el cual existieron en un lapso de tiempo más ó menos largo.

Aquella sombra que llamamos *pasado*, llena de fantasmas, unos envueltos en tinieblas y otros circuidos de resplandores de luz, llena de vicios y errores como de grandes virtudes que hacen la admiración de los pueblos de todos los tiempos, debe ser conocida y estudiada detenidamente, con un espíritu y método altamente científicos, porque así y

sólo así, podemos sacar desentrañando de esos caos la verdad, porque de este modo comprobaremos la relatividad de todo lo humano y el paso lento, tardío, pero seguro, de la especie humana en sus conquistas de mejoramiento y progreso. Disipemos para esto aquellas brumas que rodean ciertos cerebros con la creencia de que en el pasado están la luz, el reinado de la moral más pura, la verdad absoluta, pregonada por la Biblia, y la perfección completa á que puede llegar el hombre. Presumen algunos que los tiempos en que viven son de obscuridad, de vicios abyectos y degradantes, de errores engendrados por espíritus alucinados y piensan que el hombre va camino de la ruina y de la muerte. La luz, clara como la verdad, benéfica como la virtud, grande como el último pedazo del progreso, está allá, muy lejos, es cierto, pero, en un futuro más ó menos lejano, imposible de determinar, nunca en los tiempos idos y sepultados en el olvido. En el pretérito está el absurdo, en el porvenir están la verdad, la justicia y el derecho tan multiformes según los pueblos, las civilizaciones y las épocas. En el pasado está la desigualdad más inicua: nobles y plebeyos, ámos y siervos, señores y esclavos, explotadores y explotados, tiranos y tiranizados eran los extremos de esas edades, dentro de las cuales se agitaba angustiada el alma humana. Por el contrario, la civilización que se proyectará en los tiempos venideros, como resultado de todas las actividades puestas en juego en todos los aspectos de la vida, tienden, irremisi-

blemente, á la igualdad humana, fundada en el mérito individual, al triunfo de la verdad sobre el absurdo, del bien sobre el mal, de la justicia sobre la iniquidad, tiende al equilibrio de todas las energías, imposible, según algunos, de conseguirle en lo absoluto.

El carácter esencial de la civilización es la movilidad y la mutabilidad de formas: nada permanece en el estatismo, ó se desarrolla ó decae, hay evolución ó involución. La conciencia popular, la opinión pública, la ciencia y sus principios, la moral y las costumbres varían incesantemente, según las tendencias étnicas y las condiciones del medio ambiente de los pueblos; varían de siglo en siglo y hasta de una á otra generación. Analizando la sucesión histórica de los hechos encontramos que el espíritu humano ha variado en múltiples aspectos. Doctrinas, creencias, costumbres y hábitos han sufrido una modificación radical en las edades. La ciencia misma, dentro de los principios conocidos ya por los antiguos, no es la misma: unos puntos han sido aclarados, otros olvidados, en una palabra, sus horizontes se han ensanchado inmensamente. A la luz de la ciencia muchas cosas y hechos tenidos por verdaderos ó buenos, en determinado momento histórico, no están conformes con lo que los hombres de los tiempos actuales tienen por tales; es por esto por lo que el espíritu público varía constantemente como varían las condiciones del medio ambiente: á un medio ambiente dado corresponde un determinado estado del espíritu, á una modificación de aquel responde una mo-

dificación de éste, es decir, que á nuevos tiempos deben sucederse nuevas ideas, nuevo modo de vivir, en una palabra, nueva concepción del mundo y de la vida. Para un habitante del siglo décimo de nuestra éra, las preocupaciones verdaderas de la vida valían poca cosa: todos sus esfuerzos se dirigían al cielo tenía fijos los ojos en el más allá, no se preocupaba de las exigencias de la vida, al contrario de un individuo de nuestros días, en el cual toda su actividad tiende á la consecución de los fines que podemos llamarles terrenales: su fin es vivir intensamente, es decir, que en el balance de los actos individuales haya más suma de felicidad que de dolor. Por esta y muchas otras razones, un observador atento no debe desechar de su estudio todo aquello que ha contribuido á formar directa ó indirectamente la civilización actual. Desde luego, no por esto, se debe acatar como buenos, hechos, creencias y doctrinas tenidos en otras épocas por tales, mientras que ante las ideas modernas han perdido completamente su prestigio de bondad.

✦ La variabilidad en que se manifiesta el espíritu humano es necesaria, podríamos llamarla implacable: muchos hábitos, costumbres, creencias y doctrinas no han podido subsistir con el adelanto moderno, han cedido el puesto á otras tendencias más razonables y más compatibles con la vida contemporánea. El absolutismo aceptado y tenido como bueno por Bossuet no es posible que exista en el siglo XX. La autoridad y el poder omnímodo

que residía en manos de Luis XIV, afianzado por las prédicas de la Iglesia y usurpado infamemente al pueblo, verdadera fuente de todos los poderes, volvió á la nación, en la grande revolución del 89.

Nació la humanidad en la más negra ignorancia, envuelta en un conjunto infinito de misterios inexplicables para el estado potencial de los salvajes primitivos. Para el hombre prehistórico todos los signos de la vida universal eran misterios: la salida del sol, la oscuridad de la noche, la lluvia, los meteoros. Carecía absolutamente de nociones sobre lo que le rodeaba, de ahí el concepto animista de la vida salvaje para explicar lo que ellos tenían por sobrenatural y misterioso. El hombre primitivo caminaba á tientas guiado por fines instintivos é impulsado por el mandato imperioso de las leyes naturales, las cuales han regido y regirán todo género de actividades. De aquí que la lucha por la vida en aquellos tiempos debía haber sido muy distinta de la del hombre de las edades históricas. Nuestros progenitores tenían que luchar con el medio ambiente, con las demás especies de animales, con su inexperiencia misma, por razón de su ignorancia, para obtener medios de satisfacer las necesidades imperiosas é incipientes. Más de una vez debían haber arrebatado la presa de las garras de una fiera para satisfacer su hambre salvaje. Como carecían de previsión, vivían del momento y para la hora actual, devorando lo que encontraban hasta saciarse y arrojando lo demás. Esta lucha era ruda, salvaje, incomprensible,

acaso, para nosotros, que disfrutamos de las delicadezas de la vida moderna. El camino que ha seguido el hombre en su ascensión al perfeccionamiento no ha sido recto, ni instantáneo; tardías han sido sus conquistas, frecuentes sus retrocesos, innumerables los caminos erróneos que ha seguido. Por esta razón, ha habido tanto absurdo y tantas caídas de pueblos que brillaron un momento en la Historia de los tiempos.

Andando los siglos, aquellas insignificantes desigualdades propias de las cosas que existen en la naturaleza, se multiplicaron, se agrandaron, artificialmente y engendraron tiranos y tiranizados, señores y esclavos, amos y siervos. Así como la miseria produce los ricos (en numerario), la debilidad engendra los poderosos que encadenan á los débiles, y como las cosas todas son influenciadas por aquella ley del perfeccionamiento, ó mejor dicho, de la evolución, tienden los individuos que han conseguido imponerse sobre los demás, ya por astucia, ya por la fuerza, á perpetuarse y en esta perpetuidad á mejorar para sí, con perjuicio de los demás, el poderío conquistado.

Hay un filósofo que divide la Historia de la civilización humana en tres etapas ó períodos: un período religioso, que empezó con el despertar del hombre, otro militar y por último, el período del industrialismo. Cada una de estas épocas del desenvolvimiento de la especie son caracterizadas, dice, por el predominio de estos elementos sociales que encontramos en todo desarrollo de cualquier

grupo humano: los sentimientos religiosos que ejercieron influencia decisiva en el destino de los pueblos por muchos siglos; el predominio de la fuerza armada manifestada en la guerra, que ha subsistido por múltiples centurias, causando la infelicidad y la desgracia de muchas sociedades y aquella tendencia, últimamente nacida en los pueblos viriles que buscan con más afán y prefieren la tranquilidad con sus benéficas consecuencias á los resplandores del triunfo producido por el choque de las armas asesinas, que pasan dejando hondas huellas de dolor y miseria en los individuos y pobreza y malestar en las naciones.

La vida de los pueblos, semejante como es á la vida de los individuos, debe estar regida por leyes análogas á aquellas que presiden la vida individual. Sin aceptar la doctrina de algunos sociólogos como Spencer, que tienen de la sociedad un concepto eminentemente biológico, identificando á los grupos sociales con el individuo, observaremos que hay ciertos principios comunes á ambas clases de vidas, como también á las condiciones y medios capaces de poner en acción aquellas energías productoras de efectos idénticos. La Sociología no ha dado su última palabra en materia de leyes y principios que se desentrañan con la observación y la experiencia; ni siquiera está constituida científicamente, en nuestro concepto, á pesar de haber contribuido varios hombres de talento de primer orden á su estudio, desde Comte, Quételet, San Simón, Spencer, Bastián, etc., hasta nuestros

días; se encuentra todavía en mantillas como la Química lo estuvo antes de Lavoisier. Sin embargo, de ella recogeremos ciertos datos admitidos unánimemente ó en su mayoría, por aquellos que cultivan esta disciplina del conocimiento humano, datos que nos ayndarán á la realización de nuestros propósitos.

† Hay un germen en la Historia ó más bien en la existencia de los agregados sociales, que, encontrando un medio fecundante, produce la vida de un pueblo y que influenciado por circunstancias benéficas es desarrollado según sus energías propias y según sea el medio ambiente dentro del cual ha nacido, con arreglo á ciertas leyes muy poco conocidas hasta el día. Así también, el germen llamado á producir la vida individual, se desarrolla en un medio favorable, crece y se agita en la multiforme acción de su actividad intrínseca, inherente, y después, como todas las cosas que componen el vasto todo, llamado Universo, está condenado á morir, á dejar de existir sucumbiendo ante la descomposición de sus elementos constitutivos, ó á modificarse con arreglo á las variaciones, á veces insensibles del medio ambiente. Estas profundas verdades que nos da á conocer la Biología al estudiar al individuo como especie, nos revela también el estudio de la historia humana al examinar las causas y condiciones del nacimiento, desarrollo y destrucción de aquellas vidas más complejas llamadas pueblos, naciones, reinos, imperios ó repúblicas.

Todo organismo, desde la célula al hombre en el sentido biológico, desde el individuo

á la sociedad más compleja, por su organización y manifestaciones, en el orden psicológico y superorgánico, está sujeto á dos estados diversos: el estado normal llamado ya salud, ya progreso, según el punto de vista desde el cual lo consideremos, y el estado anormal llamado enfermedad en Fisiología, y retroceso, decadencia y ruina en Sociología. Como se puede ver, á continuación, sin llegar al concepto spenceriano de los grupos sociales como identificados á los individuos fisiológicamente considerados, ya en su organización estructural, ya en sus funciones, podemos observar ciertas leyes aplicables al individuo y á la sociedad, ciertas condiciones comunes de evolución y progreso, como también, de retroceso y degeneración. Si el cólera morbo, la sífilis, la lepra y otras mil plagas han destruido y destruyen á los individuos, y con ellos á las generaciones, que todo sér lleva en su seno como aptitud de reproducirse y perpetuarse en la especie cuando hay para ello condiciones favorables, la tiranía, el despotismo, la explotación, la esclavitud y el crimen cuando toman vastas proporciones, como entre nosotros, en el momento actual, apoyados siempre en la fuerza armada, siendo como son la expresión genuina de la iniquidad y el mal, han destruido la prosperidad de las naciones y no pocas veces han causado la ruina y la muerte de los pueblos.

La guerra grotescamente manifestada en formas sencillas y brutales fue patrimonio del hombre desde cuando vivía en las cavernas, ó vagaba errante por las selvas. La satisfac-

Africa tenían como fin primordial, antes que el engrandecimiento del Imperio con nuevos territorios, el apoderarse de la riqueza incipiente acumulada por los pueblos vencidos y el ejercer la autoridad sobre un mayor número de esclavos cogidos en la lucha. Dos largos siglos duró el poderío de este Imperio hasta que la concupiscencia y la ociosidad generadoras en ciertas circunstancias de la ambición de conquista y de luchas virilmente sostenidas causaron la corrupción de la corte y el pueblo, y con ella, la caída del Imperio cuando fue regido por Jerges, indigno sucesor del gran Oiro. Este, lejos de seguir la sabia política y la resuelta táctica de aquel antecesor suyo, llegó al colmo de la opresión más despiadada con los pueblos vencidos y á una imprevisión que le condujeron á la ruina. Es que había llegado el organismo de la sociedad persa á corromperse totalmente cuando se iniciaba un período de grandeza para Grecia, la cual estaba colocada en las mejores condiciones y poseía los mejores elementos para constituir el siempre recordado Imperio macedónico de Alejandro el grande. Una sociedad se arruina más ó menos rápidamente, según hayan sido más ó menos lícitos, más ó menos malos los medios de constituirse. El Imperio Persa, engrandecido rápidamente con el despojo de los pueblos caídos en sus manos y con la riqueza de los sometidos por su fuerza y poderío, que vivían una vida anémica de languidez agónica; ese pueblo que había llenado las crónicas de su Historia de violencias y crímenes sin nombre, debía caer

arruinado en un cortísimo tiempo como cayó ante el empuje irresistible de un ejército viril en Salamina y Platea. En cambio, la organización del Imperio Egipcio era más sólida, menos injusta para aquellos tiempos, y por lo mismo, había menos iniquidades y menos crímenes; por esta razón, sin duda, resistió á los embates de treinta siglos. Lo que ha pasado con Persia ha sucedido con muchos otros pueblos antiguos y modernos, que se han levantado sobre las ruinas de otros, como Asiria, Babilonia, Cartago, el Imperio Napoleónico, etc. Mientras más rápido ha sido su engrandecimiento más precipitada ha sido su caída, y es que no se pueden improvisar grandes naciones, en breve tiempo, sino es matando á otras, esclavizando á sus pobladores y robando sus bienes; es que la justicia histórica, terrible é implacable como todo lo que procede de la naturaleza, castiga las iniquidades, los vicios y los crímenes sociales de un modo despiadado á las generaciones posteriores, inocentes por sí mismas pero herederas de oprobio y sanción. En el pueblo que ligeramente revistamos Jerges II y Darío II, con todo su ejército, fueron los que pagaron por sus antecesores la deuda contraída ante la Historia, fueron los que soportaron el castigo de culpas ajenas.

El centro de gravedad de la civilización antigua se traslada del Asia á Europa con las guerras médicas. Grecia recoge los despojos de la brillante y opulenta civilización asiática, guiada por Alejandro el grande. A su vez, el vasto Imperio fundado por éste, no

subsiste á su muerte y sus tenientes se reparten girones de su herencia. Lo que ha sido construido con la fuerza y la violencia carece de base sólida, sus cimientos son desechables y la obra misma es frágil, sin consistencia, impropia para una vida larga y duradera.

No todas las acciones, que veladas por el tiempo y la distancia se presentan ante nuestros ojos como grandes virtudes dignas de imitarse, corresponden al nombre que se les da. La Grecia clásica, cuna de tantos genios portentosos, que nos deslumbran, alimentó en su seno muchos tiranos y muchos vicios que roían sus entrañas, siempre apoyados en la fuerza de grupos de hombres llamados unas veces falange, otras horda, otras centuria y otras ejército. La disolución de las naciones griegas coincide con la muerte de la vida austera del pueblo, ornada con virtudes sencillas, y con la aparición de la violencia y el nacimiento de tiranos los cuales no podían estar apoyados sino en el militarismo de ese entonces.

El pueblo más grande que aparece en la lejana lontananza de los tiempos antiguos es, sin duda alguna, el Romano; sus ruinas nos conmueven y nos impulsan á admirar el poderío de sus constructores; su legislación, y hasta su administración misma se han sostenido de pie por muchos siglos, y aun en nuestros días su espíritu informa las legislaciones modernas. Es el pueblo de la conquista por excelencia; el que llegó á dominar todo el mundo conocido en la antigüedad, el que dictó sus leyes y caprichos á todos los hombres

en todas las lenguas conocidas. Su aparición ó nacimiento es sencillo; pero, como en sí trajo vastas energías, condicionadas para la conquista, pronto ensancha sus límites, reduce á su autoridad pueblos, dicta leyes, pero á diferencia de los demás pueblos conquistadores, no llega en sus explotaciones al límite de la paciencia humana. Algo de libertad conservan las naciones sojuzgadas, muchas de sus costumbres quedan intactas, en suma, la política Romana tiene más respeto á la justicia y á los derechos de los demás hombres y por esta razón, pudo agrandarse tanto su organismo como nación dominadora. La fuerza pública ó el ejército se subornaban á las conveniencias de la política ambiciosa del pueblo Rey; había una buena dosis de justicia popular para aquellos tiempos, y por lo tanto, á sus actos les acompañaba menos iniquidad y maldad que á los de los pueblos de Oriente, dando por resultado la potencialidad máxima de conquista. Fueron esos los buenos tiempos de Roma, en los cuales asomaron los Decios, los Scipiones, los Gracos y aquella pléyade de grandes Generales é ilustres Cónsules esclavos de la Ley y de la soberana voluntad del pueblo, cuyos móviles de acción eran la grandeza social y el ensanchamiento de fronteras. La familia robustecida por estrechos vínculos de una moral austera, la sociedad de costumbres patriarcales, la férrea organización del Estado y el carácter mismo del pueblo Romano, como del pueblo Griego y otros más de la antigüedad, en los cuales se subordinaban los fines individuales y la

vida misma á los fines políticos del Estado, contribuyeron á formar el más poderoso y vasto Imperio que han visto los siglos desfilarse para hundirse en la nada de donde salieron. Grande fue Roma, mientras sus energías se agitaban libremente á impulsos de santos sentimientos y guiados por nobles ideales, que antepusieron el bien público al mezquino interés individual que domina en los raquíuticos espíritus de ciertas naciones de nuestra época. Pero la marcha triunfal de ese gran pueblo fue turbada, más de una vez, por aquellos que en nombre de la justicia y de la Ley se armaron de la fuerza, tan fácil para violar Leyes y derechos á pesar de llamarse guardianes de ellos. Hasta cuando la espada y las lanzas que vencieron á los cimbrios y destruyeron á Cartago estaban sometidas á lo que se tenía entonces por justicia, por querer popular y por conveniencia general, constituyeron el factor más importante del engrandecimiento romano; pero, cuando quisieron subordinar al derecho y á la voluntad pública, aquella misma espada, aquellos mismos soldados, causaron la decadencia y engendraron la ruina del Imperio civilizador del mundo antiguo; entonces aparecen para ser execrados por la Historia y por las generaciones que se han sucedido Sila, Tiberio, Calígula, Nerón, Heliogábalo, Caracalla y cien más, que obstruyeron el paso majestuoso de la libertad.

De entre las ruinas de la agonizante República, como genio del mal, se levanta sobre la vileza de los romanos, Sila, el primero de los tiranos en esa gran Nación, el precursor

del Imperio nacido en el cementerio de las libertades antiguas, que engendraron la grandeza del pueblo que aún vive en nuestro siglo por sus Leyes. Es que en la sociedad romana como en la familia origen de ésta, empezó la disolución y con ella el desquiciamiento del edificio político lenta y pacientemente construido. Sila, sus soldados y esbirros fueron el fruto de una maduración precoz, la flor brotada en el campo cenagoso de la corrupción.

Cuando las invencibles legiones que dieron muerte á Cartago rival, bajo la dirección de Escipión Emiliano se pusieron al servicio de las ambiciones bastardas de sus jefes, se inició la corrupción romana y se preparó, sin pensarlo ni quererlo la constitución de ese gigante Imperio, oprobio del humano linaje. Los ideales de Patria, confusamente concebida, y los de libertad, que en la conciencia crepuscular de los soldados eran la causa para que se olviden de los peligros y azares de la campaña y triunfen sobre los bárbaros, fueron sustituidas por el respeto y obediencia ciega á los caprichos versátiles de los jefes. Ya no eran las legiones invencibles, en otro tiempo el sostén de la República; se habían vuelto el ciego instrumento de venganzas implacables, de crímenes nefandos de los jefes legionarios, déspotas sin conciencia ni pudor ante sus semejantes.

Con los soldados Octavio Augusto fundó fácilmente su Imperio, tumba de la República, de la virtud, de la libertad y de la democracia del pueblo Rey. Al hombre fiera

de Tiberio le sacaron los mismos de la roca solitaria en donde apartado de los hombres expiaba sus culpas horrendas y lo llevaron al trono Imperial; pretorianos le sostuvieron á esa hiena humana que divinizó á sus caballos llamado Calígula, sirviéndole al mismo tiempo de instrumento dócil de sus fines criminales. A la muerte de éste, ellos y los esbirros sacaron á Claudio del escondite vergonzoso que lo guardaba y lo proclamaron *Imperator*; la miseria y la abyección de la soldadesca eran los sustentáculos de la vileza Imperial, agravada por los incalificables escándalos nacidos del mismo tálamo imperial en las orgías de Mesalina. ¿Quiénes sino los soldados prendieron fuego á Roma cuando la locura de Nerón ordenó tamaño crimen?; ¿quiénes podían ser sino ellos los ejecutores del parricidio y de los crímenes que han pasado á la Historia con el nombre de neroncanos por su gravedad inaudita? La palabra *pretorianos* ha pasado hasta nosotros significando lo que en su origen quiso significar, es decir, la ciega, la inhumana obediencia á la voluntad del déspota, los medios de que se sirve todo tirano para realizar sus instintos de opresión.

La vida de languidez del Imperio de Oriente llegó á su colmo: la corrupción social, los escándalos de los gobernantes, la vida liviana de las cortesanas, los desafueros de la soldadesca han hecho de Bizancio el prototipo de la degeneración de un pueblo. Príncipes afeminados, con coloretos en la cara y trajes de brocados y piedras preciosas, sin

energía de voluntad y fáciles juguetes de las betairas cortesanas, apoyados en el ejército de esbirros, gobernaban á ese imperio decadente que llegó á lo inaudito con sus refinamientos que aún nos escandalizan. Para los emperadores de Constantinopla, como para todo poder público que, saliendo de sus límites lícitos se convierte en despotismo, la horda armada fue la columna que sostenía ese edificio ruinoso que los siglos le precipitaron á la nada. Pero no se crea, como podía creerse por quienes no profundizasen el estudio de las enfermedades y vicios sociales sin investigar sus causas, que el ejército por sí y mediante sus propias energías y el deseo de su voluntad haya causado la corrupción social y política de Bizancio. Los soldados afeminados y brutales de Ciro, los treinta tiranos de Grecia, los pretorianos de Sila, Tiberio, Nerón, como los de Constantino, Justiniano, etc., fueron la consecuencia del desarrollo lento de elementos dañinos para las sociedades; fueron el efecto, cuyas causas se remontan á muchos siglos y cuya simiente está en el fondo mismo del organismo social, esto es, en la familia, en el individuo, que transformando su vida, activa, laboriosa y fecunda se entregó en brazos de la ociosidad y el vicio, lo que es consecuencia es, necesariamente, el resultado de antecedentes. Por esto, el militarismo antiguo, desde la época prehistórica hasta la caída del Imperio Romano, como el de la edad media y el de los tiempos modernos, no son causas eficientes del malestar y de la desorganización social, sino el resultado, la conse-

cuencia, el efecto de innumerables elementos psíquicos, históricos, del medio ambiente que lo produjeron etc. sin dejar de ser generadores de consecuencias desastrosas. Hay en la Historia de la especie humana un período de diez centurias, que se extiende desde el siglo V hasta el XV, el cual se distingue de los demás por las sombras siniestras que oscurecen su horizonte. En la Edad Media parece que el hombre se hubiera entregado á un sueño milenario: todo duerme en aquel tiempo, las energías más poderosas de muchos individuos privilegiados por la naturaleza se vuelven impotentes; la generación de la especie se suspende, por obra de la nueva condición de la vida que trajo el cristianismo; el raudal vuelo del desarrollo intelectual se detiene ante los límites estrechos de ese círculo de hierro impuesto á las conciencias por el dogma religioso. Si en la edad antigua el hombre era como un ladrillo de las murallas de un edificio vasto, porque todos sus fines de individuo se anulaban ante los fines del Estado, haciendo de él, más ciudadano que hombre, en la edad media se le venda los ojos con el denso manto de la ignorancia para conducirle, así, inconsciente de todo, á una vida celestial; para lo cual, era preciso que la autoridad religiosa radicada en la Santa Sede creara *el militarismo religioso*; esto es, un sistema político y social sagrado - militar, como en los tiempos egipcios de Ramsés II y de Buda en la India, menos grotescos que aquellos, pero en el fondo, con la misma naturaleza orgánica y con los mismos medios y fines. De aquí que,

este sistema infernal de abyección humana sea tan duradero, y de aquí también, que en medio de este inmenso fango de corrupción y vicio, como de ignorancia y brutalidad sin nombre, naciera robusta la flor del despotismo teocrático. Son fáciles de explicar aquellos tiempos medio-ociales: su espíritu, su idiosincrasia, sus necesidades, etc. Aherrojada la conciencia humana con los principios férreos y las creencias absurdas proyectadas desde la sede pontificia, oprimidos los cuerpos, callada la boca, cruzados los brazos con la fuerza inconsciente de la horda galoneada, estúpida y brutal, puesta al servicio de fines bastardos era muy natural que semejante sistema de vida produjera las consecuencias que produjo: ya en los pueblos, ya también en los individuos. El altar se sostuvo airoso, sin que declinara su poder y grandeza por tanto tiempo, indudablemente, porque disponía de la fuerza armada, porque contaba su capricho con la *invicta espada de los vencedores*. Siempre, en todo tiempo y lugar, el soldado unido al sacerdote han sido el dique que han obstruido el progreso humano; por esta razón la clase sacerdotal y militar han creado para su provecho, con perjuicio de los demás, la casta sacerdotal y militar, cuyo espíritu es distinguirse de los demás hombres por sus privilegios, prerrogativas y derechos.

Siempre la tiranía ha tenido su apoyo en la fuerza bruta y no pocas veces ha sido engendrada por ella. Jamás lo malo y lo que está condenado por la razón es sostenido por aquello que constituye el buen elemento

de una sociedad, por lo que aconseja la justicia desde que es lo contrario de su esencia. Dos factores, á nuestro ver, produjeron la tiranía de Cronwel en la Gran Bretaña: el fanatismo religioso de las diversas sectas, que se apoderaron de las creencias, especialmente el puritanismo y el presbiterianismo y la soldadesca corrompida con las promesas ofrecidas por Cronwel de dar rienda suelta á sus ambiciones y venganzas. La deslealtad que es lo que distingue al soldado contaminado de infamia, que abdica su honor por cambiar de amo quien le sacie su codicia y los múltiples vicios sociales de aquella época, atizados, sabiamente por Cronwel, llevaron al cadalso más inicuo al más justo de los Reyes que han regido los destinos de un pueblo.

Muy raros son los casos en que el genio de un grande hombre, saque partido de aquello que en sí mismo constituye un estorbo ó un obstáculo para la evolución. Carlos V de España, *en cuyos dominios no se puso el Sol*, únicamente en virtud de su genio, y dadas las condiciones, circunstancias, y el espíritu caballeresco de aquella época, pudo servirse del elemento militar para hacer de él, el factor de la conservación y la consolidación de uno de los más vastos Imperios que ha visto el mundo desfilarse á la muerte; pero, luego, viene el desquiciamiento social debido á elementos disolventes, como para comprobar, una vez más, que los imperios militares formados por el hurto y el pillaje del militarismo, secando así la fuente de la riqueza de muchos pueblos es la causa de su misma muerte. El militarismo

es como la serpiente de la leyenda que henchida de veneno muerde su propia cola causándose á sí misma la muerte. Con la serie de Felipes viene el retroceso de la que había sido la señora del mundo, de la que había llevado sus legiones quijotescas hasta las antípodas, convirtiéndose en fácil presa de un despotismo funesto que tenía por pedestal el clero y el soldado. El uno penetraba y dominaba las conciencias de reyes nacidos para monjes y de cortesanos sin voluntad propia y el otro era el ejecutor de sus crímenes.

La noche de San Bartolomé, las Vísperas Sicilianas, los cadalzos del Terror en Francia, ¿quiénes los levantaron? ¿quiénes? sino los soldados ejecutores eternos del crimen, verdugos del derecho! El fanatismo religioso, por una parte, como alma dirigente de un cuerpo maquinal y el militarismo por otra, fueron las causas más ó menos próximas, más ó menos lejanas de los horrores nombrados. En el año de sangre del 93, en el cual se desarrollaron tantas violencias y tantos crímenes que parecía desplomarse el mundo ante tanta maldad, personajes funestos, con instinto de chacal, cuyas almas eran la condensación de la violencia, enviaban á millares de víctimas al último suplicio, por medio de los harapientos soldados de aquel tiempo.

¿Quién sino el soldado, á veces de acuerdo con el clero ha podido sostener á los miserables tiranuelos que como azotes sobrehumanos han devastado la América Latina? ¿Sobre qué pedestal se levantó Rosas, el bandido de las pampas vírgines de la Argentina, quién

sostuvo sus locuras al Dr. Francia, de qué medios se valieron Núñez, Melgarejo, Guzmán Blanco y nuestro ídolo de barro? (1).

De grandes delitos de lesa humanidad ha sido autor y cómplice el militarismo. Apartándonos de la consideración pasiva de los hechos históricos y estudiando los resultados, las consecuencias que generalmente causan á las naciones y á los individuos cuando á uno que lleva espada al cinto, el infausto destino le ha dado el poder, veremos que es el mayor absurdo admitir que los músculos dirijan á los nervios, los brazos al cerebro, la ciega, la inconsciente fuerza á la razón.

Tiempos negros hubo para la raza humana en las épocas que pasaron; la distancia que nos separa de ellas, hace que desaparezcan un tanto sus horrores á la vista de los hombres de nuestros días. Los ayes de las víctimas que la espada prepotente de Atila hizo sucumbir, no llegan hasta nosotros; las quejas lastimeras de los condenados por el Santo Oficio se pierden en sus propios labios y no hieren nuestros tímpanos. Las hogueras levantadas para los rebeldes ilustres que llegaron en su tiempo á la cima del desarrollo intelectual y al máximum de martirio como Giordano Bruno, no nos impresionan, no nos afligen. No se oye el chasquido del látigo sobre las doloridas espaldas del siervo, no suenan las armas de los esbirros que asesinaban á la simple señal de un déspota sin con-

(1) Cuando escribíamos estas líneas gobernaba la República el tiranuelo Eloy Alfaro.

ciencia ni ley. Es que pasaron esos pavorosos días y el tiempo, con su fuerza destructora, va borrando de la memoria de los hombres esas terribles impresiones. Plaga muy grande y destructora fueron el feroz Atila y sus huestes; la tierra esterilizada por el casco del caballo de huuo no se ha tornado fecunda á pesar de los diligentes esfuerzos y de la abundante sangre derramada en innumerables luchas, en muchos parajes de la vieja Europa. Exterminadora fue la marcha del conquistador: llevaba en sí la muerte, la desolación y la amargura. Sangre y lágrimas á torrentes hizo derramar este azote salido del fondo del Asia. Déspotas han pasado á la Historia, envueltos en aquella nube que fascina los ojos de los que no están acostumbrados á mirar la verdadera luz de la gloria, siempre benéfica y generadora de inmensas consecuencias que favorecen la convivencia, más nunca causa de ruina y destrucción; pero, otros no han disfrazado sus malvados hechos con los oropelos de mal entendida gloria y peor sentido patriotismo, sino que sus actos han sido ejecutados con la intención meditada de causar mayores males á los hombres. Tamerlán ó Timur, tigre salido de las llanuras asiáticas para hacer presa á cuantos mortales venían á su paso, sentía en su sensualidad de sangre satisfacción y gusto en llevar á millares al suplicio, llegando su criminalidad al último peldaño de la más cruel ferocidad. Tenía instintos de hiena atizados por un espíritu infernal. Este mismo fue quien mandó construir una gigantesca torre de frescos cráneos

humanos é hizo decapitar, más de una vez, á todos los habitantes de las ciudades que la suerte hizo que cayeran en las garras de esa fiera, sin respetar la ancianidad de suyo digna de respeto, ni la debilidad de la mujer, ni la inocencia de la niñez inmaculada. Parece que todos los mensajeros de la muerte, todos los bandidos que han desolado la tierra y han conducido á los hombres y á los pueblos á devorarse en el más salvaje de los hechos— en la guerra— han sido hombres desprovistos de inteligencia, y, elevados por encima de sus semejantes, tan sólo por la audacia y aquello que á todos se presenta en la forma misteriosa que llamamos *suerte*. Otro rasgo que distingue á los tiranos militares es aquel aislamiento solitario de sus almas enfermas que les impide el más ligero goce. Atila como Tamerlán; Cronwel como Napoleón eran unos desgraciados dignos de compasión, porque sus espíritus vivían distanciados de lo que constituye la felicidad, consistente en el cumplimiento de lícitos deseos. Como se creen en la cumbre de la especie humana, pisando el rebaño de hombres, el vértigo los devora y son presa de dolores infinitos. Sus sistemas nerviosos ávidos de impresiones trágicas producen una desesperación constante, un disgusto sin nombre. De aquí el que desprecien todo aquello que para el resto de los hombres es tenido como deseado y digno de goce.

El tirano que más ha impresionado la conciencia del mundo, cuya fama ha penetrado hasta en las cabañas humildes y en los más estrechos é ignorantes cerebros, cuyos

hechos han servido de norma para muchas almas enamoradas de las quimeras humanas, consideradas como las más elevadas acciones; el tirano cuya personalidad ha sido admirada por verdaderos genios y hasta acatados sus dictámenes, es aquel hijo de la revolución más cosmopolita de cuantas ha habido: Napoleón I, Emperador de los franceses y heredero de los despojos de la revolución gigante. Este cíclope, con todo su genio, guiado por sus ambiciones personales y explotando las condiciones sociales y políticas porque atravesaba Europa, llevó á todos sus habitantes á la guerra y sembró la discordia en todo el continente. Ahogó con sus ejércitos las voces de humanidad, libertad, igualdad proclamadas por los escritores del siglo XVIII. Los sonidos estridentes de Marte ahogaban el verbo pronunciado por los filósofos; y, aquel pueblo que se había alzado contra el despotismo de sus reyes, que renegó de su pasado, vió arrebatársele su ideal, su más cara esperanza; vió que sus derechos proclamados en la famosa noche del 4 de Agosto habían sido arrebatados y acaparados por un solo hombre, por un soldado. Los múltiples males causados por Napoleón no son indemnizados con sus obras realizadas al calor de su ambición de una gloria imperecedera y de un poderío que rebosa los límites de lo humano. En cuatro millones se calculan las víctimas de su capricho, y la sangre derramada tan inhumanamente, en más de veinte años de guerras no se lava, ni con los arcos triunfales como los del Carrousel y la plaza de la Estrella de

París, ni con sus conquistas que dilataron los límites de Francia, ni con sus trofeos artísticos tomados á fuerza á sus vencidos, ni con sus carreteras construidas como para desafiar el tiempo. Grandes fueron las miserias que causó. ¿Cuántas familias conocían el hambre matadora por falta de un pan debido al «Bloqueo Continental»? ¿Qué retrocesos no sufrieron la industria y el comercio, incipientes en esa época, no sólo en Francia sino también en el resto del Continente Europeo? ¿Aquello que en su esencia lleva los gérmenes fecundantes del mal, puede jamás, engendrar cosas buenas? Ni el genio portentoso de Napoleón, ni otro alguno, que siendo militar empuña las riendas del Gobierno de un pueblo podrán evitar los males propios de la fuerza, reconocidos ya como verdad infalible por cuantos observadores ha tenido la Historia. El hombre, ¿acaso nació para exteriorizar tan tristemente su actividad? ¿No tiene, talvez, otros medios de luchar por la vida que aquel empleado por el gorila? Inglaterra sin Napoleón ni su sistema de cesarismo ha construido la mitad de los ferrocarriles del mundo y Francia con aquel sistema ¿qué ha hecho?

Hay una verdad aplicable á todas las cosas, á todos los hechos, desde el movimiento cósmico hasta el atómico, desde el organismo más complejo, ya orgánico, ya superorgánico hasta la célula, en todos los tiempos y lugares, que rige al hombre y al bruto, á una gota de agua y Sirio y es la Evolución, anunciada por Darwin, desenvuelta y perfeccionada por Spencer, Heckel, etc. Esta Ley, la

veremos aplicada en los hechos que se desenvuelven en la Historia, en territorios más ó menos grandes, en mayor ó menor tiempo y aun en los actos que ejecuta un sólo individuo. Así, pues, todo está sujeto á élla. El militarismo también lo está y en virtud de otra Ley, no menos importante, la de la supervivencia ó conservación, tiende, en primer lugar, á conservarse, para lo cual, busca condiciones á propósito para existir y luego á perfeccionarse. De Nerón, de Calígula, de Atila, de Tamerlán y de muchos más nos cuenta la Historia, que sus depravaciones en los albores de su poder no llegaron al nivel de sus últimas acciones; fueron, como las fieras, enseñándose á ver carne humana con indiferencia, fueron refinándose en su sensualidad de sangre, esto es, haciendo que su conciencia quede sorda á los gritos de la moral y la justicia.

El curso histórico de una nación se relaciona más íntimamente con uno ó más pueblos determinados y se diferencia más fácilmente de otro ú otros, dependiendo esto, de los múltiples y variados elementos que forman un agregado social. Los americanos del Norte, tienen su historia y su vida nacional más íntimamente ligada con la historia y desenvolvimiento de la raza sajona, de un modo especialísimo con Inglaterra. Los ecuatorianos tenemos más vinculada nuestra historia con los Estados que formaron á la sombra genial del Libertador la Gran Colombia y en seguida, con los demás pueblos de la raza Latino-Americana, ya que fuimos subyugados por un mismo pue-

blo, en cuya religión aprendieron nuestros mayores á elevar sus quejas á su Dios, con cuya lengua, usos, costumbres, tradiciones, etc., marchamos ligados á la consecución de nuestra felicidad y subimos á la deseada cima del progreso humano. También nuestra idiosincrasia como pueblo se relaciona íntimamente con España, ya que la fuente de nuestra subjetividad se encuentra en élla, especialmente por la herencia fisiológica y psicológica que depositaron en nosotros, más que por el legado social y político, que tienen también su papel importante en la formación de lo que somos. Por lo tanto, debemos recordar algunos hechos de nuestra progenitora, los cuales revelen su alma nacional, es decir, su psicología, en aquello que se relacione con nuestro propósito.

ORIGEN PSICOLOGICO-HISTORICO PUEBLO ECUATORIANO

MÚLTIPLES manifestaciones de sus caracteres y rasgos psicológicos tienen el individuo, la nación, la raza, como múltiples son las formas que revisten sus actividades. Así observamos las diversas tendencias y aspiraciones de los pueblos conquistados por los ingleses, franceses y españoles, los distintos medios sociales y políticos, los opuestos sentimientos de los grupos sociales, que ofrecían á los libertadores de los pueblos americanos grandes esperanzas de bienestar y progreso indefinidos, y, por último, las condiciones distintas que son verdaderas causas dinámicas de los individuos y de las sociedades. Desde luego, hasta el porvenir político-económico de los pueblos, que en otro tiempo eran colonias, se presentan ante la consideración de cualquier observador con caracteres diferenciales, y en ciertos aspectos hasta opuestos, los cuales darán por conclusión la absorción de unos á otros en un futuro más ó menos lejano. Causas distintas deben tener efectos distintos; antecedentes diversos deben tener diversas consecuencias. El estado actual de un agregado social no es más que la resul-

tante de mil y mil condiciones, topográficas, hidrográficas, económicas, políticas, sociales, hereditarias, etc., etc., de mil causas de diversa variedad que no han hecho sino determinar y producir el resultado consiguiente. Entre estas causas predeterminantes de nuestro presente estado, descuella, sin duda alguna, en primer término, la herencia psicológica. Los muertos se imponen; ya lo dijo Le Bon: «Vivimos de las sombras de las sombras, es decir, de lo pasado».

Mientras á las colonias inglesas arribaron los diligentes puritanos y cuákeros que son los verdaderos padres del poderío admirable de los americanos del Norte, á nuestros territorios llegaron, como conquistadores, hombres de carácter, temperamento, educación y tendencias diferentes. A la Nueva Inglaterra inmigraron gente laboriosa, que no estando conforme con los dogmas de la religión oficial de Inglaterra, buscaba una tierra libre en donde pudiesen ser respetadas sus creencias, en donde libremente pudiera cumplir con los preceptos de moral dictados por su religión. En cambio, de España exportaban á las ricas colonias individuos célebres por sus vicios y talvez prófugos de los presidios ibéricos. Los ingleses venían á trabajar, y formar su *hon* con todas sus delicias; gran parte de los españoles, en cambio, venían á despilfarrar las riquezas que la pródiga naturaleza les brindaba.

Como se ve, los fines tanto individuales como políticos, al venir á la América conquistada, de ingleses y españoles, fueron muy

distintos: los primeros buscaban una Patria libre donde desarrollar sus buenas aptitudes civilizadoras, basadas sobre una moralidad proverbial; los otros querían un campo para satisfacer su sed de oro, un medio á propósito para desenvolver su espíritu aventurero, quijotesco, enemigo del trabajo tranquilo y entregado sólo á las empresas belicosas.

Apartándonos de estas consideraciones, los gobiernos británico y español tenían respecto á sus colonias muy opuestas ideas, y por consiguiente, perseguían fines diversos con medios también diversos. Los primeros conservaban las colonias como medio de ensanchar y asegurar su comercio, como parte de su organización robusta y viril, en suma, eran considerados los colonos como hermanos y conciudadanos, como partes de un mismo todo. No así los españoles, los cuales pensaban, que las colonias eran el medio más adecuado para sostener el lujo de una corte corrompida y decrepita; creían tener una hacienda, ó más bien, una serie de haciendas dilatadas ó feudos de donde extraían todos los beneficios posibles por medios lícitos ó ilícitos, sin conceder una sola ventaja para los pueblos sojuzgados, antes bien, dejando huellas de sangre y recuerdos lúgubres por sus horrendos crímenes. Los colonos eran tenidos por siervos ó esclavos, como medios de proporcionarse placeres; eran considerados y tratados como parias ó como bestias de carga. ¡Qué fuentes hereditarias tan diversas tenemos los habitantes de este vasto Continente!

Los elementos que informan la psicología de una nación son disemejantes en tratándose de ingleses y españoles, y de aquí, los efectos tan opuestos en el Continente Americano del Norte y en el del Sur. El inglés se distingue por su espíritu eminentemente individualista, por su amor y constancia en el trabajo, por sus tendencias prácticas, por el espíritu de empresa, por aquel ímpetu volitivo, sintetizado en las expresivas palabras *Help Self*, palabras suficientes para hacer de un hombre un semidiós; por el contrario, el español es voluble, inconstante en sus propósitos, nada práctico, soñador, desidioso, con tendencias despóticas, fanático y rutinario, amante de las palabras sonoras, rimbombantes por su sonido y no por lo que significan. El que mejor entendió su carácter fue Cervantes y lo retrató con mano maestra, sintetizando todos los rasgos distintivos de su idiosincrasia nacional en su personaje por todos conocido, en el cual están representados no sólo los españoles de su época, sino aun los actuales; siendo una de las razones para que su libro haya llegado á hacer genial el que haya representado dos caracteres típicos y existentes en todas las edades (1).

En el gran lapso de tiempo de vida vegetativa, por decirlo así, llamado Epoca del Coloniaje, se puede entrever el por qué de

(1) Quien desee conocer á fondo los rasgos distintivos del pueblo inglés y español lea la magistral obra de Fouillee: «Bosquejo Psicológico de los pueblos Europeos».

lo que somos. Este período es el preludio de nuestra vida actual, como nación y como ciudadanos individualmente considerados. Por todas partes de los hispanos dominios sentaron sus reales la intriga, las ambiciones personales, las explotaciones, ya para la corona, ya para los mandarines, los odios personales movidos por sentimientos egoístas y aquella alianza de tan tristes resultados entre el trono y el altar, entre el cetro y la tiara, entre los presidentes de las audiencias y los obispos, entre los encargados de la administración pública y el clero. El fin que se proponían era explotar á los infelices indígenas manteniéndolos, á toda costa, en la más absoluta ignorancia, en la degradación intelectual y moral más inhumanas. La Historia recuerda con horror el establecimiento jesuítico del Paraguay: ejemplar único en los anales de todos los tiempos por su opresión despiadada y por su fondo de maldad incomparable.

No estaban en mejores condiciones los habitantes de la Metrópoli. Ignorantes y fanáticos eran los españoles que vivían en Europa y en América y no podían engendrar y formar sino hombres ignorantes y fanáticos. España desde la expulsión de los sarracenos sufrió un debilitamiento general de sus fuerzas. La ciencia que había llegado á tan alto grado con los Omniadas, especialmente en los gobiernos de Abderrahman III y Alhanken II había decaído; las fuentes de la riqueza nacional se habían secado por la ociosidad general y por el espíritu batallador y caballeresco; la agricultura por falta de

brazos fue disminuida en su importancia como fuente de bienestar; el paso de lo que Novicow llama *intelectualización* se paralizó por el fanatismo; las libertades y derechos fueron una vez más pisoteados y casi muertos. En los tiempos de Carlos III la población de España bajó al increíble número representado por la cuarta parte de lo que era antes, con el celibato prescrito por el catolicismo. En muchos otros aspectos la situación de España era desastrosa, por ejemplo, en vías y sistema de comunicación. Mientras en el Perú desde tiempo inmemorial estaba admirablemente establecido el correo con los *chasquis*, en el continente europeo se ignoraba completamente este sistema de comunicación, mucho más rápido que el de posta y cuantos existían antes. Las condiciones sociales de los indígenas no podían ser mejores: ese régimen comunal en la propiedad que traía el bienestar en los hogares; ese respeto á la autoridad sin sumisión ni despotismo, esa unidad de acción política y administrativa hacían del Imperio Incásico uno de los más florecientes, ricos y poderosos de aquellas épocas.

La Orden de Santo Domingo de Guzmán visitó más de una ciudad de la inocente América, mostrándoles á sus habitantes el camino del cielo, que no lo comprendían ni lo hallaban por hogueras y mil martirios más.

Aquellos precedentes sentados por nuestros mayores, no debían ser sino, los primeros eslabones de una larga y pesada cadena, que no la podemos romper ni con Leyes en teo-

ría buenas, ni con el superficial barniz de civilización; pues, se encuentran muchas inclinaciones aviesas en nuestra misma sangre, por trasmisión hereditaria. Orecimos en semejante ambiente y, con mucha dificultad podremos emanciparnos. El peor enemigo que tenemos, la peor organización que poseemos somos nosotros mismos. ¿Podremos, sabremos vencernos?...

El hombre se encuentra influenciado en medio de dos poderosas fuerzas que actúan enormemente: la primera es la acción prepotente del pasado manifestada en forma de herencia, de atavismo y hasta de imitación inconsciente, ante la cual temblamos y muy pocos son los que se sienten libres y capaces de renegarla por medio de un gran esfuerzo de voluntad. La segunda es aquella otra tendencia ingénita, que existe en todo sér y que se exterioriza de mil maneras, llamada evolución ó progreso; aquella fuerza interna que nos impulsa á lo nuevo, que nos hace variar en todo nuestro sér, en toda nuestra subjetividad. El hombre es un punto en medio de dos infinitos de los cuales es débil juguete: el pasado y el futuro, lo que fue y lo que será.

Todos los seres del Universo, desde el átomo hasta las nebulosas; desde la célula hasta el organismo biológico más complejo, desde el individuo hasta las razas, están fatalmente sujetos á la Ley universal del progreso. Todo, absolutamente todo, se desarrolla, para valerlos de las palabras de Spencer, de lo simple á lo complejo, de lo homogéneo

á lo heterogéneo, de lo ménos á lo más, de lo único á lo múltiple. Pero este paso en la existencia y en la vida de los seres que pueblan el mundo es muy lento, muy tardío, y la vida de un individuo es un segundo en el cual es imposible entrever el cambio, y las mutaciones realizadas. Además, el progreso no es contínuo, está sujeto á reacciones y á períodos estacionarios, y aun cuando en estos hay movimiento, en el primero es regresivo y en el segundo se efectúa al rededor de una misma clase de ideas y sentimientos.

Hubo un tiempo en que la expresión más alta de progreso fue dada por Grecia y Roma. El mundo conocido estaba á sus plantas, dictaban leyes á todos los hombres, eran las iniciadoras de grandes proyectos, pero cayeron obedeciendo á la terrible Ley que hace que sucumban las cosas, los pueblos y los hombres dando campo, de este modo, al desarrollo de otros seres más conformes con las condiciones que se van presentando. Luego, después de un silencio de tumba que dura mil años, vuelve á renacer en la misma raza latina el espíritu científico. Aparecen destellos que sintetizan el grado de cultura á que ha llegado la especie humana, toman vuelo rauda las ciencias, se ensancha el comercio, se dilatan los límites de los Estados robustecidos con la muerte del feudalismo, se suceden los inventos, se descubren nuevas tierras, aparecen genios, en suma, se humaniza más el hombre, desapareciendo las divisiones arbitrarias impuestas por la Historia en lo político y en lo social, llamados sistema feu-

dal y servidumbre que la justicia y la razón condenan.

Para cada estado de vida se necesitan ciertas condiciones adecuadas. La civilización antigua y medioeval descansaba sobre bases intelectuales y morales, muy distintas de aquellas sobre que descansan la cultura moderna y contemporánea. La raza latina ofreció un medio adecuado, en otro tiempo, para la actividad humana: caballerosa como es, soñadora, idealizadora y valiente debía imperar sobre las demás, en aquellos tiempos en los cuales estos elementos eran los que constituían el factor principal del estado cultural; hoy, va cediendo el puesto á otras. La civilización actual es eminentemente materialista y descansa, como ninguna otra, sobre el factor económico y la prueba de esto es fácil de comprender y concluyente. Aquellos pueblos que dieron ó dan en la actualidad más preferencia al factor económico, siempre que sea conforme con la justicia y la moral, son los que más poderío tienen, son los que sintetizan los esfuerzos individuales más audaces; son los que gozan de mayor suma de felicidad.

Conocer lo que es un pueblo, las necesidades que tiene y las aspiraciones que abriga, las condiciones de su vida social y material, los vicios y virtudes para poderlo dirigir es el deber de un buen gobierno. ¿Cumplirá, podrá cumplir con ese deber el militarismo entre nosotros? ¡Ay del pueblo que, olvidando las imposiciones inflexibles del progreso, se entrega en brazos de la corrupción individual y social, para encon-

trarse después, bajo el yugo opresor de otra ú otras entidades sociales ó políticas más aptas para el trabajo, más predispuestas para la difícil ascensión hacia la cima del desarrollo humano.

Comprendamos, ecuatorianos, el oscuro horizonte que nos espera en un futuro no muy lejano, si continuamos y seguimos en la pendiente de degradación política y social, que nos conduce al abismo para confundirnos con la nada: ¡perderemos nuestra personalidad autónoma como nación libre y soberana!

La sanción de los hechos históricos es dada por un juez inflexible y muchas veces cruel, que no admite compasión ni promesas de enmienda. Ya dijo José Ingegnieros: «La Historia ignora la palabra justicia, se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes» y esta verdad, formulada por el sabio Argentino ha sido una verdad confirmada por los hechos antes que él lo dijera. La consecuencia necesaria de los hechos en la Historia se realiza con la frialdad y el cumplimiento de las Leyes eternas de la naturaleza; como cae una piedra atraída hacia el centro terráqueo; como sucumbe un árbol viejo carcomido por los años; como se desliza un río por razón de su condición de líquido, ó como salta un torrente á impulsos de la gravedad. Murió Cartago, cuando el senado corrompido, ávido de oro, vendió el honor conquistado por sus fundadores. No han dejado ni la más ligera huella, innumerables nacioncillas, así del Asia como de Europa, del

Africa como de América, que, no teniendo todas las condiciones de viabilidad, no pudieron desarrollarse y, murieron prematuramente debido al poderío de otros pueblos mejor organizados. Esto que pasa en Sociología acontece también en Historia Natural, según lo han demostrado muchos sabios. En los innumerables seres que componen la escala zoológica, ni la millonésima parte de los gérmenes generatrices, ó mejor dicho, de óvulos fecundantes son viables; todos los demás se extinguen.

En el siglo XVIII sucumbió Polonia al peso de la fuerza infidente de Rusia, Austria y Prusia por el sólo hecho de haber sido débil. Dejó de existir como nación libre el Transvaal heroico, oprimido por el oro y el número de los hijos de la vieja Albión, sin que esta nación poderosa hiciera caso de ningún principio proclamado por el Derecho Internacional Público, ni de la opinión de los pueblos cultos. Cayó Cuba como Puerto Rico, como caerán las diminutas Repúblicas de Centro América en la red tejida por la República del Norte, engañadas con los nombres sonoros de libertad, independendencia, civilización y progreso. Los pueblos débiles ó debilitados por los vicios individuales ó sociales son fácil presa de la ambición de los fuertes y bien organizados. Testigo Colombia, á la cual la ambición de los Americanos del Norte, arrebató una buena parte de su territorio, llamado á ser el paso obligado del mundo por su situación oceánica; testigo Méjico, que á pesar de ser un Estado relativamente fuerte,

tiene la vecindad de un coloso, vecindad que le ha costado muy cara. Nosotros mismos, vemos con indiferencia musulmana el hurto sistemático que el Perú hace en nuestros abandonados territorios de Oriente.

COMO SE HAN DESENVUELTO LAS DEMOCRACIAS AMERICANAS

FEMBARAZOSA es la situación de aquel que desee examinar el perezoso y tardío desenvolvimiento de una nación, signiando el encadenamiento lento de los hechos, y más aún lo es para el que quiera reflexionar sobre los fenómenos sociales de un pueblo como el nuestro, que no ha seguido el curso natural de evolución como los Estados europeos; sino que su vida está llena de saltos bruscos, de cambios repentinos difíciles de comprender, si son superficiales ó afectan á la actividad orgánica de su estructura y constitución.

¿Habrán seguido el mismo proceso de evolución que los países de la vieja Europa los jóvenes Estados de la América latina? ¿Lucharían con la misma intensidad, con las mismas esperanzas como los habitantes del viejo mundo para la adquisición de sus derechos, para el goce de sus libertades los *republicanos* de Sud América? ¿Tendrán las mismas impresiones psíquicas, ó mejor, tendrán las mismas ideas sobre la democracia, la República, el rigor de la Ley, la libertad, la igualdad y la fraternidad los hombres de nuestro Continente y los de ultramar? Cuestio-

nes son éstas, de suma importancia para el que quiera darse cuenta del por qué de nuestro estado actual, en las múltiples manifestaciones de la actividad humana.

Unas mismas palabras no responden á los mismos conceptos en todos los tiempos y en todos los hombres: varían de individuo á individuo, de una región á otra, de una á otra nación, de época á época, hasta de un momento á otro. La República concebida por Platón es muy distinta á la de los hombres de la Revolución y la de éstos, se diferencia de aquella concebida por nuestros libertadores; como la de éstos, de la que concebimos nosotros. Las palabras nobleza, ley y otras de esta clase, no han podido significar, entre nosotros lo mismo que en Europa, por muchas razones. En Europa la nobleza era algo como la cúspide de la organización social reconocida y respetada por el Gobierno y el pueblo; en la América no ha existido, ni existe en esta forma. La clase poseedora de la riqueza no ha tenido ningún privilegio reconocido por la Ley, sino, á lo más, un puesto distinguido como consecuencia de las riquezas de que ha sido poseedora; ha tenido una importancia si quiere social, más nunca política, ni siquiera histórica como en la vieja Europa. Otro tanto, y aún más, podemos decir de las palabras Ley y Gobierno: en Inglaterra se tienen ideas contrarias de aquellas que estas mismas palabras representan para los franceses y en general para todos los pueblos latinos. Para los ingleses la Ley no es sino la costumbre robustecida y respetada por el tiempo y consignada

por escrito; es la expresión de las necesidades del pueblo inglés impuestas por el desarrollo histórico. Así, por ejemplo, el derecho de sufragio ha ido ensanchándose, lentamente, á partir de principios del siglo pasado en que imperaba un sistema francamente aristocrático, mientras que ahora, llegando á su mayor desarrollo, hasta las mujeres desean intervenir en el manejo de los negocios públicos de la Gran Bretaña. Lo contrario ha acontecido en Francia. Del estado de degradación moral y física, en que se encontraban los franceses antes de la revolución del 89; con un sistema lleno de privilegios odiosos é inhumanos, se pasó de un golpe, á un sistema de legislación casi anárquico, renegando completamente del pasado y sólo oyendo las inspiraciones fecundas de los escritores del siglo XVIII. Por esta razón, de no haber seguido con lentitud el curso progresivo, político y legislativo, Francia ha tenido muchas oscilaciones en varios puntos de su legislación: unas veces, dando saltos demasiado desproporcionados para su estado de cultura y otras, retrocediendo en vista de sus necesidades actuales. El derecho de sufragio mismo, con la monarquía de Julio, fue restringido considerablemente por haberse impuesto, que para ejercer este derecho se requería tener cierta cantidad de dinero. El gobierno es para los ingleses un organismo con fines de seguridad general, independiente de todo aquello que se relacione con la felicidad y riqueza de los asociados; lo contrario sucede en el continente de Europa, (hablo de los Estados latinos), el

Gobierno tiene allí un carácter de paternalismo exagerado y ahí se piensa, que se le debe encargar de la felicidad de los hombres como del progreso científico, de la extinción de la miseria, como de la muerte del mal. Para ellos el Gobierno, puede en un momento dado, decretar una crisis económica ó una alza de salarios. Ejemplo de ésto, nos da Francia en su Historia del siglo XIX, con sus revoluciones del 48, con sus ensayos de comunismo, cuyas consecuencias fueron desastrosas, etc., etc. Si tanta diversidad hay en todos los elementos que constituyen el espíritu público de los dos pueblos que han sido, indudablemente, los factores principalísimos de la civilización actual, ¿qué decir de los sud-americanos cuya Historia, vida, condiciones de medio ambiente, elementos étnicos, etc., son tan distintos y casi opuestos?

En una vida de servilismo ó ignorancia completos asomaron los hombres que, inspirados en las ideas que brillaban, en ese entonces en Europa, quisieron libertarnos. Ante masas completamente ignaras, ajenas á toda idea, por simple que ésta fuese, de derechos, de Libertad, de Democracia y de República, construyeron un castillo de naipes, sobre bases delesnables, que no persistió conforme lo idearon, sino en virtud de profundas modificaciones en el terreno de los hechos, quedando tan sólo la parte formal como expresión del nominalismo de nuestra raza. Un quiteño dijo, en aquellos mismos días de emancipación: «este es el último día del despotismo y el primero del mismo»; con lo que quiso signi-

ficar, que si nos independizábamos políticamente de España seguiríamos todavía, como en efecto hemos seguido, bajo su férula despótica, porque los sentimientos y costumbres que dan carácter á la Historia de un pueblo son más lentos en su desarrollo, que el progreso de las ideas; porque son muy difíciles de instruirse las masas populares, porque la naturaleza, según dijo Pascal, no da saltos en su desenvolvimiento, sino que sigue con lentitud suma su proceso eterno.

Le Bon ha explicado con mucha originalidad estos hechos psicológicos, que bien podemos llamarlos paradojas de las civilizaciones. En todo concepto, en toda doctrina que tenga como elemento principal el sentimiento y las apreciaciones individuales, difieren éstos de individuo á individuo como difieren también los principios de política, de sociología, etc. Esta diversidad de apreciación, es más patente de lo que se cree, al tratarse de personas de uno ú otro sexo ; Cuán distinta es la concepción de la vida según piense una mujer ó un hombre!: para ella todo el objeto del vivir está en el amor, en los placeres, lo intelectual carece de importancia, las grandes empresas no tienen cabida en su cerebro, los estudios serios menos aún; su deber primordial es agradar. Para un hombre, la vida tiene una significación bien distinta: si es activo concibe de un modo, si es inclinado á la observación y á la meditación percibirá el mundo de las cosas y los hombres de otro modo, y si es pasional, el prisma visual será el sentimiento. En lo único que podemos

hallar uniformidad de conceptos ó apreciaciones, es en lo que se relaciona con los conocimientos de la ciencia, los cuales están descartados de sentimientos de gusto ó aversión individual que integran las ideas. Ya lo dijimos, un individuo de raza sajona piensa al Estado opuestamente á uno de la raza latina; para el inglés el Estado es muy poco, es el conservador del orden y no la causa del progreso individual y social; en cambio, la sociedad, es decir, los individuos lo son todo: los hacedores directos de su felicidad y riqueza. Un francés, miembro como es del grupo latino, finca todas sus esperanzas de mejoramiento en el Estado: cree que él puede hacerlo todo, matar con un decreto aquello que es y será compañero del hombre: los males sociales, la miseria y el dolor. Piensa que con un sistema de leyes se puede cambiar completamente el modo de ser de los hombres, es decir, su esencia (1). Todo esto que venimos diciendo, constituye la prueba más palmaria de las instituciones tan distintas que explican las mismas palabras, según sean los hombres, y es que las leyes y las sociedades no son sino el resultado de la organización mental de los individuos.

El siglo XVIII, dijo Laveleye, encontró esta fórmula: «dejarás de ser esclavo de los nobles y de los tiranos que te oprimen:

(1) No creemos, por esto, que las razas, étnicamente hablando sean eternas, ni que la superioridad sajona de este momento histórico sea para siempre: la superioridad de razas, en nuestro concepto, es consecuencia de causas: ético-político-económicas, etc.

eres libre y soberano ». « Pero en nuestra época el problema es éste: es una gran cosa ser libre y soberano; mas ¿cómo acontece que á menudo se muere de hambre el soberano? ¿cómo es que, quienes creemos que son la fuente de todo el poder, no pueden asegurarse las necesidades de la vida ni aún trabajando diariamente? » Henry George ha planteado con franqueza la cuestión, que constituye el punto capital de la ciencia social, en estos términos: « Dar educación á los hombres condenados á la pobreza es hacerlos rebeldes; fundar instituciones políticas que declaren teóricamente iguales á los hombres, sobre la más chocante de las desigualdades sociales es aspirar á que una pirámide se sostenga de punta », y el gran Benjamín Kidd, dice, al tratar de estudiar con la profundidad que él acostumbra el gran problema social, es decir, al investigar las leyes y principios que presiden el desenvolvimiento de la civilización actual y sus consecuencias en lo futuro: « Casi terminada está la gran revolución política que se inició hace cien años, continuando en Inglaterra y en el Continente Europeo durante el siglo XIX. Habiendo conseguido emanciparse las clases medias, hánse visto luego, impelidas las clases inferiores; la instrucción y el sufragio universales, así como todas las medidas que tienden á asegurar cada vez más la emancipación política del pueblo, han acabado de completar esta revolución. En realidad, hemos entrado en una nueva fase de la evolución social y caminamos así á una nueva meta; y los partidos políticos, que aún hacen frente al pueblo con los restos de

su programa de igualdad política, comienzan á percatarse de que el mundo ha pasado con rapidez por delante del objetivo de ellos». Lo que dicen, estos tres distinguidos escritores de sociología, al ver el avance de la ola gigante y turbulenta del socialismo y tal vez del anarquismo, que amenaza invadirlo todo en la vieja Europa, carcomida por tantos prejuicios y abatida por tanta miseria, como brillante y magestuosa por su industrialismo nunca visto y por su intensísimo trabajo, que absorbe inmensa cantidad de energías humanas, ¿será aplicable al tratarse de los no menos graves problemas político-sociales de la América Latina que preocupan á un escasísimo número de pensadores? ¿El problema social de Europa podrá ser el mismo en el Continente Sud Americano y presentarse en la misma forma? ¿El problema político del viejo mundo, cuya esencia es, indudablemente, una cuestión económica, será idéntico al problema político de los pueblos indolatinos? Evidentemente, son distintos como que el estado de cultura de Europa y su medio ambiente difieren de los del continente de la América Austral. En ciertos aspectos estas naciones, si pueden llamarse tales, están atrasadas de Europa con un siglo ó algo más, mientras en otros se acorcan al estado europeo; por ejemplo, en ferrocarriles, telégrafos, con todo de ser una red poco densa, es ya un aprovechamiento de los inventos de locomoción y trasmisión del pensamiento forjados en el siglo pasado. En la Argentina, la instrucción pública primaria está muy por encima de muchas naciones euro-

peas, ocupando tal vez, el segundo puesto entre todos los pueblos del mundo. En el Ecuador tenemos leyes como la del matrimonio civil, divorcio consensual, y hasta administración de los bienes de la mujer casada, una Constitución libérrima y avanzada como la de mil novecientos seis, que implican un alto grado de cultura social y una organización justa y científica en lo político y administrativo, que se separan completamente de los hechos que informan la Historia, la naturaleza y el espíritu de un pueblo. Hay, pues, una verdadera antítesis en las democracias sud americanas: por un lado encontramos muy buenas leyes en teoría, ferrocarriles, telégrafos, cañones Erhart, etc. y por otro, un pueblo sumergido en el despotismo, en la ignorancia y el fanatismo más horrendos, el concertaje, la peor de las formas de la esclavitud que subsiste todavía, un crecido porcentaje de analfabetos, una mala administración pública, y por último, un militarismo grotesco que por su naturaleza y consecuencias políticas, sociales, éticas y económicas pertenece á los tiempos de la horda, que bien se le puede comparar con las huestes criminales de Atila y Tamerlán que asolaron el Asia y Europa.

En los pueblos indo-latinos, el Presidente de la República es todo: (al hablar de este punto, nos referimos especialmente y con conocimiento de causa al Ecuador, Colombia y Venezuela) es el señor de vidas y haciendas, es la fuente de todos los poderes, parodiando la bella idealidad, para nosotros quimérica del republicanismo democrático. Nunca los hechos se han conformado con las ideas de lo que se tiene por República, durante nuestra vida autónoma. Todo lo hace la omnipotencia del hombre que erroneamente llamamos presidente. El Congreso lo forma el mismo á su gusto y capricho, con elementos adecuados para sus fines perversos, los senadores y diputados elegidos así besan miserablemente el polvo de la ignominia, pisoteando su nombre y su decoro y se convierten por lo tanto, en los malhechores de sí mismos y ellos son, en gran parte, los causantes y responsables de la ruina de la Patria. El poder judicial que es el llamado á equilibrar la acción absorbente del Ejecutivo, se halla en manos del mismo y es formado por él, por medios indirectos, con personas allegadas y de su confianza. Y todo, por qué? Por el espíritu militar, por el espíritu de violencia, por ese espíritu dictatorial ingénito en la mayoría de los habitantes de este pueblo incipiente.

La mayoría de nuestros males está en nuestra propia subjetividad y en nuestra pro-

pia idiosincrasia nacional. Nacemos en un medio lleno de arbitrariedades y violencias de parte de los gobiernos, con tendencias contrarias á las que requiere el imperio de la Ley y la justicia. Nos transmitieron nuestros padres todos los elementos que hacen de nosotros lo que somos, no tenemos que imitar sino lo que vemos y sentimos y esto afirma más nuestro carácter nacional en formación; luego, pues, todo concurre á hacer de nosotros tales cuales nos cuenta la Historia, durante el tiempo de nuestra autonomía y como nos vemos á nosotros mismos en la actualidad. Como toda energía sigue el camino de la menor resistencia, las energías nuestras se dirigen hacia lo que proporciona el objeto de nuestros deseos con menos dificultades, es decir, en el sentido de nuestras tendencias naturales, en el sentido de los ejemplos sentados en la Historia por los hombres que nos precedieron, según las condiciones del medio ambiente que nos rodea.

¿Cabrá reforma en espíritus inveterados en lo inmoral? ¿Podrá darse tintes de delicadeza á los jayanes grotescos de espada al cinto, que desde las encrucijadas del poder nos gobiernan? ¡Qué distintos conceptos corresponden á una misma palabra en cada uno de los cerebros humanos! Esto constituye una prueba más de la absoluta relatividad en todo lo humano. Ya lo dijo Pascal: «lo que es error aquí es verdad al otro lado de los Pirineos». Los médicos dicen: no hay enfermedades sino enfermos. Las aplicaciones de la terapéutica varían entre dos individuos, que

adolezcan de la misma enfermedad, por múltiples razones. Lo mismo podemos observar entratándose de los agregados sociales: leyes de felices resultados, en otras naciones de la América Latina, han tenido consecuencias desastrosas en los Estados que antes formaron la Gran Colombia. Nuestras mismas Constituciones ¿no son en teoría, la manifestación más alta de un pueblo culto y de una sociedad sólidamente organizada? No es un programa político muy avanzado, aquel en el cual, se garantizan todos y cada uno de los derechos individuales?.. Pero, ¿qué distancia tan grande existe entre los principios consignados por escrito y la aplicación de ellos! Nuestras cartas políticas, aun la más retrógrada, contienen principios muy liberales, si se compara con otros países del mismo continente, pero más adelantados y felices que el Ecuador. Los hechos se imponen y hacen sentir sus consecuencias á despecho de las rimbombantes frases, que ocultan tras de sí, el absolutismo ante las naciones que nos conocen, sólo por nuestras leyes y por la adulación servil de la prensa asalariada. ¿Son nuestras instituciones y leyes la genuina expresión del alma nacional, ó son, por el contrario, el producto estéril de un corto número de teorizadores que distan mucho de la realidad? Entre nosotros, los hombres se hicieron para las leyes y no las leyes para los hombres. Recuerdo yo, que allá, por los años que cursaba Filosofía en el Colegio, se venían á mi mente, cual fantasmas perturbadores de mi calma, las tristes consideraciones, sobre el ma-

lestar social, revelado en forma de miseria intelectual y material, fanatismo, absolutismo, militarismo, etc. y creía, que, la fuente regeneradora y sus remedios se encontraban en las leyes; ¡qué lejos estaba de la verdad: pensaba como niño!

Las leyes no forman la cultura y la grandeza de un pueblo, sino dentro de ciertos límites, muy estrechos por cierto. La Gran Bretaña, que es en nuestros días, lo que Roma en su tiempo es la que posee una legislación muy inferior, en ciertos conceptos, á otras naciones que no están á su altura. La Carta Magna dada por Juan sin tierra ha sufrido poquísimas variaciones en los tiempos que le sucedieron. Inglaterra es la nación entre los pueblos cultos cuyas leyes son más retrógadas y con todo ¿podrá darse un pueblo más libre y feliz en el haz de la tierra? ¿No es en Inglaterra donde encuentran los anarquistas y nihilistas de la autócrata Rusia un techo hospitalario y libre? ¿No es el país de promisión en donde los fugitivos del despotismo hallan la libertad deseada y la realidad de sus aspiraciones?..... y con todo, tienen como dogma político la irresponsabilidad é infalibilidad del Rey. El Rey no es responsable, dicen, porque no yerra; pero no yerra porque sus ministros no deben dejarle errar y de aquí la célebre máxima de Thies: «el Rey reina pero no gobierna» y de aquí también, la responsabilidad recayendo tan sólo en los ministros. Este pueblo feliz digno de admiración y envidia, dirige sus destinos él mismo por medio de su parlamento, de éste

salen los verdaderos encargados del poder ejecutivo, ya que el Rey no hace, no puede hacer nada sin previa autorización de sus ministros y éstos sin el asentimiento de la mayoría del parlamento. He aquí, pues, el prototipo del régimen liberal: un gobierno del pueblo y para el pueblo. ¿Sucede lo mismo en el Ecuador con lo que mal llamamos liberalismo? ¡desgraciados de nosotros! ¿Tenemos siquiera la libertad de expresar aquello que pensamos? (1) El absorbente poder del Ejecutivo engendrado por el militarismo, nos tiene encadenados y quieren aún los verdugos de la libertad que nuestra conciencia de rebeldes, que turba el silencio de este vasto cementerio con gritos de protesta, se amolde á su pensar y querer. ¿Hay respeto á las opiniones de los que profesan doctrinas distintas? ¿Se respeta acaso la propiedad hasta por los salvajes reconocida? Aquel que por consecuencia á los principios que profesa se aparta del virus contagioso del servilismo infamante, que pospone todo, hasta la dignidad de hombre, por el oro, que ve en las arbitrariedades de un gobierno sin pudor ni vergüenza el peligro y la ruina de la nación, es tenido como criminal de lesa Patria, como obstáculo al progreso, como enemigo de la luz y la libertad. Ya podemos hacer nuestras las palabras que son, en ciertos casos, el evangelio de la verdad: ¡Oh libertad cómo te engañan. Oh libertad cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

(1) Cuando trazábamos estas líneas gobernaba Eloy Alfaro.

En los tiempos de más negro oscurantismo algún resago de respeto y moralidad les ha quedado á los pueblos degenerados por la corrupción y envilecidos por el vicio. Algún límite han tenido los desafneros tiránicos del déspota. Las olas enfurecidas de la tiranía han tocado con rocas graníticas que las han vuelto pedazos. Esas rocas solitarias y altivas, que han visto deshacerse á sus pies las amenazas, las lisonjas y los anatemas de la febril adulación son las que han restaurado la moralidad política y han extirpado los vicios de una sociedad maleada por el oro y degradada por el virus corruptor de un mal entendido egoísmo; pues bien, con el régimen de Alfaro el indiscutible, yace en el polvo: amistad, vínculos de familia, honor, virtudes cívicas, patriotismo al peso é influencia de las causas corruptoras de siempre.

LA TIRANÍA MILITAR ENTRE NOSOTROS

AGIAGOS días ha tenido nuestra Patria. Una cadena de tiranuelos, desde el primer presidente hasta nuestros días, han sido los que han dirigido á un pueblo, que soñaba con la felicidad engendrada por la libertad, libertad, si así puede llamarse la independencia política, conquistada mediante esfuerzos titánicos y sacrificios sin cuento; pero en la serie de autócratas ha brillado más de uno por su talento y honradez, puestos al servicio de un patriotismo concebido á su antojo, mientras que otros se han distinguido por su estupidez y mala fé, puestas al servicio de sinietros fines, convirtiéndose en causa poderosa de la ruina de la Patria. Negros eran los días por los que atravesaba la República, bajo la férula despótica de aquel fanático, enfermo de neurastenia, que se creía causa de toda actividad y origen de todo progreso; mas, eu medio de esa noche política, en la que á la sombra del oscurantismo, reinaba la paz vergonzosa de un sepulcro de vivientes, se levantó sobre sí mismo un rebelde sublime, armado de su genio y de la justicia para tomarle cuentas ante los hombres de sus desafueros y locuras. García Moreno, á despecho de la voz de su conciencia y obsesionado, creyéndose el predestinado para encaminarle por la

senda del Cielo al pueblo ecuatoriano, era el fiscalizador de todas las acciones de los ciudadanos; pero estaba animado por un noble fin: hacer el bien según él lo concebía y sentía. Su acción despótica se extendía hasta el santuario del hogar; tenía rasgos de inquisidor y de pontífice. Con su diestra empuñaba el látigo y la espada con que se servía para conducirlos hacia el bien á los que se resistían. Quería hacer el bien á palos, á la fuerza, y lo hacía en efecto.

Recuerdos tristes nos dejó este jesuita-soldado, pero también admiramos al gran estadista, cuyos frutos de su incansable trabajo, manifestados en múltiples edificios y otras construcciones que la indolencia del tiempo no las ha reducido á polvo, son testimonios de su grande actividad. Fué un hombre que se elevó por encima de los de su clase, á quien la Historia agradecerá por sus obras, que tienen caracteres de bondad y le execrará por sus violencias y caprichos, por su tiranía y sus locuras. Tiene luz, pero luz circuida de sombras tenebrosas que evocan el recuerdo de las lobregueces del Santo Oficio. Fue mal mandatario pero estaba animado de buena voluntad, buena voluntad, que disminuye sus excesos.

Tiranos como García Moreno, son absueltos por la Historia; sus maldades son olvidadas y sus hechos buenos coronados por el éxito y depositados en el recuerdo de la nación. La Historia olvida el 18 brumario de Napoleón para gozar en la consideración de sus grandes hechos, de sus heroicas acciones. Olvida que la libertad fue encadenada por

su ambición de Poder y gloria y corona al genio que sintetiza el progreso de la época moderna en variadas formas. Pero la historia es terrible juez de los verdugos miserables, que corrompen á sus semejantes, que roban el honor y la gloria nacionales, no sólo en el pasado y el presente sino también, como consecuencia, en el porvenir. La Historia no compadece á los tiranuelos pobres de ideas y buenos propósitos. Esos, tienen, deben tener la sanción que corresponde á los verdugos; y ¡Ay del día en que el pueblo despierte de su letargo rompiendo las cadenas de la ignominia y reconozca al malhechor que le guía al abismo! Un hálito ligero del pueblo soberano reducirá á polvo aquello que vino del fango y debe estar en el fango. Las flores del vicio no abren sus corolas sino en almas degeneradas, que han bajado de la escala humana á la barbarie. Los tiranuelos como aquel que en estos momentos desgraciados nos abate, no pueden existir sino en medio de una sociedad degenerada, que ha abdicado todo sentimiento de honor y patriotismo para inclinarse con incienso en las manos ante un miserable ídolo de barro.

Este numeroso rebaño abúlico, que tristemente pasa por el desierto de la inacción, se merece su suerte. Es vilipendiado, escarnecido, por aquel que nos conduce á las garras carniceras de nuestros enemigos. Alfaro, que evocando el santo nombre de libertad, se encaramó en el poder para luego tornarse en zátropa de la nación y en sanguijuela que absorbe y destruye su actividad espontánea y

sus energías vitales, será maldecido por sus crímenes y exorado por las generaciones del porvenir. Siempre los malhechores se han puesto bajo la sombra de algo que simule justificar sus crímenes; siempre los tiranos han engañado al pueblo aparentando servirle para servirse de él. Esto es lo que hizo también Eloy Alfaro. Engañó á los ecuatorianos haciéndoles creer que era el defensor de los derechos inherentes á todo hombre, para adueñarse, valiéndose de mezquinos medios y con fines menguados de la voluntad de la nación.

Tirano fue García Moreno, tirano es Eloy Alfaro; ¡pero qué diferencia tan enorme media entre ambos! El primero tenía un cerebro genial, que podía ser el asiento de toda la enciclopedia; nació para sabio y en efecto lo fue en más de una rama de la actividad humana; el segundo es lo contrario: es la ignorancia personificada, dirigida por inclinaciones perversas. García Moreno fue un girón de luz envuelto en sombras, Alfaro es la oscuridad germinadora de la podredumbre social é individual. García Moreno quiso dominar hasta las conciencias, que son por sí mismas inviolables para dirigirlas á un fin de bondad forjado por su fanatismo, pero animado de buena fe; Alfaro, con sus esbirros que venden su honor y dignidad, viola hasta lo inviolable, corrompe hasta aquello que los más viles corruptores respetan y veneran. Jamás verdugo alguno de la humanidad convirtió á los hijos en delatores de sus padres, á los hermanos en espías de sus hermanos, y lo que es más, á los padres en dogales de sus hijos,

haciendo así, verdaderos chacales á los miembros de la *familia*: fuente de toda sociedad, elemento de todo Estado, base de toda grandeza cuando está guiada por los principios de una moral pura que dignifica y eleva, siendo causa poderosa de la ruina y decadencia de las naciones cuando está roida por el vicio. El uno fue tirano con grandeza, éste pequeño hasta en el crimen es y será maldecido por los ecuatorianos.

NOTA.— Con los últimos acontecimientos salvajes y caníbales que han rebosado el límite de la justicia más rigurosa, hemos modificado, un tanto, el criterio sobre Alfaro; hoy le reconocemos, al juzgarle con imparcialidad, algún mérito: queremos ser sinceros y por esto hacemos esta declaración, tanto más, cuanto que durante su última administración militamos en las filas de la oposición. Antes de 1906 en que tuvo lugar la revolución que lo trajo al poder por segunda vez, pertenecíamos todavía al colegio y muy lejos nos encontrábamos de la política.

SE HAN OBSERVADO EN LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS LAS LEYES QUE RIGEN EL DESARROLLO SOCIAL Y POLITICO?

ANTE los innumerables males que afligen á mi desventurada patria, me he preguntado, más de una vez, si el estado actual del organismo social ecuatoriano y en general del sud-americano, son el producto del desarrollo lento y natural, conforme lo reconoce la Sociología y conforme los pueblos del viejo mundo han realizado. ¿Han atravesado por una serie de grados, desde la barbarie y el absolutismo monárquico hasta el estado actual de civilización, en la cual reinan los principios tenidos antes como ensueños ó utopías, ó por el contrario, hemos dado un salto gigantesco para el cual, pocos, muy pocos estaban dispuestos? ¿Hemos variado tan sólo los nombres, mientras han seguido reinando los mismos sistemas y principios que informaban la vida pública y privada en los pueblos hispano-americanos, desde el coloniaje? Leyes universales rigen los agregados sociales de todos los tiempos y lugares. El espíritu humano sigue un paso lento en su marcha ascendente de perfeccionamiento. La civilización no ha

seguido un camino paralelo en todos los pueblos y razas. Empezó á despertarse la humanidad en el Asia, cuando el resto del mundo yacía en el salvajismo inconsciente; se desarrolló luego, en el Norte de Africa para continuar en el mediodía de Europa, con elementos nuevos y más susceptibles de adaptación á las nuevas condiciones de vida. Cuando Grecia estaba en su esplendor y había llegado al último escalón de grandeza y era gobernada por un ínclito varón, que dió nombre á su siglo, cuyo período es algo así como la cúspide de ese edificio erigido á la eternidad que llamamos civilización helénica. Cuando el poder de las armas dilatava las fronteras romanas para imponer sus leyes. Cuando el pueblo rey practicaba el republicanismo y la democracia más puros é idealizados que ha visto la historia, cuyos ejemplos se han seguido, de tarde en tarde, como pálidos reflejos en poquísimos Estados, la Galia, la Germania, la Bretaña, todos aquellos países, que en nuestros días, son el asiento de la civilización y que han llegado al último límite conocido de perfeccionamiento humano, se encontraban en estado de salvajismo y carecían de todo lo que el hombre ha inventado cuando ha bullido en su cerebro la luz de la razón. Las épocas de un pueblo no corresponden á las de otro; así, cuando lo que es ahora Francia atravesaba la edad de piedra, en Roma se erigían estatuas á los genios y á los dioses y Fidias, en Grecia, modelaba sus obras de escultura que eternizaron su memoria y que aún admiramos.

Las vidas de un pueblo ó de una nación son como la del individuo, y grandes consecuencias debemos sacar de sus semejanzas. Hay pueblos que nacen cuando otros están en su pleno desarrollo y algunos en la agonía que los aproxima á la muerte. Así como el niño tiene aptitudes en diverso grado que un adulto, así también, los pueblos tienen sus aptitudes y tendencias que varían de uno á otro. En cada período del individuo observamos rasgos salientes, rasgos que dominan una época individual, que diferencian á la subjetividad de sí misma en los momentos múltiples y efímeros por los que atraviesa el hombre. La actividad de un joven se dirige á distinto fin que la de un viejo, en quien la razón suficientemente desarrollada es la que preside todos los actos, mientras que en el joven el móvil principal de su voluntad, y por consiguiente, de sus acciones son los sentimientos, las pasiones.

A estos rasgos generales que son constatados por todos, debemos agregar otros, que son eminentemente individuales, nacidos de causas personales, independientes de la pseudo libertad moral. Múltiples son las causas determinantes que forman el carácter individual: depende, en parte, de sus antecesores, del medio social, de la raza, hasta de aquello que parece que no podía influir en nada para la formación de la personalidad moral como el vestido, el alimento, la altitud del país en que vive, etc., etc. Todos estos elementos son causas que, accionando según su naturaleza, producen un algo que se diferencia de los demás hombres. Un hijo de la costa ecuato-

riana es muy distinto, en todo sentido, de un habitante de las serranías andinas; una persona es distinta de su hermano y con harta frecuencia, tienen entre sí inclinaciones diversas, sino opuestas. Así también, considerando á una nación no ya en relación con otras de diversos tiempos sino con muchas de la misma época, que tienen el mismo origen, que consagran su recuerdo por unos mismos hechos, que hablan el mismo idioma y han sido creadas en una misma religión, se ve la enorme diferencia que media entre una nación de las que formaban la Gran Colombia y una de las del sur del Continente de la América Austral como Chile, la Argentina y el Uruguay. ¿A qué se debe nuestra inferioridad en todos los matices en que puede un Estado presentarse inferior ante otro? ¿Acaso no hemos atravesado por todos los grados por los que debíamos atravesar para llegar al reinado de la Libertad, de la República ó de la Democracia? Nuestros padres que lucharon con el despotismo ibérico por libertarnos, ¿nos hicieron un bien, nos legaron un beneficio ó se adelantaron tal vez, al tiempo en que la conciencia pública y el grado de civilización de las masas sociales hacen considerar y sentir la necesidad de emancipación política? En suma: ¿hicieron bien ó hicieron mal en libertarnos? Cuestiones difíciles de resolver son éstas, ante las cuales se apodera la duda como única consejera de un cerebro agitado por las consideraciones de lo que somos y de lo que podíamos ser. Pero, ¿la existencia ó aparición de un hecho no es prueba de que ese hecho tu-

vo condiciones adecuadas para producirse y que debía producirse por lo tanto? La liberación del coloniaje ¿no está demostrando que era, que debía ser un hecho natural en el curso evolutivo de este país, hecho que debía brillar como idea en la conciencia de los hombres de ese entonces, para luego convertirse en volición y después en acontecimientos concretos y tangibles? ó es que fue el resultado de una minoría compuesta de hombres de más alcances que el resto de sus contemporáneos, apoyados en circunstancias exteriores y ajenas á la sociedad y al momento histórico en que vivían, pero propicias para el fin de la emancipación política? Analicemos con calma, desechemos todo pre-concepto favorable ó desfavorable; seamos por un momento filósofos, ya que no nos es dado alejarnos completamente de todo aquello que puede torcer nuestras conclusiones.

Las grandes doctrinas humanizadoras de los enciclopedistas franceses, y en general, de los escritores del siglo XVIII, que engendraron con sus ideas la revolución del 89, habían herido el espíritu, tranquilo en esas épocas, de un cortísimo número de habitantes de las colonias españolas en Sud América, los cuales habían podido estudiar, dado su estado económico, algo del conjunto de ideas que agitaban los cerebros de los europeos. Esa esperanza quimérica, que había producido la lectura de los libros de Rousseau, Voltaire, etc., en conciencias de hombres que, apasionados por aquello que ante sus ojos era la verdadera redención y el triunfo definitivo de la justicia y el derecho, tomaron formas, hasta cierto pun-

to concretas, en un espíritu superior á todos sus compatriotas de ese entonces, Francisco Miranda, hombre grande por muchos conceptos, fue el primero que se esforzó, con todas las energías de que era capaz, para levantar el alma de los americanos adormecida por el despotismo secular de tres largos siglos, cuando nadie tenía ni la idea más remota de lo que pueda llamarse emancipación política. Este ilustre caraqueño, después de haber viajado por diferentes países europeos, en donde adquirió un inmenso caudal de conocimientos de todo género, al lado de hombres ilustres en cuyas manos se encontraban los destinos de las más grandes potencias del mundo como el célebre ministro inglés Pitt y el no menos célebre ministro de Catalina II, de quien fue íntimo confidente, Príncipe Potempkin, quiso, llevado de su prestigio universal, independizar su Patria, cuando había la más completa ignorancia en todas las clases sociales de las capitanías y virreinos y cuando el despotismo se cernía sobre el cielo de la América del Sur con caracteres pavorosos, ya que los españoles habían tenido como sistema de gobierno y administración de sus colonias un especial cuidado en conservarlas en la más negra barbarie, en la más degradante ignorancia. En un medio tan desfavorable no era posible que naciesen ideas, para cuya producción necesitan una elevada cultura del pueblo, menos aún, que germinaran viables y crecieran robustas. El republicanismo, siempre que se lo practique, es la manifestación más alta y elocuente del desarrollo intelectual

y moral de una nación. Nuestro parecer, que en nada influirá en los lectores, si acaso los tenemos, es, que los individuos de esos tiempos no prestaban aptitudes adecuadas para que naciera una nueva forma de organización social y política tan distinta de aquella en que no sólo se habían creado y vivido por largo tiempo, sino que constituía parte integrante de su modo de ser. Tan cierto es lo que afirmamos, que más de una tentativa de liberación sucumbió á pesar del genio director que estaba al mando de la expedición. El pueblo venezolano se encontraba distanciado de su jefe en cuanto á sus ideas, en todo sentido, y en especial, en las que dicen relación con la política y organización social. Miranda y el pueblo de Venezuela eran hasta cierto punto elementos heterogéneos, y jamás podían unirse con lazos estrechos y solidarios como requieren movimientos de esta especie. Miranda se había adelantado á su tiempo, necesitaba un medio social más desarrollado. El pueblo, á su vez, necesitaba un hombre que estuviera al tanto de su idiosincrasia y esto era difícil, ya que el espíritu robusto de Miranda, se había desenvuelto en pueblos cultos como Inglaterra, Francia, etc., naciones que formaban contraste con el pueblo á cuya cabeza estaba el primer libertador. Bolívar, observador atento de las faltas inconscientes y ajenas á su querer de que fue víctima el ilustre caraqueño, su antecesor en la lucha, se aprovechó de ellas para sus planes que los desarrolló con habilidad y maestría, posteriormente, y aun Bolívar mismo, á pesar de su genio,

más de una vez, fue doblegado por el peso de los hechos, por la oposición tenaz de los realistas que constituían la mayoría de los habitantes de su Patria. Todos los elementos utilizables en otras circunstancias, eran hostiles á sus geniales propósitos. La conciencia popular no estaba preparada para un cambio radical en la esencia misma de la organización social. ¿Cómo podía estarlo si se carecía de medio para ello? El fanatismo religioso inculcado por el clero, como también, la ignorancia absoluta eran obstáculos invencibles para todo cambio. Las conciencias encadenadas á la monarquía, gracias al desconocimiento absoluto de todo aquello que podía encender la justa rebeldía, hacían imposibles todos los medios puestas en ejecución para tan notable hecho histórico, que tuvo su influencia universal, tan trascendental, que hizo variar el curso de los hechos en más de un punto, en la vida de los Estados.

El aislamiento de una villa á otra, de una á otra región, por cercanas que fuesen, dada la dificultad de las comunicaciones, inconveniente que aún subsiste en varios lugares, la poca ó ninguna solidaridad entre las colonias, la carencia de medios para vulgarizar las ideas, móviles de toda acción, como el periódico, el folleto, el libro, y otras causas más, imposibilitaban la realización de tan magna empresa. Si el concepto de emancipación no había penetrado en los espíritus de las clases sociales como lo requiere una idea que se desea convertir en hechos reales y tangibles; si no comprendían las ideas que

representaban las palabras pronunciadas por individuos que se levantaban sobre los demás de su época; si los primeros pasos dados en el largo camino para llegar al triunfo de los grandes principios, que hacen á los hombres iguales y libres, sin tomar en cuenta su origen ni abolengo, habían sido dados en las tinieblas del fanatismo y de la inconsciencia; sino concebían la utilidad, menos la necesidad de hacerse libres, no podían tener sentimientos y hábitos para la vida nueva, llamada á originar el cambio radical en el modo de ser de los organismos sociales de la incipiente América del Sur.

Es un principio unánimemente aceptado por sabios sociólogos, que los fenómenos pertenecientes al dominio del sentimiento y de la voluntad siguen un curso muy lento si se comparan con el vuelo fácil y rápido de las ideas. Hipótesis y principios preconizados por los pensadores de la antigüedad han necesitado siglos de siglos para su aceptación. Los Ptolomeos estaban convencidos de la redondez de la tierra y esta idea, que fue concebida como verdadera en aquellos tiempos, ha entrado en el dominio de las verdades universalmente aceptadas, al cabo de muchos siglos. Hubo filósofos en la antigüedad, que rechazaban la esclavitud por tenerla como contraria á la razón y á la justicia, y sin embargo, ¡cuánto tiempo ha sido menester para que los pueblos cultos admitan esta verdad en sus leyes y costumbres! Abraham Lincoln fue el que en los Estados Unidos del Norte, en la segunda mitad del siglo pasado, convirtió en un

hecho lo que tanto escritor había dicho en nombre de la justicia y de la humanidad: abolió la inadmisibile institucion de la esclavitud y, entre nosotros, le debemos al presidente Urbina tan humana ley. Con todo de esta prescripcion legal ¿no conservamos para nuestra vergüenza una esclavitud disfrazada que llamamos *Concertaje*? ¿No está en pugna este sistema de explotacion inicua con la Constitucion de la República?; ¿no contradice los principios más triviales de derecho, las leyes económicas y la igualdad humana esta clase de servidumbre? Dos pueblos conservan el concertaje embrutecedor y despiadado en la América Latina: Bolivia y el Ecuador, y sus gobiernos permiten, toleran y hasta reglamentan esta iniquidad que es una de las formas del Mal para los dos pueblos citados.

Con esto creemos haber demostrado la diferencia entre el desarrollo del pensamiento y de las costumbres: el primero, gracias al poder de abstraccion, se adelanta tanto á la realidad y al presente, que con frecuencia, caen en el reino de la quimora y la utopia, mientras el cambio de las costumbres es lento é inconsciente. Así, pues, los hombres que existieron en el momento de iniciarse la independencia, carecian de condiciones intelectuales y morales para vivir en República. No estando predispuestos para una nueva clase de vida, y teniendo, por otra parte, deseos de renegar del pasado sembraban el desorden y producian el caos. Eran aquellos hombres, después, semimonárquicos y republicanos á medias: fuente de innumerables males para

los hijos de América. He aquí una causa del militarismo que nos carcome y mata: la falta de costumbres, es decir, de condiciones morales para que el republicanismo nazca y se desenvuelva conforme á los principios proclamados por sus fundadores.

Habiendo considerado el lado desfavorable para que se produzca la independencia Americana, veamos ahora, cuáles fueron las causas que la engendraron y por qué se produjo.

Hay en los hechos históricos una relación causal y de mutua influencia que traspasa el límite del poder del conocimiento individual para confundirse con el insondable misterio en donde todo esfuerzo es inútil. La impotencia humana en su delirio por explicarlo todo, se ha forjado destino, leyes, dioses, etc., y con todo, quédaule vacíos infinitos que no puede suplir con quimeras. El grado de influencia de un hecho en la voluntad humana es desconocido y talvez, jamás, mientras tenga el hombre los medios de conocimiento que posee, podrá saber á ciencia cierta. Con todo, si es cierto que hay una imposibilidad en conocer á fondo y hasta qué punto un hecho influye en el ánimo individual y en el proceso de desenvolvimiento de las cosas, ya que como dijo Pascal: «todo se relaciona con todo», podemos sin embargo, esbozar, no sin temor á equivocarnos el origen causal de nuestra independencia, en virtud del célebre principio de causalidad, el por qué, la razón de sér, sirviéndonos de ciertos antecedentes que dejan sus huellas y de las consecuencias, lo cual

sólo es dado mirar desde las alturas de una consideración histórica, desde donde se ven los hechos alejados de toda pasión que en el momento de su existencia los confunden, sin dejarlos ver claros tales cuales son.

La civilización Occidental á la que han contribuido todas las razas y todos los siglos: desde el persa hasta el galo y desde el hombre que vivía vagando en las soledades vírgenes de la tierra hasta el *gentleman*, ha tenido historiadores famosos que han explicado su desarrollo lento. La evolución del mundo antiguo, cuyo mejor representante es el continente europeo, ha sido estudiado con alguna profundidad y las conclusiones de muchos pensadores sirven de guía al que tiene que habérselas con un laberinto virgen, donde el pensamiento no se ha detenido un instante para considerar con calma y método.

Dicen los historiadores, que si la nariz de la bella Cleopatra hubiera sido de otra forma de la que fue, el rumbo de los acontecimientos históricos hubiera seguido por otro derrotero y las naciones é imperios que han existido no hubieran vivido como los escritores nos lo cuentan. Si un hecho como éste puede ser de tan gigantesca influencia, ¿qué decir de todo el conjunto de acontecimientos culminantes que han transformado, radicalmente, el modo de ser de las sociedades y de los individuos? La Revolución Francesa, especie de cima elevada de los hechos históricos, influyó con sus principios proclamados por los corifeos de aquella sublime rebelión, con el derrumbamiento y caída del trono carcomido

por los siglos y vicios de los Capetos y sobre todo, influyó cambiando el frente de la marcha, no sólo europea sino también mundial, con las terribles guerras de la Francia acusada por las demás naciones europeas, por el destronamiento de Luis XVI y de las guerras de la Francia invasora y soberbia guiada por la ambición de un hombre coronado por el genio. Incalculable es el conjunto de consecuencias engendradas por el movimiento iniciado en 1789, al calor de una protesta de la humanidad toda, que se elevó hasta los cielos serenos de la filosofía y la ciencia y anatematizó el pasado y renegó de sus tradiciones, aun de aquellas que eran elementos favorables para la marcha de la civilización. Aquella guerra implacable y terrible del pasado y del futuro, de las tendencias viejas y de las ideas y esperanzas que acariciaba la humanidad soñando un mejoramiento en todo sentido; aquella lucha de las preocupaciones antiguas que querían obstruir el paso como diques de granito de los principios é ideales nuevos, lucha digna de la pluma de un É-quilo para eternizar con símbolos, á lo Edipo, tuvo su influencia decisiva en la vida política y social de los pueblos del viejo como del nuevo mundo. Los enciclopedistas con sus doctrinas penetraron hasta el espíritu del pueblo, que había estado alejado de los negocios públicos y de los cuidados relacionados con la política encausada al gusto y capricho de la corte, ensimismada con el despotismo engendrado por las tradiciones y la riqueza. La idea que brotó como chispa en esa larga noche de necró-

polis encontró un medio fecundante en la desgarrada conciencia de las multitudes, abatidas por la miseria, envilecidas por la ignorancia y exaltadas por la comparación entre los esplendores y fausto de la corte y la miseria de sus hogares; entre la corrupción nacida de la abundancia y esa virtud coronada de espinas dolorosas de hambre. Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert y otros, son los verdaderos fantores de esa revolución transformadora. Fueron el verbo que turbó el silencio de los siglos; el esfuerzo gigante que rompió en pedazos las cadenas opresoras é hizo bambolear los tronos y abatirse los cetros reales é imperiales. Después de la idea crecida en los espíritus de los hombres de esos tiempos, asomó la acción como resultado de una fuerza oculta hasta entonces, y luego los hechos, manifestación de los sentimientos que dominaban todas las conciencias. Pero, los actos del hombre considerado individualmente y los hechos de los agregados sociales ó no tienen lógica en su aparición, ó están sujetos por leyes ocultas que no conocemos todavía, y muchas veces las doctrinas, al convertirse en realidades se transforman tanto, que á la simple vista parece que cambian de naturaleza y de esencia. Los precursores de la revolución pregaban el orden, el verdadero orden, desenvuelto en el marco de la libertad y del derecho y no fue así; el torrente de los hechos ejecutados por la vehemencia de transformarlo desde los cimientos de una sociedad caduca, heredera de mil preocupaciones y absurdos llevó los ánimos al extremo opuesto, al fanatismo de la destruc-

ción y derrumbamiento de todo, aun de aquello que estaba asentado sobre cimientos al parecer incommovibles, en nombre de la libertad y el derecho ultrajados en el pueblo por los explotadores de la debilidad, de la miseria y la ignorancia. Fue una avalancha, que precipitó y destruyó leyes, instituciones, costumbres, doctrinas, ideas y conceptos sobre el mundo, la sociedad y el individuo. Renegó, en una palabra, del pasado lleno de miserias y crímenes, de errores y absurdos, de opresión y despotismo; pero también, llenó de recuerdos fantásticos, de ilusiones y desengaños, de sacrificios fecundos para la humanidad futura.

La ley del equilibrio rige toda clase de fenómenos: ya de orden físico y moral, como también del inorgánico y humano. De la opresión llevada al último extremo soportable, viene el descontento, la protesta, el odio á la autoridad, á cualquier autoridad por más buena que ella sea. Esto observamos de un modo especial en los nihilistas rusos. Creados en el absolutismo más negro, piensan, cuando comprenden algo de la naturaleza humana, que el hombre es y debe ser libre, que las demás naciones tienen gobiernos más respetuosos de la libertad individual, que el *mal*, muchas veces está no en un mal gobierno, esto es, en las personas que lo componen sino en el mismo gobierno, en la autoridad considerada en sí misma. Toman el rábano por las hojas. Del un extremo pasan al otro; de la creencia ciega en la autoridad á la negación absoluta en lo humano y en lo super-humano. Del absolutismo de Luis XIV que pesa-

ba sobre las masas sociales, se pasa al absolutismo del pueblo enfurecido contra la nobleza, que siembra el terror en las conciencias y produce el famoso 93. De la tiranía de uno sólo se salta á la tiranía de la multitud: del despotismo á la anarquía y como este estado anormal no es duradero, ni estable, viene la reacción y ésta engendra, consiguientemente, un *César*. Tal es la ley de los acontecimientos humanos, en esta clase de procesos.

La solidaridad que existe entre individuos que ejercen las mismas funciones y que emplean los mismos medios en la consecución de sus fines, se manifiesta en los casos como en el que los Borbones se hallaban y viene el auxilio, la ayuda mutua, la protección para conservar las cosas como sus intereses lo imponen. Vacilante el trono de Francia, los reyes de Europa acuden en su auxilio, temerosos de ver hecho polvo sus tronos y quedarse sin poder alguno. Francia, la rebelde, la civilizadora Francia se halla amenazada por las naciones pegadas al pasado; pero luego, á su vez, lo toca su turno y con un César formado por los acontecimientos, en nombre de la libertad, invade y vence á la Europa envejecida, burlándose de los tronos derrumbados por su empuje y divinizados por la ignorancia.

El vasto campo de los humanos hechos es como un dilatado mar en donde muy pocos ven sus costas y su norte. El influjo incesante de las olas impide el que puedan conservarse, únicamente, con sus caracteres propios y sus matices especiales. Tal acontece con los

fenómenos históricos: la vasta superficie líquida se mueve y se agita cambiándose bruscamente cuando algo ajeno penetra en sus entrañas. En la desembocadura del Amazonas el choque tumultuoso de las olas del mar de agua dulce con las del Atlántico, producen una agitación, que hace zozobrar á los bajeles y esta tempestad de olas bravías y agitadas se repercute hasta muy lejos. La Revolución Francesa fue como un huracán en las entrañas de un mar, como un Amazonas que con poder sublime invade la superficie marítima. En efecto, todo lo trastornó, todo lo cambió, todo lo transformó. Figuráos el alcance que tuvo en sus consecuencias en las demás naciones y en los tiempos posteriores á su aparición: incalculables son ellas, si consideramos la repercusión que tuvo en la emancipación de la América Latina. La gloria que cubrió la frente de Napoleón y su ambición desmesurada hizo que asentara este coloso su pie de hierro en la península Ibérica. Los españoles obligados á defender su soberanía, antes que sus dominios de ultramar, conmovidos por el espíritu de conservación, ponían á sus colonos en situación ventajosa para realizar sus propósitos. Sin la invasión napoleónica en la metrópoli, no hubiéramos tenido libertad política desde esos días. El poderío español hubiera ahogado todo esfuerzo, toda tentativa de rebelión de los patriotas. El bizarro ejército destinado á sofocar los levantamientos de Venezuela, que estaba en Cádiz á punto de darse á la vela, fue destinado á contener la invasión del poderío francés. Terrible y cruenta fue la lu-

cha que libraron los españoles para conquistar su soberanía perdida y arrojar de su territorio á sus dominadores. Los hombres escasearon, el dinero se agotó; en suma, las energías hispanas se debilitaron tanto, que dieron ancho campo para que los colonos iniciaran de modo ventajoso, la independencia que fue, no obstante, sellada á fuerza de sangre, la cual corrió abundantemente en las regiones vírgenes de esta opulenta América.

A nuestro ver, otro de los motivos poderosos, que prestó todo el valor de su contingente fue la aparición de una pléyade de hombres excepcionales, que estaban muy por encima de sus contemporáneos, pues soñaban con quimeras, con sueños irrealizables propios para acariciar esperanzas no desmentidas todavía por tristes y desconsoladoras experiencias. Ellos estaban separados del resto de los hombres en sus ideas, sentimientos y concepciones respecto de la política y de la humanidad. De aquí el genial propósito de Simón Bolívar de unir todo el Continente Sud Americano en un sólo Estado Federal. Creían que emancipándonos de la tutela española nos legaban libertad y virtudes, que hacen de la República la más sabia y feliz de las instituciones que pueden existir en las sociedades, mientras necesiten de autoridad para su desarrollo y progreso. Creían que, arrojando á todo español del suelo americano se libraban y nos libraban del más feroz despotismo, de las tradiciones absurdas, del fanatismo religioso y otros vicios de raza, de los cuales sólo nos emanciparemos con el tiempo, variando en aquello que constituye

nuestra esencia, nuestra subjetividad nacional nuestra idiosincrasia con una buena dosis de sangre sajona. Por sobre todos aquellos hombres que actuaron en la Independencia, se destacan radiantes de luz y gloria las figuras de los colosos de esa época. Miranda en quien primero se agitó la idea de formar una Patria libre y vasta como el continente y feliz como una nación ideada tan sólo por los escritores, pero jamás realizada fue quien dejó preparado el terreno, hasta cierto punto, y, Bolívar el que realizó y llevó á feliz término lo que aquel no pudo, á pesar de sus esfuerzos titánicos y su portentoso talento, cualidad que lo elevó hasta no poder apreciar los defectos de la sociedad en que nació.

El genio de Bolívar aplicado á un fin grandioso, en condiciones favorables, fue el que nos dió Independencia política: fue el que nos quitó el yugo que nos oprimía. Prueba de lo que decimos encontraremos si seguimos el curso que tomó nuestra Independencia; es decir, que ella no fue la expresión de la conciencia pública, ni el cumplimiento de aquello que constituye los deseos de la mayoría de los individuos. Más de una vez fracasó en su intento, más de una vez fueron los enemigos más terribles y los obstáculos más difíciles de vencer los mismos americanos, los mismos venezolanos y colombianos. Tomadas las palabras Independencia y Libertad Política en su genuina y estricta significación, las consecuencias que se han desarrollado á raíz de la emancipación nos obligan á admitir que los pueblos de ese entonces, no estaban en condiciones

favorables ni con la suficiente, educación intelectual y moral, que requieren los individuos y la sociedad para que la libertad ó independencia no sean *mitos*, lirismos huecos, sin sentido real; por lo tanto, no se puede exigir si nos fijamos en el fondo de los hechos, en su causalidad y relación, que los acontecimientos nefandos recogidos por la Historia hubieran correspondido á la bondad de los principios consignados en los libros. Los hechos existen cuando hay una causa suficiente que los produzca, cuando hay un poder capaz de tornarse en realidades. Comparando en todos sus aspectos las situaciones de las colonias inglesas que hoy forman parte de la federación del Norte y las de las colonias españolas que componen las diversas Repúblicas del resto de la América, notamos que muchísimas diferencias marcadas las distinguen. Encontramos enormes diferencias, apartándonos de las ideas de raza y de las relativas á los primeros colonizadores, que por sí mismos han podido engendrar el germen de la superioridad de los indo-ingleses y la inferioridad de los indo-hispanos, por cuanto los que colonizaron la Nueva Inglaterra fueron de lo mejor de la Vieja Albión: los religiosos cuáqueros y pietistas, hombres modelos, mientras aquellos que sometieron á la corona de Carlos V, los innumerables pueblos que se desenvolvían felices en los Andes no fueron de lo mejor, más de un presidiario halló libertad en suelo americano. Los Norte-americanos estaban más iniciados en la política, la industria, y el comercio que los Sud-americanos, y por lo mismo, en mejores con-

diciones para recibir el bautismo santo de la Libertad. Ellos necesitaron de Washington que les dirija, nosotros un Bolívar que nos libre; ellos después de un tutelaje benéfico, educador, útil, fueron libres porque la generosa Inglaterra quiso; nosotros, después de la explotación y embrutecimiento seculares nos separáramos de la metrópoli imponiéndoles, obligándoles por nuestros esfuerzos y por las circunstancias que mediaban. Ellos necesitaron de un pretexto: el aumento de impuestos; nosotros de una ocasión propicia anunciada por el destino: la invasión de los franceses en España, esto es, su aniquilamiento. En suma, los norte-americanos fueron libres antes de independizarse; nosotros somos esclavos de nuestras miserias, del despotismo principalmente, de nuestros vicios heredados y que subsisten aun después de habernos políticamente separado de España. El sello de la esclavitud, en múltiples aspectos, lo llevamos en la sangre. No habrá para ello un Redentor, ni un Ayacucho. El tiempo, quizás sea el único, con su tejido de influencias en los motivos el que nos liberte de aquello que nosotros por sí mismos no podemos.

Aunque de menos importancia que los otros, uno de los elementos favorables para que nuestros mayores nos hayan quitado de sobre nuestras espaldas el yugo que soportábamos, es la imitación. Los pueblos débiles y atrasados, jamás son iniciadores, nunca son los primeros en nada: imitan para progresar, necesitan que les antecedan para obrar. Hasta aquello que podía y debía haber salido co-

mo brote espontáneo del alma dolorida de todo un continente, en forma de protesta y de acción, en otro estado de cultura, necesitó de un ejemplo que haga ver la noche, que nos haga sentir la carga de un coloniaje inhumano y cruel. La psicología individual ha probado la grande influencia en la ejecución de los actos individuales que tiene la imitación: es cuestión fisiológica y por lo tanto, está dentro del dominio científico. (1) Todavía, nadie que yo sepa, ha estudiado la psicología de la historia para medir la importancia de la imitación en los hechos sociales, pero, es el caso que debe tenerla. En el individuo como en los agregados sociales se notan las mismas causas determinantes, las mismas circunstancias influyentes. El hecho es que la emancipación de las colonias inglesas tuvo repercusión en Sud América, es decir, tuvo su influencia.

Las costumbres y hábitos son eminentemente conservadores, varían muy poco en el transcurso de los siglos, al contrario de lo que ocurre con los conceptos y las ideas que son más rápidos en difundirse en las masas populares. Muchas costumbres que tenían los ingleses en los tiempos de Juan sin tierra y de Enrique VIII, permanecen intactas ó han sufrido muy pocas alteraciones hasta nuestros días. La dificultad más grande con que tropezó el gran reformador Pedro I en Rusia, fueron las costumbres y hábitos de sus

(1) Tarde.

compatriotas. Llegó á convencerles del conjunto de utilidades, del sinnúmero de satisfacciones que brinda la civilización occidental y, con todo, los rusos seguían impertérritos en sus costumbres heredadas. Cortarles las barbas, sacarles á las mujeres á la calle, constituía á su modo de ver, una violación de los preceptos religiosos, un insulto á las tradiciones sostenidas por las generaciones, y, si el sucesor de Pedro el Grande ó más bien si los sucesores de Pedro II no continuaban el mismo trabajo con tanta oposición principiados, se hubiera perdido esa simiente con el resurgimiento de las mismas tendencias vetustas y ridículas, porque la transformación operada por Pedro el Grande fue superficial: no fue el resultado de la variación subjetiva de los rusos, es decir, no habían cambiado los sentimientos y voliciones. La Rusia habría sido tal vez la Moscovia bárbara, enemiga de toda reforma, de todo progreso. Muchos años se necesitaron para que fuesen asimilándose las costumbres adquiridas á la fuerza. Lo que observamos en los rusos podemos ver en todo grupo de hombres. Ciertos hábitos de los germanos del siglo X han permanecido los mismos ó han variado muy poco, á pesar del vaivén en el desenvolvimiento político y social, y del feudalismo, y de la reforma religiosa. Los mil cambios en la organización política y social operados en los pequeños principados alemanes han pasado sin aleccionarlos. Los indígenas que no se han mezclado, permanecen los mismos, como eran bajo la dominación española.

Sólo han variado en el culto religioso, en cierta manera, pero de un modo absoluto, ni aun en esto, porque muchas manifestaciones religiosas son idólatras y sus actos externos corresponden á muchos sentimientos é ideas paganas que no ha podido borrar el catolicismo. Desde el vestuario; sus costumbres son primitivas, su alimentación y sus bebidas son las mismas que aquellas usadas por sus abuelos. Parece una raza que, abatida por tanta opresión se ha declarado impotente para el progreso; es triste como la que vive en las márgenes del Ganges ó es insensible é impotente para comprender sus miserias y no se da cuenta, ni hace esfuerzos por salir de su lamentable condición. Es una raza desválida, caída desde las alturas de su bienestar feliz al abismo de la miseria intelectual y física, raza á la cual debemos extender la mano y decirle como al Lázaro bíblico: levántate. Ni la imitación tiene su efecto en el indio; se cree orgánicamente inferior al resto de los hombres; por otra parte, nuestros gobiernos y nuestra sociedad han procurado sepultarle en la abyección con una institución infamante, la cual es un insulto á la civilización y á la sociedad humana, institución que constituye una verdadera esclavitud. (1) ¡Y esto soportamos en un país que se precia de civilizado!

Numerosos son los ejemplos que se pueden citar para la comprobación de nuestro acerto, el cual pasa en la actualidad como dogma de

(1) El concertaje.

psicología; las costumbres y hábitos son conservadores, son más lentos en su desarrollo y cambio, que las ideas, las cuales se adelantan con siglos cuando encuentran algún cerebro apto para comprenderlas. La doctrina de las nacionalidades apareció con mucho tiempo de anterioridad á su realización, pues Maquiavelo ya trató magistralmente sobre la unificación italiana; mayor tiempo se ha necesitado para que los pueblos asimilen en su conciencia los sentimientos consiguientes que se despiertan, como consecuencia de las ideas que predominan en los individuos y que se tornan luego en voliciones y sentimientos, según está constatado suficientemente en el proceso psicológico, desde que es simple percepción hasta que se convierte en hecho reflejo, es decir, en costumbre.

Por lo tanto, lo primero que nuestros antepasados debían tener, si queremos ver en nuestra Historia el lento desenvolvimiento natural y lógicamente realizado, al tratarse del Republicanismo y de la Democracia, es la idea clara y precisa de cada una de estas simbólicas palabras que son la felicidad ó la desgracia de los pueblos, según los conceptos que se tenga de cada uno de ellos. ¿Podrá decirse que los individuos que habitaban estas regiones, en ese entonces, (esto es, en los años de la independencia) tenían siquiera una idea vaga, grotesca de lo que es Democracia, Libertad ó República? ¿Eran suficientemente capaces de comprender ese sistema de organización político-social? Creo, sin vacilación, que no lo eran; creo que la generalidad

ignoraba por completo lo que aquello significaba y sólo una minoría, muy reducida por cierto, comprendía el valor de palabras tan repetidas por toda clase de gentes y ellos eran los que exclusivamente dirigían el movimiento, cuyo fin fue la liberación de América del tutelaje español. Pero se dirá, ¿cómo es posible que una nación combata por aquello que no entiende, por aquello de que no se da cabal cuenta y que haya triunfado, alcanzando aquello que cerebros privilegiados comprendían? En primer lugar, nunca desde que se constituyeron los pueblos de Colombia, Venezuela y Ecuador en Estados y Repúblicas han gozado de esa vida vivificante que proporciona el verdadero Republicano. Todos los gobiernos, cual más cual menos, han sido despóticos y tiránicos y explotadores de sus pueblos, en especial, podemos asegurar de los del Ecuador. En segundo lugar, la mayoría de la cual hemos hablado hace poco, que nos da la norma de nuestras conclusiones, era movida por resortes de otra índole, puestos en práctica por los dirigentes de la Emancipación, como la venganza, el sentimiento de rebelión propio de la naturaleza humana, y por otra parte, los males causados por los españoles eran suficientemente grandes para ser sentidos por todos, aun por aquellos de menos comprensión. Las cargas eran muy pesadas para poder ser sobrellevadas con aquella paciencia en el sufrir, propia de la raza indígena, por un tiempo indefinido. Es inherente aun en los hombres primitivos de la edad de piedra el deseo de

cambiar de situación, por curiosidad infantil manifestada en los niños y en los pueblos ó razas nacientes, es natural el deseo de variar de condiciones, en una palabra, de mejorar en alguna forma, sin que esto sea lo contrario de lo que venimos diciendo, esto es, que sólo el deseo razonado y madurado por el pensamiento genera modificaciones en los actos humanos. Si esto acontecía en los hombres primitivos, con mucha mayor razón debía existir en espíritus que, se daban cuenta del sinnúmero de males que sufrían con el sistema de opresión español y de la posibilidad de una situación mejor en todos los aspectos imaginables. Este deseo, confusamente sentido por los pueblos ó los individuos que sufren y que no se dan cabal cuenta, con un criterio avanzado de la situación, deseo que se reduce en un querer indeterminado de mejoramiento, no arguye en favor de la suficiente preparación para un sistema dado en lo político y en lo social.

Si los hombres de esas épocas no comprendían lo que unos pocos deseaban, como debe desearse un cambio radical, es decir, comprendiéndolo, menos podían estar dispuestos, con la suficiente educación para poder practicar el conjunto de deberes que imponen á gobernantes y gobernados, instituciones políticas del alcance del Republicanismo. Primero es la idea, luego el acto consciente, es decir, razonado, meditado, para tornarse después en inconsciente, esto es, al tratarse de agregados sociales, en uso y por último en costumbre, en la cual no tiene participa-

ción alguna la conciencia, es decir, la ideación.

Pueblos entregados á las garras de dos fuerzas prepotentes: el despotismo político y el religioso, (la tiranía como hombres y como ciudadanos) con una educación absurda del espíritu y del cuerpo, de la inteligencia y de los sentimientos, mal han podido entregarse en brazos del civilismo generador de la verdadera felicidad. En el espíritu de estos desgraciados pueblos ha quedado un sello indeleble, imperecedero, de tendencias dictatoriales y despóticas, y sólo una verdadera educación moral, de mucho tiempo, y un torrente de sangre de una raza más fuerte puede mejorarlos.

No es posible evitar los resultados causados por tan grandes fuerzas, las cuales señalan por sí solas, el sendero que sigue un pueblo, y mucho más difícil resulta si agregamos la educación deficiente de las escuelas y colegios cuyas enseñanzas son estériles é indigestas. Tampoco evita aquel vocero sublime llamado prensa que proyecta rayos de luz hace ver la verdad á aquellos que se obstinan en permanecer en la obscuridad de la ignorancia, en la obscuridad de sus vicios y debilidades. La educación y la prensa, en otras circunstancias, hacen sentir á los pueblos sus necesidades, remedios y esperanzas. Estos males que dañan á la parte esencial de los seres vivientes ó á su organización se transmiten en la sangre, de padres á hijos, durante muchos siglos y pueden perdurar eternamente si no existen razones en contra, nacidas de las condiciones del medio ambiente ó de otras. Italia, ha sido tal vez, la nación que

ha sufrido más estragos, por todo concepto, á consecuencia del poder religioso, que, tras pasando los límites de su jurisdicción y saliéndose del campo señalado por su objeto, ha encadenado las conciencias á viejas é infundadas tradiciones, ha invadido el gobierno de la sociedad, en el aspecto político, científico, etc., etc. Así como la caída constante de una gota de agua perfora la roca más dura; así también, la influencia despótica contra todo principio racional, ejercida en las conciencias de individuos, desde que nacen hasta que mueren, en todos los trances de la vida, desde las más triviales hasta aquellas que reclaman mucha seriedad, produjeron ciertos caracteres, ciertos rasgos indelebles en el espíritu de los hombres sometidos á dicho sistema de vida, que constituyeron terribles obstáculos para el libre desenvolvimiento de la actividad humana. Con grandes dificultades, en ciertos momentos invencibles, ha luchado la civilización contra los principios y dogmas inculcados por el Vaticano. De España se puede decir otro tanto, el fanatismo llevado hasta lo increíble, engendró muchos vicios en el pueblo español. Este sistema de educación, si así puede llamarse, observado por varias naciones mata en sus orígenes el espíritu de iniciativa y de progreso, porque no moraliza la voluntad, ni dirige el pensamiento, dejándole ancho campo para que se desborde en el absurdo y la mentira. Italia y España, naciones esclavas de la dominación papal y de los absurdos de la religión más explotadora de cuantas han exis-

tido en todos los tiempos, han sido verdaderas víctimas, arrastrando una vida miserable, nada compatible con la que llevan los pueblos libres y que observan las prescripciones de la razón y de la ciencia: medios en los cuales se desarrolla la felicidad general. ¡Qué diferencia tan grande existe, entre los pueblos latinos que han seguido ciegos la dirección del Padre Santo, y aquellos que se separaron de ese tutelaje onervante que ha secado toda energía, reformado dogmas, mandamientos, etc. é interpretado de distinto modo al hombre, al mundo y á la vida! Mientras Inglaterra tuvo un fanatismo que moralizó á sus habitantes, mientras Lutero á la cabeza de Alemania transformó su modo de ser (al decir fanatismo hablamos en sentido general como exageración de sentimientos), las naciones latinas, doblegadas con el marasmo y la inacción intelectual, arruinándose á sí mismas y cediendo sus puestos distinguidos, agonizaban cuando los pueblos de raza sajona ponían en el surco la simiente fecunda de su engrandecimiento actual. Aun hoy día mismo necesitan de fuerzas titánicas para borrar aquel conjunto de prejuicios, grabados en su alma con hondos caracteres para entrar en el rol de naciones civilizadas y cultas; porque el fanatismo religioso y las tradiciones envueltas con el manto de una brillante mentira no pueden civilizar á los pueblos sobre quienes hacon sentir sus nefandas consecuencias. Si esto acontece en naciones á quienes la fuerza de las circunstancias les obliga á cambiar de rumbo moral y á evolucionar, obedeciendo á la imprescriptible

ley del mejoramiento general con graves dificultades y destruyendo lentamente muchos prejuicios á fuerza de instruir á las masas sociales, ¿qué decir de los pueblos que existieron bajo la dominación asfixiante de España, en un quietismo indiano, en una especie de tumba de las energías más poderosas? Siempre que los gobiernos y sistemas políticos han tratado de oprimir y explotar á los pueblos se han aliado con algo que ejerza poderosa influencia, llámese religión católica, protestante, budista, llámese teoría, dogma ó doctrina. Constantino, denominado el Grande, para consolidar su poder en el imperio más vasto y fuerte que ha visto desfilarse á la nada este testigo de la eternidad llamado Historia, tuvo que, con su poder y su astucia, levantar una religión que se desarrollaba en el seno del silencio, religión que estaba destinada á variar la superficie terrestre en lo político y en muchos aspectos más, y á cambiar radicalmente los acontecimientos, los espíritus debilitados por la duda y el escepticismo y roídos por los vicios arraigados en aquella sociedad pagana. Su previsión genial calculó las consecuencias y la grande importancia en lo futuro del cristianismo, como las ventajas que obtendría al aliarse con la religión nacida en Judea y predicada por el Nazareno. Con su apoyo, dió vida al germen que fecundaba lentamente en las masas sociales, y fue al mismo tiempo, el cristianismo naciente su escala para subir al lugar donde se encontraban el manto púrpura y el poderío. Los siglos venideros han hecho una de tantas injusticias, elevándolo á Constantino por

encima de sus méritos personales y de su influencia histórica, sólo por haber sido coronado por el Dios Éxito; mientras á Juliano, el prototipo de un emperador sabio y justiciero la posteridad le ha señalado un puesto, en el recuerdo humano, muy inferior á sus merecimientos y altas virtudes personales. Así, á través de los siglos, todo aquel que se sale de los límites proclamados por la Filosofía y la Moral para gobernar á su capricho se ha afianzado ó en la religión, ó por lo menos, en algún principio difícil de definirlo ó precisarlo, como libertad, igualdad, patria, etc. Robespierre y sus compañeros engendraron el terror del Noventa y Tres, del cual las generaciones todas conservarán un recuerdo perdurable, afianzándose en aquella trinidad sublime de principios (1).

Napoleón convenció á los franceses que les sojuzgaba por su felicidad, por continuar la obra iniciada el 89, é inmensos rebaños humanos fueron precipitados á la eternidad. Lo que ha hecho tanto déspota y tirano hizo también España con sus colonias, ni podía ser de otra manera, dadas las condiciones de la metrópoli. No era posible que nos diesen sino aquello que poseían, y los españoles han tenido, salvo rarísimos momentos históricos que han formado su grandeza, malísimos go-

(1) Los principios proclamados por los iniciadores de la Revolución fueron: Libertad, Igualdad, Fraternidad—que Francia en un momento feliz lanzó con voz poderosa, cuyos ecos llenaron el mundo y transformaron las conciencias abriéndoles una puerta inmensa por donde se dirigía la humanidad á un porvenir lleno de esplendores.

biernos; agréguese el fanatismo y sus consecuencias y ya tendremos la medida, el termómetro para considerar tales cuales eran los gobiernos y la administración de los virreyes y de las audiencias. Habría sido pedir peras al olmo, exigir á España un gobierno para sus colonias mejor que aquel que tenía en la Península. Allá, como aquí en la América, el favor era la razón, el motivo por el cual un hombre subía á las alturas del Poder. No se fijaban en los méritos individuales, sino en los vínculos de amistad ó de familia, ó en las probabilidades de su lucro y sostenimiento para enviar á dirigir los destinos de los países dilatados de ultramar: Con sistemas tan contrarios á los intereses de los pueblos, mal se puede seleccionar, los que por sus dotes naturales deben dirigir las riendas del gobierno, ó representar dignamente los deseos manifestados por la opinión pública.

Como en todo sistema de administración, en el cual la rutina inconsciente, sin ninguna iniciativa, es el único medio de gobierno, las autoridades españolas con sus métodos añejos en países eminentemente pobres, aseguraban el estancamiento, la paralización de toda energía por un tiempo largo. Los rumores de grandes acontecimientos acaecidos en Europa, que repercutieron con tardanza en el suelo americano, después de traspasar el vasto mar, en bajeles lentos movidos por el capricho del viento, oían los criollos de boca de los viajeros, transformados. Las cosas que se desarrollaban en Europa transfiguradas, deformadas de tal modo, venían á perder completamente su carácter

distintivo, dando por resultado que la culta Europa y América vivían ignorándose sus necesidades, sus triunfos, sus miserias, sus infortunios. Eran como dos mundos siderales alejados por millares de leguas. La dificultad de comunicación por la distancia, los obstáculos, la falta absoluta de caminos entre los valles y ciudades del continente con algún puerto marítimo ó fluvial, y por último, la imperfección misma de los medios de locomoción eran, por sí mismos, suficientes motivos para la permanencia estacionaria de las actividades de tantos pueblos llamados á un porvenir ilimitado. Agréguese á esto, la acción negativa, contraproducente del gobierno colonial y ya se comprenderá el por qué somos todavía lo que somos. Muy largo sería enumerar todos los elementos ó rodajes de que se componía esta máquina infernal de opresión y tiranía; sofocar toda tendencia de emancipación individual de tanto error y prejuicio absurdo; mantener á todos los hombres en el estado de la más completa ignorancia; hacer del indio, de este desvalido, el medio de sus explotaciones y la máquina de sus infamias; procurar degradarle más á este nuevo paria, hasta que el mismo se crea inferior al resto de los hombres; convencerle que ha nacido, únicamente para servir á los demás, como bestia de carga, con mengua de su dignidad, si le quedaba siquiera sombra de ésta, y de sus propios y legítimos intereses; sacar todo lo que le era posible del suelo americano y de sus habitantes, sin tomar en cuenta sus derechos y sin dejarles nada; embrutecer el espíritu; entorpecer las relaciones sociales ó individuales,

fuelle de toda rebelión y medio trasmisor de las nuevas ideas; hacer de cada región, de cada villa una *nación* distinta, por así decirlo, porque dividir es reinar en todo tiempo, en Roma como en Bizancio, en España como en el actual Reino Unido de la Gran Bretaña; en suma, tener sobre las colonias (y esto es lo que sintetiza lo que era España para con sus hijos) la idea de que eran una vasta y dilatada hacienda, con unos cuantos miles de esclavos, de las cuales debía sacarse todo lo que era tenido como útil, sin atender á los intereses coloniales que eran sus intereses, como los hombres primitivos que para saciar su hambre de un día destruían aquello que les podía sustentar toda la vida: todo esto y mucho más integraba el sistema nunca bien condenado de la dominación española. Tan mala administración, la cual tenía en todo aspecto, muchísima influencia en las almas embrutecidas hasta adaptarlas completamente y amoldarlas á ese género de vida, debía necesariamente paralizar todo movimiento de progreso en las colonias.

Tan difíciles son los obstáculos que han tenido que vencer los americanos del sur, que todavía, hoy mismo, apesar de que poseen fuerzas más robustas para el progreso, en algunos puntos del continente existen las mismas privaciones de los gozes y satisfacciones que brinda la civilización. Quito, por ejemplo, parece una ciudad alejada completamente, del resto del mundo, en muchos conceptos; los inventos y sus aplicaciones nos llegan casi al siglo de su aparición en Europa ó los EE. UU. El ferrocarril, por ejemplo, arribó á la ciudad de

los Shirys á los 80 años que se hubo inventado, y ni a un así reúne, las condiciones que requieren las exigencias de la vida moderna, y, lejos de esto, presenta varios inconvenientes por su mal entendido sistema de explotación. Otro tanto acontece con todo aquello que ha completado el bienestar y el *confort*, y con el progreso de la ciencias en la vieja Europa durante el siglo pasado.

El movimiento es vida, y en estricto sentido, no tenemos vida socialmente hablando ó si la tenemos, es una vida anémica, infecunda para el mejoramiento de las relaciones sociales, y por consiguiente, del progreso que dan como consecuencia. Así como el organismo individual necesita de un conjunto de basos sanguíneos, que renueven constantemente la sangre gastada y empobrecida de hierro, así también, una Nación necesita de medios comunicantes entre sus ciudades y poblaciones, las cuales vienen á hacer los órganos constituyentes del *todo* llamado Estado; necesita de medios adecuados para que las ideas se difundan en el pueblo, para que el consumidor, reciba en lo posible, directamente del productor aquello que necesita y el productor lo que ha menester para sus elaboraciones.

Por lo expuesto en este capítulo, se verá que, otro de los factores del Militarismo son los malos sistemas de administración colonial, la cruenta y agerrida emancipación política de la metrópoli española, y por consiguiente, la estructura social que imperaba en aquellos tiempos de dura opresión.

EL ESTADO Y LA SOCIEDAD TIENEN FINES DIVERSOS

HAY una semejanza entre la escala animal, que se extiende desde la célula y las protistas hasta el sér más perfecto anatómica y fisiológicamente considerado y aquella otra escala, que forma esa especie de reino superorgánico, que se extiende á partir de la unión de dos individuos á quienes los juntó la casualidad, hasta la sociedad más bién organizada y perfecta como una de las cultas naciones de Europa, esta semejanza — y fijese bien que decimos semejanza — se comprende porque muy bien se puede apreciar el grado que ocupa un pueblo en el concierto de la Comunidad Internacional, como se puede apreciar el que ocupa un sér viviente en la escala animal. A un mayor número de órganos corresponde mayor número de funciones; á más perfectibilidad del organismo mayor riqueza en detalles y, según el individuo ó entidad, más ó menos robustez en uno ó más órganos, y desde luego, más fácil cumplimiento de la respectiva función. La vida vegetal ó animal empieza por la homogeneidad ó identidad de órganos y termina por la heterogeneidad ó disemejanza, á medida que se asciende en la

escala de los reinos animal ó vegetal. En los agregados sociales acontece lo propio: empiezan éstos por una reunión amorfa de individuos sin ningún objeto definido, sin ningún fin adecuado ó predeterminado que en la esfera de la vida social produzca algo; pero, á partir de la familia, de la tribu, del clan, empiezan á nacer ciertas tendencias, que engendran órganos y funciones adecuados para el desarrollo de su actividad, y en los Estados fuertemente organizados y consolidados por el pasado, que han llegado al último grado de cultura conocida, hay una infinita variedad de órganos, cada uno de los cuales tiene por objeto el desempeño de algún papel, el cumplimiento de algún fin. Los fines sociales están perfectamente separados del tutelaje del Estado, cuando ellos han llegado, gracias al progreso, á un punto avanzado de su desarrollo, y los fines propiamente del Estado poseen órganos adecuados para funcionar con regularidad y con arreglo al único fin que deben cumplir (1). La industria, las ciencias, la beneficencia, el comercio y otras mil manifestaciones de la actividad humana están encomendadas á la sociedad exclusivamente, porque cada uno de éstos fenómenos sociales están sujetos á sus leyes propias, nacidas de los hechos mismos, de su naturaleza intrínseca y por lo tanto, jamás podrán llenar

(1) Sin participar de todos los principios formulados por el individualismo, creemos que el Estado, lejos de disminuir de funciones como sostuvieron muchos pensadores á partir de Spencer, invade su campo de acción sobre funciones de carácter social. Difícil es decir si este aumento será eterno.

otro objeto las leyes dictadas por los gobiernos, que aquel que su naturaleza fija, porque no es dable legislar sino sobre lo posible, y lo previsto, muy raras veces es lo que sucede.

Más, en pueblos como el nuestro, que es algo más que tribu y muy menos que República, que se separa de la monarquía en cierto modo por el nombre y algo más, y de la República por los hechos que revelan, más que nada, el grado de evolución á que ha llegado y lo que le resta andar por la difícil senda del progreso para llamarse pueblo culto; cuya democracia se torna en demagogia en el terreno de los hechos, y cuyos gobiernos lejos de componerse de los mejores ciudadanos como la razón, la justicia y hasta el buen sentido aconsejan, es gobernado por los peores. Un pueblo, que nació á la vida política antes de haberse concluído el período de gestación para nacer viable, (pues, debe saberse, que tanto los individuos como las colectividades necesitan de ella para desarrollarse después, por sí mismos, sin necesitar de incubadoras y no caer á los golpes de su mala organización, ni á los de un medio poco benéfico para sus vidas), no puede gozar de las innumerables ventajas que le brinda como sociedad y como entidad políticamente organizada el sistema de republicanismo democrático.

Si hubiera tenido el Ecuador otro medio para su existencia, ó si en el continente americano del Sur, hubiera habido alguna enfermedad social (como la tendencia conquistadora cerca á sus fronteras) habría muerto como

entidad política (1); porque tanto las sociedades como los individuos necesitan de un medio benéfico: (tomando el nombre en el primer caso de clima y de medio ambiente en el segundo) para no sucumbir. En este sentido, sí ha tenido el Ecuador una atmósfera favorable. ¿Qué habría sido del Ecuador si su territorio lo hubiera tenido en el Africa, en la Oceanía ó en el lugar que ocupa Méjico? Fácil es responder: hace mucho tiempo que hubiera pertenecido á alguna ambiciosa potencia europea. El Africa, la Oceanía y hasta el Asia, que ante los ojos de la vieja Europa son vastas porciones del Planeta destinadas á saciar su ambición y hacer un futuro mercado, á donde se dirija todo el exceso de producción que engendran sus energías de titan, han sido en gran parte, presa de la codicia europea. Sin respetar el heroísmo, ni la virtud, Europa, embriagada con su poderío, deja de ser humana para entregarse en brazos de la ambición, ambición injustificable hasta por aquellos diplomáticos de moral política acomodaticia. Sorda á las protestas del mundo y sin tomar en cuenta que, arrebatarse la felicidad de un pueblo es incapacitarlo, matarlo. Inglaterra, la libre Inglaterra, con su cultura y su inmenso poder, haciendo caso omiso de las rechiflas del mundo, y de la debilidad y virtud del Transwaal, como también insultando á la moderna

(1) El Perú no conquista nuestro Oriente; lo usurpa. La conquista es el robo declarado de los pueblos fuertes, la *usurpación* es lo que el hurto astuto y cobarde en los individuos, cuando sus compañeros duermen tranquilos en la confianza de la honradez de los demás.

Esparta, y á sus héroes, hizo presa con sus nervudas y potentes garras á ese pueblo invencible y, ¡ahí está recibiendo la cultura inglesa, pero sin libertad! ¿Qué habría sido del Ecuador, si los vientos huracanados de la conquista ó de la invasión hubieran mecido su cuna?... Falta de pulmones robustos, sin respiración completa habría muerto de asfixia, porque las tormentas se hicieron para organismos fuertes, con una estructura suficientemente vigorosa, y no para niños anémicos, que duermen tranquilos é indolentes en el regazo de sus preocupaciones y puerilidades. Felizmente, todas las repúblicas que con el Ecuador empezaron á dar los primeros pasos en la vida autónoma han sido y son débiles organismos, cuyos cuidados se dirigen á las exigencias interiores y no á ejecutar actos que implican una superabundancia de energías acumuladas, á no ser que tengan ciertas misteriosas tendencias, que no se compadecen con el honor, con el decoro, ni la lealtad internacional, como acontece con cierta nación sud-americana, que ha explotado siempre la candorosidad y buena fe del Ecuador, empañándolo siempre con la calumnia. En este caso citado, ya no serán las fuerzas del león las que empeñen la lucha sino cierta aptitud que poseen los espíritus perversos por razón de raza, de herencia, etc.

La confusión de las funciones y fines del Estado con los de la sociedad, en que incurren principalmente los pueblos de raza latina, engendra consecuencias desastrosas, que se manifiestan en obstáculos para el progreso y en un medio benéfico para el desarrollo del pa-

rasitismo en general y especialmente para ese parasitismo armado, como los animales de la leyenda mítica. Aquella ventaja en las condiciones de la vida nacional consistente en no tener un enemigo que amenace la vida política como la conquista, etc., ha hecho que el Ecuador no tenga un fin, nacido de las circunstancias difíciles que hace que los Estados se armen no para desgarrarse las entrañas en guerras intestinas sino para luchas de carácter más general: de nación á nación; luchas que según algunos escritores, son de buenos resultados para la organización interna de las sociedades políticas (1).

Un notable pensador italiano ha llegado á decir que la causa primordial del Militarismo Sud-americano ha sido el que no haya habido *guerra*. Extraña paradoja. La *guerra*, dice, es el enemigo del militarismo. Y tiene, en parte razón. Se ha olvidado la guerra en grande, la guerra que implica grandes iras, por aquella rastrera, llamada civil, que según el concepto del escritor citado no merece el nombre de guerra. En efecto, ha habido guerra, pero, no ha habido *guerra*.

(1) Molcke.

**EL ECUADOR HA RECORRIDO TODOS LOS
GRADOS DE EVOLUCION QUE HA
MENESTER PARA SER UN
PUEBLO CULTO?**

LA hilación, el encadenamiento de los hechos históricos en los pueblos europeos son fáciles de darse cuenta, no por la sencillez de su evolución, sino por esa especie de lógica en cada paso dado, en cada triunfo conseguido; si ha retrocedido por momentos (momentos son hasta los siglos para la historia humana) ha sido para asegurar los resultados del éxito, como un campeón retrocede ante su rival para tomar impulso y reforzarse; pero seguir el camino tortuoso de los hechos desarrollados a través de un siglo, con rigurosa exactitud y con escrupulosa relación casual, en un país como el Ecuador, es cosa bien difícil. Sabemos que, con el descubrimiento de la imprenta, hubo una revolución del arte y de la ciencia, abandonados por muchos siglos á causa del fanatismo que reinaba, que transformó completamente el espíritu de las naciones matando unos poderes y creando otros más racionales y más útiles; que con el descubrimiento de la América cambió de faz la Europa y varió el

derrotero de muchos Estados; que transformó el comercio, abarató la vida, dió un vasto campo donde pudieran ejercer sus energías millones de hombres, los cuales deseaban aventuras impulsados por su espíritu y tendencias quijotescas. Sabemos que con la aparición del ferrocarril, del telégrafo, del buque á vapor, del teléfono, de la electricidad con sus variadas é innúmeras aplicaciones se ha iniciado una nueva era, una época distinta de las anteriores, en la mayor parte del mundo; pero, sabemos también, que todos éstos descubrimientos marchan paralelamente con los progresos alcanzados en política y en moralidad social (1); que para vivir conforme lo requieren las condiciones de nuestro tiempo, es necesario vivir intensamente y así suplir el corto tiempo de la vida individual, llenando en lo posible sus fines; en suma, al contemplar absortos los prodigios de la civilización contemporánea y sus intrincados hilos, después de considerar este laberinto, hallamos conexión, relación de sus elementos que permiten estudiar al *todo* con sus detalles. Todo está perfectamente encadenado, encausado; las consecuencias siguen á los antecedentes y los efectos á las causas. En Europa hay ferrocarriles, inmensas máquinas, grandes empresas industriales y comerciales, pero también, muchos sabios, una enorme mayoría que sabe algo más que leer y escribir y una ínfima mino-

(1) No tomamos en cuenta las quejas socialistas, apesar de que tienen su razón, en parte, porque no es posible suponer un paralelismo absoluto en todo: en lo material, en lo social y en lo económico, etc.

ría analfabeta, más que por falta de medios naturales de educación, porque los adelantos de la ciencia se estrellan ante los defectos de organización fisiológica. En el viejo mundo, organismo antiguo y robusto, formado por los siglos y las generaciones idas, que han contribuido siquiera con un átomo de esfuerzo, hallamos un todo relacionado y compacto sujeto á leyes fijas y á reglas invariables. Las costumbres corresponden á las tradiciones acumuladas por el tiempo y por los principios sustentados por la ciencia. Tienen mucho del pasado, pero en su naturaleza existe algo de flexibilidad para adaptarse á alguna condición ó circunstancia impuesta por el progreso. Las leyes dictadas en el parlamento inglés son en su mayor parte, el resultado de las exigencias del presente, exigencias que tienen sus raíces en el pretérito, sujetas en el marco inflexible de la utilidad y conveniencia, fuente de toda justicia humana y origen de toda equidad. En Europa no se hacen los hombres para las leyes sino las leyes para los hombres. Es decir, que las leyes en su más amplia expresión, nacen de las necesidades de los pueblos y no de la fantasía de teorizadores y soñadores de imposibles. En Inglaterra, antes de que en el Parlamento se agite alguna idea de reforma, algún proyecto nuevo de ley ó reglamento, ha sentido intensamente el pueblo su necesidad ó utilidad. Así, sí podemos decir, que el pueblo es verdadera fuente de todos los poderes y leyes y dueño de su suerte. Cosa enteramente distinta, por no decir opuesta, sucede ó ha sucedido en la mayor parte de las naciones

sud-americanas. Firmemente convencidos estamos, de que no hemos recorrido todos los grados que hay desde el coloniaje al republicanismo, desde la esclavitud y el fanatismo irracional á la libertad en todas sus manifestaciones; de ahí los efectos nugatorios de nuestras constituciones libérrimas, los resultados con harta frecuencia desastrosos de nuestras leyes, calçadas sobre el modelo de sabias legislaciones como la francesa, etc. Quien leyera nuestras instituciones persuadido de que ellas son la expresión genuina del querer nacional y el fruto de un maduro exámen de sus directores, podría concluir que somos un pueblo avanzado en el camino de la civilización y feliz en las interioridades de la conciencia social. ¡Qué lejos estaría de la verdad tangible de los hechos y de la estructura orgánica de nuestra sociedad! Por un lado, tenemos escrita irrisoriamente en el papel y sancionada por las formalidades parlamentarias, como las de una liturgia de una religión oriental, la libertad del individuo, y por otra, el déspota, verdadero soberano, cuya voluntad caprichosa y versátil es la única ley positiva que tiene su efecto en la práctica. No se dice la Constitución lo ordena, sino el general lo dispone, el presidente lo quiere. Tenemos teóricamente tres poderes independientes y ¿cuándo han llenado su misión conforme lo manda la ley escrita? Siempre, en todo tiempo, desde que nos separamos de España, ya estén encaramados en el poder los azules ó los rojos, los blancos ó los meztizos; los conservadores ó los llamados liberales ó radicales, ha existi-

do la misma farsa con diferencia de matices, debido más que nada á las diferencias individuales de cada mandarín. Todos, con su cortejo de filibusteros, ambiciosos y sin mérito alguno, han explotado á su gusto y sabor al pueblo. Todos han violado las leyes dictadas por ellos mismos y en esto como en todo, hay su razón de ser para la existencia de los hechos. Hay una lógica inflexible en el curso de la Historia. De los mandarines que le han dirigido al Ecuador, no á la felicidad general sino á la ruina, todos han sido ecuatorianos menos uno, y como tales, debían tener, necesariamente, los rasgos distintivos y característicos heredados y fortalecidos por una educación á propósito; porque es evidente, con toda evidencia, lo que dijo el gran sociólogo Bastián: «para conocer á un individuo es necesario conocer antes el grupo social al cual pertenece»: es decir, su psicología, sus caracteres distintivos, sus tendencias, etc., etc. Nadie desconocerá que en el fondo de nuestra conciencia existe la violencia como rasgo de nuestros mayores y como legado de nuestra homérica emancipación. No en vano se producen héroes, no en vano se combate como fieras con Boves y Antoñazas. Debían necesariamente, dejar, como en efecto han dejado nuestros libertadores, honda huella en el espíritu, casi modelado por ellos en muchos aspectos; Páez, Córdova y muchos otros soldados que lucharon encarnizadamente, tenían que imprimir un sello indeleble en el alma nacional. De ahí, en gran parte el militarismo que nos abate y asesina. La violencia militar latente en el espíritu de la raza y en

condiciones de viabilidad, dados nuestros acontecimientos históricos, ha hecho de nuestras instituciones, buenas entratándose de la teoría, una burla sangrienta. El pueblo y los gobernantes se han enseñado á ver casi como una cosa natural las violaciones frecuentes é insensatas de nuestras leyes. La ignorancia popular ve en la voluntad del presidente de la República la fuente inagotable de toda ley y reglamento, de toda función y organización públicas. No se dice tal Congreso hizo esto, sino es obra de tal presidente. De ahí que, los poderes del Estado como funciones públicas no están definitivamente constituidas, tales como deben serlo; esto es, independientemente entre sí, sin perjuicio de que subsistan ciertas relaciones necesarias. Todas las funciones del Estado, se reducen á una sola: á del Ejecutivo, del cual dependen de un modo absoluto el legislativo y el judicial. No hay jurisprudencia establecida por la experiencia larga é inteligente, recogida por esclarecidos magistrados como acontece en otros países.

Los puntos de derecho que se rozan con las cuestiones políticas y legislativas no han sido consultados, más de una vez, sino al capricho y al interés del cacique. El Congreso no legisla, inspirado en las necesidades del pueblo y con arreglo á los principios filosóficos, sino en virtud de una consigna vergonzosa y degradante. Ejemplo de esto que decimos es la centralización rentística llevada á cabo por uno de los congresos de Alfaro (así debe decirse) con el único fin de entrar á saco más fácilmente al tesoro nacional. Hemos visto

con horror la miseria á que puede llegar el hombre, cuando en su espíritu menguado hay ignorancia é inclinaciones aviesas, y más aún cuando hombres de esta clase llegan por el capricho ciego de los hechos á dictar leyes ó dirigir pueblos. Los senadores ó diputados al tratarse de algún asunto, que tenga sus repercusiones económicas, en nuestros buenos tiempos, no emiten siquiera argumentaciones sofisticadas ó que pasen por tales, no cubren con el silencio ó la astucia su vileza sino que tienen la osadía suficiente de decir el general lo quiero, el general lo ordena. . . . ¿Puede decirse que vivimos en república? ¿ó que existen los poderes políticos independientemente entre sí? Vivimos como en una horda ó poco más, y como tal con un jefe de poder omnímodo y de voluntad omnipotente. ¿Cuál la causa de esta clase de hechos sociales, que tenemos que lamentar no sólo en el Ecuador, más aún, en casi todas las naciones del continente sudamericano? Tenemos algunos ferrocarriles, conocemos algunas industrias brotadas en este siglo, damos razón de algunos inventos recientemente llevados á cabo, hemos leído mucho de política y filosofía, y con todo, aún imperan, con gran poder en la administración política y en las tendencias sociales, muchos principios y hechos, que sólo pueden ocurrir en una nación, que atraviesa por un período histórico, durante el cual no es posible obrar de otra manera, que dentro del férreo círculo de la voluntad de un solo hombre. Ya hemos dicho, apoyados en la autoridad de escritores renombrados como Le Bon: las costumbres

y todo aquello que se relaciona con la subjetividad humana, esto es, con el sentimiento y la voluntad, cuyo resultado ó expresión son las costumbres y el carácter de un pueblo, son lentos, lentísimos en su desarrollo. Además de esto, nosotros, los sud-americanos, de un modo especial, los pueblos que formaban la Gran Colombia no han recorrido todos los grados que debían recorrer para llegar á la forma Republicana democrática. Hemos dado un salto inmenso, imposible de comprender, si se atiende al desarrollo histórico, desde aquella vida misérrima llena de dolores y angustias en que vegeta el espíritu humano, estancado en una languidez anémica, llamado coloniaje, al sistema republicano, para el cual se necesitan grandes virtudes y una buena dosis de cultura popular, cultura difícilmente formada por la educación en un período de tiempo, más ó menos largo. Como esta necesaria preparación no se ha realizado, ni podía realizarse, dadas las condiciones por las que ha atravesado nuestra Patria, mal podemos exigir en nuestros hombres aptitudes que no tenemos, porque no las han adquirido, ni esperar que los gobiernos sean buenos como los de Inglaterra, ni perfectos como los de la patriarcal Suiza. El Ecuador, aun después de la época colonial, en una centuria de vida sendo-republicana no ha podido recorrer toda la trayectoria indispensable para gozar de los fecundos resultados del progreso generado por la forma republicana en sus costumbres políticas.

Si hacemos un inventario somero de todo aquello que constituye el alma nacional,

encontraremos, al parecer, un fárrago de contradicciones, sino profundizamos suficientemente el examen y la consideración de las leyes que rigen á todas las sociedades como á todos los pueblos. Por un lado, tenemos un código político, al cual poquísimos le igualan por la bondad intrínseca de sus principios y reglas consagradas por el formalismo legislativo. Las más altas conclusiones científicas, han tomado forma en las disposiciones legales de nuestra Constitución. Parece ser el brote, la flor, de la cultura de un pueblo más avanzado que el inglés. Diríase, para sí, cualquier individuo que tratase de juzgarnos por medio tan poco seguro, que nuestro país es un edén, que nuestra sociedad, políticamente considerada, respira felicidad en vez de oxígeno. Más de un hombre público ecnatoriano, ha llegado á decir, que la Constitución de los años 1906 y 1907 es «el verdadero decálogo de los principios liberales». En cambio, vemos que el espíritu del pueblo no corresponde á tanta belleza escrita. Jamás ha existido de un modo real y efectivo el derecho de sufragio; no importa que la Constitución lo garantice. En la práctica, el ejército es el árbitro, el supremo elector y en este hábito de violación de los derechos de los ciudadanos, no procede de un modo libre, si cabe decirse, esto es por propia iniciativa, que amenguaría un tanto su iniquidad, sino impuesto por sus jefes, ó mejor, por el caudillo, como es de suponerse. El pueblo, — queremos decir los individuos — gracias á la pésima educación que se les da, ya como ciudadanos, ya como hombres, no tienen conciencia de

la importancia de sus derechos y no los tienen, naturalmente, por no habérselos preparado para ello y sobre todo, por no haberles costado prolongados esfuerzos, ni mucha sangre como á otras naciones, donde se tiene cabal idea de lo que cuesta cada derecho arrebatado al absolutismo del poder.

Como consecuencia de esto, las autoridades y altos funcionarios no se inspiran en las necesidades del pueblo, ni en las prescripciones que les impone el deber, cuando éste es bien comprendido. En la posición en que están colocados, sólo ven un medio de lucro; un modo fácil de llenar las faltriqueras de dinero, criminalmente robado. Todos los actos de los altos empleados son rutinarios é insignificantes; los jefes de las oficinas públicas, nos consta, los cuales son gente, en su mayor parte analfabeta, que han llegado a esos puestos por ser partidarios de tal general, ó por haberle ido á encontrar cuando entró triunfante de una guerra civil, ó por haber sido compañero de hambres ó montoneras, se limitan á firmar lo que les presentan sus inferiores gerárquicos y á percibir cuantiosas sumas como remuneración al desempeño de sus cargos. Como el único modo de seleccionar el personal administrativo es el partidatismo personal, y por otra parte, como entre los amigos de la *causa* no hay, frecuentemente, entre quienes escoger, suben á los altos puestos individuos ineptos é inconscientes. De aquí que, con todo de existir intendentes de policía, jefes de estadística, etc., no existe, entre nosotros, para nuestra vergüenza más que una policía rudimen-

taria, imperfecta, y oficinas de nombre rimbombante pero de ninguna utilidad. El hecho de ser partidario de una persona le asegura la permanencia en su empleo indignamente adquirido.

No estando el pueblo ecuatoriano, preparado para gozar de todas las ventajas, que puede dar el régimen del Republicanismo Democrático; ni habiendo recorrido todas las etapas que marcan la Sociología y la Historia para llegar, de un sistema colonial de la clase del español al de la República, el único remedio para curarnos de tantos males y para evitar en lo porvenir, peores consecuencias de aquellas que los de la generación presente estamos palpando, como siniestro legado y castigo inmerecido, es el de educar al pueblo, sensatamente, humanamente, no como hasta aquí han hecho sus pseudo educadores, á quienes, bien se les puede llamar embaucadores; preparándoles para el cielo antes que para la lucha terrible de la vida; disponiéndoles para una vida beatífica antes que para una vida fecunda y viril.

Nuestra patria, como la mayor parte de las naciones del planeta, ha permanecido y permanece aún, envuelta en las sutilezas de una enseñanza jesuítica, impropia y contradictoria con el espíritu de la época. El programa de todos los colegios, donde se han preparado los hombres influyentes ha estado sujeto al inflexible marco del *Ratio Studiorum*, especie de tortura intelectual. De este modo, se han formado hombres sin ideas fijas ni propias, aptos tan sólo para el gran mundo y no para laborar por el mejoramiento nacional. El

pueblo, el pobre pueblo, la eterna víctima, ha permanecido en la ignorancia más criminal causada por los manejos del clero. Si se le ha enseñado á leer y escribir, no se le ha explicado su principalísima misión en la tierra, ni se le ha demostrado racionalmente, que es ciudadano y que tiene derechos que ejercer y deberes sagrados que cumplir.

De este pueblo se sacan los candidatos del cuartel, los elementos del militarismo, es decir, del crimen y el abuso, de la violencia y la barbarie.

En nuestros días, según cálculos de una Estadística rutinaria y primitiva, se tiene el seis por ciento de concurrentes á las escuelas públicas, en vez de dos por ciento, ó menos que había antes de 1895; pero el aumento de número, por sí mismo señal de mejoramiento en la instrucción del pueblo, no está en correspondencia con los métodos y sistemas de enseñanza, es decir, que si se ha aumentado el número no han progresado paralelamente los procedimientos de cultura social para que rinda todos sus beneficios. Aún existen innumerables lagunas que salvar, arraigadísimos y múltiples prejuicios que destruir, y mucho, muchísimo que enseñar, para tener después, como resultante natural un pueblo medianamente culto y conocedor de su misión, como ciudadano y miembro de la sociedad en la cual vive. Aún subsiste la antigua costumbre matadora del espíritu del niño, en muchos centros de educación, especialmente en los regentados por religiosos, de adiestrar la memoria con perjuicio de las demás apti-

tudes; aún se enseña muchas cosas inútiles é innumerables absurdos de lesa razón, descuidando por completo la sublime enseñanza de formar hombres fuertes para la amarga lucha de la vida y verdaderos patriotas que defiendan con su sangre los sacrosantos derechos de la Patria.

Ante un pueblo así educado, sin preparación alguna para la difícil vida de República, la ambición guiada por la audacia de algún *sargento*, lleno de insolencia y sostenido por las bayonetas del militarismo, ha ensangrentado con frecuencia los campos yermos de la República, que piden con su silencio de muerte, agricultores para animarlos y no hordas de criminales que matan á sus hermanos al amparo de una mal entendida revolución, consagrada, según ellos, por el derecho de libertad. Ha sido causa de infinitos males irremediables, la serie de guerras civiles, porque sus consecuencias repercuten por muchos años y esto constituye por sí solo causa bastante para que el país se atrase más y más. Siendo como es el progreso de las naciones, una especie de carrera en la cual se ponen en juego todas las energías, dentro de todas las condiciones de la vida, es natural suponer, que un paso en falso dado por una de ellas, aprovecharán a las demás, motivando un estado de inferioridad respecto de las otras, por cuanto, el tiempo perdido y el tiempo necesario para restablecerse del mal que actualmente sufre, no se repone en todos los siglos del tiempo. Con estos vicios sociales, los cuales no son conocidos por los directores de un

pueblo como el nuestro, debido á su empecinamiento en no conocer lo que realmente pasa, renuncian tácitamente á suministrar los remedios salvadores y consiguientes, y se aleja una vez más, — desde que el progreso crece en razón geométrica y el estancamiento viene á convertirse en retroceso, — el día en que el Ecuador pueda decir: soy fuerte ante mis enemigos y feliz dentro de los límites señalados por mi derecho y poderío.

ENTRE QUIENES SE RECLUTAN A LOS INDIVIDUOS DEL MILITARISMO

FEMPECEMOS por hacer una vaga é incompleta descripción del campo en el cual se espigan los miembros del militarismo.

El Ecuador, país de más de seiscientos mil kilómetros de extensión, enclavado en la región más rica de los trópicos por su flora abundante y privilegiada, tiene apenas un millón y medio de habitantes, es decir, 2,5 habitantes por kilómetro cuadrado, (recientemente se sostiene, por algunos, que la población de la República asciende a dos millones de habitantes). Sus dos terceras partes se componen de gente de raza indo-latina, es decir, que el millón de habitantes, que propiamente son los que constituyen la República del Ecuador, tienen su sangre de indígenas y de hispanos, el resto, ó sea, los quinientos mil son indígenas puros, sumidos en la barbarie ó poco menos. Los habitantes del Ecuador somos extremadamente pobres, a pesar de estar rodeados de abundantes riquezas naturales: la agricultura, base incommovible de la prosperidad de los pueblos, la industria y el comercio están en un período incipiente y por demás atrasado. Todavía se usa la mula y el

borrico en el transporte de hombres y objetos entre puntos distantes del país; el arado de los tiempos faraónicos es el que presta sus elementales servicios a los agricultores de la sierra andina; el comercio interno es reducido, el externo lo es mucho más, dados los excelentes productos que se puede exportar á Europa y los Estados Unidos. En cuanto á Instrucción Pública, se ha disminuido, en los últimos diez años el analfabetismo; pero la enseñanza es incompleta y llena de prejuicios. Como pertenecemos á dos razas étnicas bien distintas: la indígena y la hispana, en nuestro concepto, hemos heredado más que sus cualidades, sus vicios. Somos indolentes y abatidos como una raza cansada de vivir y vencida por el destino, por ser herederos de los pobladores primitivos del Imperio Incásico; tenemos rasgos quijotezcos, de español, con todas sus tendencias de guerrilleros rutinarios, ociosos y presumidos. Nos encontramos, en suma, muy atrasados en todo sentido y somos incapaces de algo bueno y duradero, como nación, como sociedad y como grupo de individuos.

Continuemos. Un individuo es determinado para la realización de ciertos hechos ó por causas internas, esto es subjetivas, ó por causas externas del medio ambiente. Generalizando este principio, los miembros del militarismo son llevados al cuartel: ó por vocación, ó impulsados por causas independientes á la voluntad ó inclinaciones del individuo, como la miseria, la falta de preparación para ganarse la vida de otro modo, etc., etc.

La vocación propiamente dicha, puede ser originada por herencia ó atavismo; puede también nacer de afición a la carrera de las armas, debido á causas externas, es decir, de educación, de imitación, de adaptación, etc.; desde luego, siempre con una base de inclinaciones naturales.

Los candidatos por afición, forman, indudablemente, una ínfima minoría que, no puede llegar tal vez al tres por ciento del número total de candidatos.

El estado ruinoso de la milicia como profesión, hace de los inclinados por su naturaleza á la carrera de las armas una amenaza terrible para la nación. La Psicología ha comprobado ya, que el héroe y el bandido se hacen de la misma *especie de alma*. Las tendencias que en un momento dado y en circunstancias favorables producen un Napoleón ó un Cronwel, en ciertas condiciones engendran los bandidos que en caminos solitarios desbalijan á la gente honrada. Murat, Agueron y otros tenientes del Emperador, tenían espíritu de bandidos, : sus hechos lo comprueban. Quando Bonaparte, á la sazón, general del ejército de Italia, inició este comando, los jefes y oficiales no le recibieron gustosos; todos ellos eran arrazadores de las fértiles campiñas italianas; pero, en seguida, comprendieron que su jefe era el á propósito para sus correrías y fue acogido, generalmente bien, por todos aquellos descamisados. Ejemplo elocuente del alma de bandalaje que tienen los héroes, nos da el mismo Napoleón; éste, cuando preparaba la invasión á Rusia, hizo, al mismo tiempo, falsificar doscientos mi-

llones de rublos papel, para con esta treta engañar á la gente, ¿este hecho, no es lo que es, dada su esencia, ya sea ejecutado por Napoleón ó por cualquiera otra persona con quien podría fácilmente intervenir la policía? Gasparoni, citado por Ferrero, es el tipo del bandido que más ha deslumbrado las conciencias ignorantes del pueblo. De la misma semilla crece la planta que produce unas veces los héroes, los grandes y tenaces luchadores y otras, los filibusteros á cuyas órdenes no están grandes ejércitos, ni cuyos hechos se cometen á la sombra de palabras sonoras de civilización patria, etc., ungidos por el derecho y la justicia humanos.

Las conquistas de los grandes capitanes, no son en último resultado, otra cosa que grandes robos bien organizados, los cuales á la postre han extraviado el criterio de los hombres, haciendo que sean tenidos por morales y dignos de imitación, es decir, lo contrario de la significación tenida en su origen. Atila y sus huestes, Tamerlán y sus compañeros, Napoleón y sus ejércitos no son sino grandes partidas de malhechores (1), para los cuales las ideas y sentimientos de moral adquirida, no tienen aplicación porque se han salido de sus marcos y, porque, con la fuerza que tenían á sus órdenes, han impuesto errores a las conciencias de los hombres y miseria a sus condiciones de vida.

(1) Este último, que era un gran conocedor de la conciencia humana, con todas sus flaquezas, dijo en una ocasión célebre: « Las mismas aptitudes conducen en determinadas condiciones á los hombres, á la gloria ó á un presidio ».

Así, pues, si entramos á considerar al fondo de la cuestión, la clase de los candidatos del militarismo *por afición*, vemos que este grupo es el más terrible para un país. En efecto, la afición implica aptitudes y gustos especiales para una cosa determinada, facilidad asombrosa para el empleo de ciertos medios encaminados á la producción de determinados fines. Un herrero tendrá *vocación* para su oficio, si tiene facilidad y gusto para ejecutar actos correspondientes a su ocupación. Un soldado tendrá afición por su carrera cuando ejecute, asimismo, con gusto, con facilidad y con mayor ó menor perfección ciertos actos propios de la milicia; ahora bien, los rasgos distintivos de todo militar, según lo ha demostrado suficientemente su psicología, son la violencia, la negación de los sentimientos de responsabilidad, la brutalidad en el ejercicio de ciertos actos y otras tendencias análogas. Ningún militar será bueno, si no ha nacido con inclinaciones á propósito, para ser tal, como no se puede ser buen poeta, ni buen artista, ni buen científico, si no se ha nacido con aptitudes especiales, las cuales hacen de un individuo, dentro de un cierto límite, un buen poeta, un buen artista, etc.

Aplicando estos principios generales al Ecuador, los individuos que, entran por inclinación á matar el tiempo en el cuartel, oyendo los impulsos de sus tendencias naturales, son los elementos que engendran los mayores males para la Patria. Las guerras civiles, de las cuales trataremos en otro lugar de este trabajo, son ejecutadas y dirigidas por

estos individuos; ellos son los caudillos de las facciones políticas que amenazan, con harta frecuencia, turbar la tranquilidad de la República; ellos son los ejecutores de las órdenes del déspota para violar derechos, para intervenir, salvajemente, en las elecciones y para fomentar los motines encargados de la destrucción de alguna imprenta. En una campaña, es cuando demuestran lo que son: no respetan la propiedad ajena, ni otras cosas de suyo más dignas de consideración. Sus rasgos distintivos, producto de su especial psicología son: la humillación servil con el superior y la violencia brutal con sus inferiores. Hay una especie de equilibrio en las acciones de esta clase de hombres: unos son oprimidos por los que están colocados en una situación superior; pues bien, ellos á su vez, oprimen á sus inferiores, así sea un simple sargento ó cabo.

De los numerosos miembros del militarismo, son muy pocos, se les puede contar en los dedos de una mano, los que han llenado noblemente su misión militar, sin que se les impute nada que pueda oscurecer el honor de un hombre; el resto, esto es, la inmensa mayoría forman el alma de la *horda militar*.

Entremos ahora á considerar el otro grupo de los candidatos del militarismo, para lo cual, precisa que clasifiquemos en *clases* ó *sub-grupos* á los ecuatorianos, en razón de la posición social á la que pertenezcan y del oficio al cual se hayan dedicado. Entre nosotros, por las circunstancias históricas en las cuales ha crecido nuestro organismo social,

no ha nacido la división de clases debido á causas idénticas á aquellas que engendraron en Europa; por esto, hacemos la declaración, que, la división hecha por nosotros, obedece á razones de método y en todo caso, en vista de cuestiones de hecho, las cuales no se ocultan á la observación más superficial, como también, á las facilidades que presta toda clasificación en cualquier estudio, y al hecho mismo de la desigualdad social en el terreno económico, que les capacita á los individuos para ejercer ciertos actos que no pueden realizarlos los demás. El largo período de ignición *feudal*, que brotaba de su seno interminables luchas de región á región, de villa á villa, vió nacer, como consecuencia de las condiciones de vida individual un crecido número de jefes, los cuales en un momento dado dependían del rey ó del emperador; estos mismos jefes fueron los iniciadores de la nobleza, llamada del antiguo régimen, la cual se fundaba en la sangre y en los privilegios adquiridos en *ilo-témpore*, en razón de algún servicio hecho en bien del rey. Todas las noblezas europeas, excepto la inglesa, no han podido llenar su misión histórico-social. Los lores ingleses, á más de ser los más ricos, todos de un precedente ilustre, han sido frecuentemente los mejores sabios, los inventores que han innovado la industria y el comercio, cuando no filántropos fundadores con su propio peculio de instituciones útiles al pueblo. La nobleza inglesa ha sido también la menos encerrada en condicionalismos estrechos, por esto, dicen varios escritores de esta clase de ma-

terias, que ha contado siempre con muy buenos elementos salidos de las capas sociales inferiores, los cuales le han dado lustre y prestigio. Ya dijimos, en la América Latina, el origen de la clase rica no es el mismo que el de la nobleza europea.

Las clases directoras, que en otro tiempo eran reconocidas por la ley, no existen, no pueden existir como institución del Estado, como clase privilegiada y distinta de las demás, con derechos y prerrogativas contrarias á la humanidad y á la justicia. Existe, sí, pero en virtud de la selección social y con una misión también social. En efecto, las clases ricas son las que en países cultos, se han encargado de muchos fines, los mismos, que en pueblos incipientes, se espera su realización del Estado. Ellas son las que han organizado el crédito, la gran industria, las que han favorecido el desarrollo de las artes y á veces de las ciencias.

Como ya dijimos, para establecer una clasificación de la sociedad, no hay más criterio admisible que el del factor económico; todo otro criterio es contrario á la justicia y á la civilización. Así, pues, tomando en cuenta únicamente, la posesión de mayores ó menores bienes de fortuna, toda sociedad se le puede dividir en tres clases: las altas ó ricas, las medias y las inferiores ó pobres que, frecuentemente se les llama *pueblo*. Etnicamente, no difieren en el Ecuador, sino en muy pequeños puntos, unas de otras clases sociales. El origen histórico de las altas clases se remonta al período colonial. En aquel tiempo,

los españoles que venían á radicarse eran premiados por sus servicios á la corona con puestos en la administración colonial, distinciones y con extensos territorios, tan grandes que podían compararse con muchas provincias de Europa. Así; pues, la grande riqueza es todavía agraria. Los vastos dominios concedidos, andando el tiempo, han aumentado de valor, de aquí que, campos yermos, extensos y fértiles, con el aumento relativo de población han duplicado su valor por el mero hecho del tiempo. Estos mismos primitivos emigrantes de España, se mezclaban con los indígenas, ya que sólo arribaban en su mayoría hombres, confundíendose las razas de conquistadores y conquistados, como ha sucedido á través de todos los tiempos, y dando por resultado otra distinta de las dos: si bien en este caso, no podría llamarse con propiedad, raza distinta sino una variedad. Considerados los ecuatorianos, desde este punto de vista, no se diferencian étnicamente entre sí, sino por muy pocas gotas de sangre española ó indígena, que existe en diversa proporción entre unos y otros, exceptuándoseles á un gran número de aborígenes que han permanecido puros hasta el día. Es innegable lo que á este respecto decimos: no es concebible siquiera que por más de dos siglos, un reducido número de familias españolas, hayan permanecido en su descendencia, exclusivamente españoles (queremos decir en cuanto á la raza) en medio de la mayoría de pobladores indígenas. El tronco étnico de los ecuatorianos es indo-español, predominando el elemento aborígen sobre el euro-

peo. Muy claro es, desde luego, que no podremos encontrar en todos los individuos el mismo número de gotas de sangre indígena ó española. Varía de individuo á individuo, la proporción de sangre, como pueden y deben variar en individuos de un grupo, que está por formar una raza étnico-histórica. Los ecuatorianos tienen sangre indígena, de un modo general, no hay por qué avergonzarse por esto. Aquellos que presuman descender de sangre netamente española no podrían comprobar llegada la ocasión. Nosotros, estamos en el caso de considerar la generalidad y no un número reducido, tan reducido que, si nos pusiésemos á contar no llegarían á diez las familias, cuyos miembros no tengan en sus venas sangre incásica. Unos tendrán tres cuartos, dos cuartos, un cuarto, un octavo de sangre americana; otros mucho menos, pero al fin la tienen. Por la razón de que, en los pobladores del Ecuador no podemos encontrar más que dos elementos étnicos, mezclados en mayor ó menor proporción cada uno de ellos, es relativamente fácil su estudio. No acontece lo mismo en otros Estados como Austria Hungría, Rusia, etc.: en la primera hay de siete á ocho grupos étnicos y en la segunda treinta y ocho.

La diferencia entre las tres clases sociales en que hemos dividido, no estriba, en consecuencia, en las razas, sino en algo distinto, como en las profesiones, ocupaciones diarias, en sus gustos, en sus ideas y sentimientos sobre el mundo y la vida; en suma, en el papel que desempeñan como hombres ante la humanidad y como ciudadanos ante la Patria.

La clase alta — ya que así queremos llamarla — ociosa e ignorante como es, es también rutinaria y carece de profesión ú ocupación conocidas — entiéndase que hablamos siempre de la mayoría — Las horas de su vida pasan, los miembros pertenecientes á ella, en dormir de diez á doce horas, en asistir á los clubs y cantinas, en diversiones cuotidianas, y en algo más indigno aún. Sus haciendas — las tienen desde luego, de otra manera, su ociosidad criminal terminaría — están abandonadas á la inercia é incapacidad de sus mayordomos, gente completamente ignorante en agricultura como en todo: en esto podemos encontrar una de las principales causas del atraso agrícola del Ecuador. Los usureros hacen su agosto con esta gente, pseudo-rica por cuanto se ven, con harta frecuencia, obligados á recurrir á ellos, por otros compromisos que en pésimas condiciones han contraído anteriormente. De aquí que, estemos con Guillermo Ferrero al concederle un valioso papel civilizador al usurero y otros congéneres, pues ellos encaminan a la ruina á las naciones y á los individuos imprevisores. Cuando van á Europa, vuelven muchos de los ricos, sin siquiera conocer el idioma del país al cual visitaron. Claro, que no todos son como venimos describiendo. Los ricos de las provincias son algo diligentes en sus negocios, tal vez, por ser pequeñas sus fortunas, sin que las más de las veces tengan una cultura superior á sus congéneres. En la costa la diferencia salta á la vista: el litoral, en muchos puntos está más adelantado que la sierra y, todas las clases sociales son relativa-

mente más trabajadoras que los moradores de las sierras andinas. En esta alta clase social, no se recogen los miembros del militarismo sino en ínfima escala, debido á sus inclinaciones y gustos: indolentes y amantes del placer no pueden gustar de la vida ruda y azarosa del cuartel. Esta clase, no desempeña ningún papel, ni político, ni social, ni científico entre nosotros. Vive una vida de ocio é inacción como los pobladores de las márgenes del Ganges, pero sin su poesía filosófica, dulcemente triste.

*
* *

Muy lejos está nuestra clase media de ser lo que es en otros países como Inglaterra, Alemania, etc. En Europa, desde la aparición del industrialismo, la clase media adquirió medios y condiciones de vida muy distintos de los que habían tenido antes. Con el bienestar que se suscitó, con el progreso de la industria y el comercio, la clase media entró á desempeñar un papel importante en el terreno social, político y científico, y, actualmente, se puede decir, que el nervio de un país culto, civilizado y libre lo constituye la clase media; aquella clase media económicamente independiente, que agita, dentro de lo lícito y de los justos límites sus energías. Las altas clases y las misérrimas, por sus condiciones mismas, no pueden jugar un papel siempre benéfico para una nación: las primeras, en ciertos puntos, son las formadoras y sostenedoras de *trusts* y sindicatos y de la alta banca, con frecuencia

explotadora de las necesidades é ignorancia de los hombres: las otras con las ideas revolucionarias socialistas y sus dificultades económicas, con sus huelgas, etc., son obstáculo para el fácil desarrollo de un país. En cambio, la clase media, independiente desde el punto de vista económico, es la que ha formado grandes bancos, inmensas empresas industriales, ella es la que ha constituido un factor importantísimo del progreso científico y, hasta podemos decir, que ha contribuido eficazmente al desarrollo de las ideas y de la moral política, llegando á decir algunos historiadores, que la clase media formó las unificaciones políticas de Alemania e Italia, manifestaciones elevadísimas del progreso político-social de nuestros tiempos.

Mucho más ha hecho la clase media en los EE. UU. que en Europa. Entre nosotros, la clase media es pobre, porque nuestro país incipiente como es, tiene sus riquezas sin explotarlas y su agricultura, industria y comercio dan apenas los primeros pasos. Creo yo, que el espíritu de un pueblo, se lo debe estudiar principalmente en la clase media, antes que en las demás, porque ella informa por muchas razones el carácter nacional. Por esto, si nosotros podemos retratar brevemente sus rasgos distintivos, creemos haber dado á conocer lo que es un ecuatoriano.

Etnicamente, como ya dijimos, no se diferencia de la clase rica, pues, ambos elementos hispano é indígena tienen tanto la una como la otra, más ó menos combinados, predominando unas veces sangre indígena otras la española.

En cuanto á sus medios de vida, profesiones, ideas, etc., sí se diferencia notablemente.

Económicamente, la clase media del Ecuador, de un modo especial, la de la sierra, está atrasadísima. Carece de medios económicos que le permitan vivir independientemente, sin necesidad de recurrir al favor de los partidos ó á la clemencia de los gobiernos. De esta clase media salen el noventa y nueve por ciento de los candidatos para las profesiones liberales, tan mal retribuidas, los politiqueros de oficio y sobre todo, los miembros del militarismo. El ser intrigante, en grande ó en pequeño, y soldado del militarismo es cuestión sobre todo de *miseria* ó por lo menos de pobreza. La pésima educación oficial y extra oficial, que se ha dado hasta aquí, ha sido matadora para el espíritu. Esta pseudo educación jamás se ha preocupado en preparar hombres para la vida. Además, el estado económico del Ecuador es tal, que los únicos caminos que están abiertos á los ojos del joven pobre, á veces con profesión, que no da para la vida, otras sin ella, lo cual le condena á una eterna incertidumbre, son el del funcionarismo, el del cuartel, y hasta hace poco el del convento.

Los individuos de esta clase social, son los que especialmente se dedican á las profesiones liberales, para lo cual, es preciso ingresar á las universidades, verdaderas fábricas de titulados inadaptados para la vida. La educación que se da en estos altos centros es tan rutinaria é inútil para el porvenir del educando como la que se da en los grados in-

feriores. El número de titulados excede al de aquel que las necesidades del país determina. Hay tantos médicos y abogados en el Ecuador, hasta en los más apartados villorrios, que la justicia y la salud se hacen imposibles. Expliquémonos. Como la oferta de estos servicios, es superior en mucho á la demanda, resulta que se suscita pleitos por quítame allá esas pajas, en el un caso, y se prolongan las dolencias del paciente hasta un punto verdaderamente increíble, en el otro. El fraude profesional tiene su origen en las dificultades que se les presenta á los titulados para ganarse la vida honradamente, y, como toda energía sigue el camino de la menor resistencia, siguen caminos vedados por la moral en la consecuencia de los medios indispensables para la vida. Curioso sería dar el porcentaje de los médicos y abogados de la República Andina, con respecto á su población total; nos hemos visto tentados á ello; pero, ante la imposibilidad por la falta completa de datos estadísticos hemos desistido de nuestro propósito. Su crecido número es una plaga nacional. En un Estado de las proporciones económicas y del grado de cultura como los del Ecuador, existen tres universidades y una facultad más de Derecho; resultando así, ser su proporción superior á la de Alemania, uno de los países más cultos y poblados. En Alemania hay una universidad por cada tres millones de habitantes; todo aquel país tiene 22 universidades, siendo su población total algo más de 65 millones de habitantes. En el Ecuador, teniendo como tiene un millón y medio de habitan-

tes, existen cuatro universidades (la facultad de Loja puede considerarse como universidad). Este número, que en otras condiciones, sería el exponente de un alto grado de cultura y bienestar viene á ser excesivo y de pésimos resultados nacionales. De esta inmensa legión de médicos y abogados sin clientes salen los funcionarios y esbirros de los gobiernos tiránicos y los miembros terribles del militarismo, porque regularmente son ambiciosos y como inadaptados que son, buscan medios de vivir indignos de aquellos que son aceptados por los hombres que se bastan á sí mismos. Si profundizamos la etiología de las numerosas y frecuentes revoluciones, que han manchado el suelo americano, eucontraríamos que, han tenido como una de las principales causas la legión de titulados sin medios propios de vida.

La clase media, en todos los países, es más ó menos numerosa, por sus condiciones políticas y sociales y por su significación sociológica misma; en el Ecuador, desde luego, es también, relativamente abundante. Parte de ésta, hemos visto que se dedica á las profesiones liberales sin que esta razón les aleje del funcionarismo y del militarismo, antes bien, muchos se gradúan no para ejercer su profesión sino para conseguir un buen empleo público. La otra parte, más numerosa por cierto, que no ha podido llegar al bachillerato por falta de dinero unas veces, por estupidéz y mala conducta otras, no se dedican al trabajo independiente y productivo, en el cual se requiere cualidades viriles, sino que busban empleos de aquellos, que son tan fáci-

les de cumplirlos como los del Estado ó se van á un cuartel ó á un colegio militar. Indublablemente, los candidatos del cuartel y del colegio militar son los individuos ineptos para poder dedicarse á otra cosa útil; son los expulsados de los colegios por su mala conducta, son los vagos de profesión, en suma, son los inadaptados, los desclasificados, como dicen los franceses.

Esto nos consta y tenemos pruebas fehacientes de lo que decimos.

Un número reducido de la clase media es el que se dedica á los trabajos que necesitan aptitudes viriles como el comercio, la industria; los demás se dirigen por el camino hollado. En la costa es en donde la clase media es más activa y laboriosa, allí es donde se tiene un mal concepto del soldado ó del joven que se dedica á la milicia: se le tiene como ocioso y corrompido. Este concepto es fundado y explica mucho para el sociólogo. Abogados sin clientes, médicos sin enfermos, jóvenes sin medios de trabajo, vagos, viciosos, y otros más de la ralea son los que van á parar al cuartel ó los que pasan los días de su vida en medio de la monotonía matadora y estéril de la inacción. Es claro, desde luego, que un ínfimo número, del cual hemos hablado se inicia en la carrera de las armas por vocación. Pero el 99 por ciento, sólo se dedica en virtud de otras causas: carencia de oficio y profesión, etc., etc.

Si se diera otra clase de educación, es decir, una educación práctica, fundada en las necesidades de la vida, se sustraerían al cuar-

tel muchos individuos (1). Ahora, es tomado por innoble y degradante el que un joven se dedique á un oficio manual: esto indica el estado cultural de nuestra sociedad, gracias á la educación jesuítica.

Además, los fines se han adelantado á los medios de adquirirlos en la clase social de que tratamos. Sienten la necesidad de una vida de confort en medio de la ociosidad; pues muy natural es que, dadas las condiciones sociales de nuestro pueblo se entreguen á la vida de cuartel, en la cual adquieren dineros para satisfacer los vicios de un modo fácil y sencillo.

El cuartel es una mina para el oficial; él se completa su sueldo (es decir roba el tesoro público) á su sabor, el cual viene á ser tres veces mayor de aquel que designa el presupuesto. Esta verdad les consta á todos los ecuatorianos. Por todos es sabido que los soldados de Alfaro (oficiales y jefes) improvisaron en poco tiempo cuantiosas fortunas, teniendo como sueldo legal una cantidad de sueres, que apenas podía alcanzar para llevar una vida misérrima y llena de privaciones y no ostentosa y rodeada de vicios como la de aquellos señores de espada al cinto.

*
* *

A las clases ya tratadas hay que añadir la clase baja, aquella que en el Ecuador lleva el nombre de *chola*. Esta tiene el mismo do-

(1) Véase el capítulo «Educación» de este trabajo.

ble origen étnico que las ya nombradas anteriormente. Es el resultado de la primera mezcla del elemento hispano ó del ya cruzado con el indígena. Ordinariamente, se lo ha denominado *mestizo*. Esta capa social posee muchas cualidades al lado de múltiples defectos: es laboriosa, honrada, sobria, si exceptuamos aquellas diversiones resultado de fiestas idólatro-católicas, que la codicia clerical realiza para explotar á esa pobre gente en los campos como en las ciudades: es además, sencilla, crédula hasta el fanatismo y humilde. Ignora lo que puede llamarse ambiciones, su vida es monótona y cansada. En sus fiestas, en medio de la algazara producida por el alcohol embrutecedor es abatida y triste como durante los momentos de cordura. No tiene nociones de su porvenir individual, viven la vida vejetativamente. Como su educación, si así puede llamarse, ha sido descuidada, por no decir criminal, es el *cholo* rutinario, ignorante de todo aquello que debe saber un ciudadano, y por consiguiente, de todo lo que puede constituir un elemento útil para el progreso político y social.

Aquí, en este grupo, podemos considerar los del campo y los de las ciudades. Los del campo son pacíficos, de una sencillez patriarcal; se ganan la vida difícilmente, pues muchos de ellos carecen de tierras para ganarse la vida, prestan sus servicios en una hacienda vecina en donde les pagan jornales ó sueldos irrisorios. Los demás, se dedican á trabajos manuales de poquísima significación económica, ó á negocios que les deja unos cuantos

céntimos, para poder sobrellevar difícilmente la vida miserable como los antiguos subditos de la glosa; otros, y no en escaso número, impulsados por el hambre, forman parte de la corriente *urbanista*, medio, muchas veces ineficaz de mejoramiento económico individual, como lo prueba la experiencia de varios pueblos del viejo mundo. Los individuos de los campos pertenecientes á provincias se dirigen á las capitales provinciales, de un modo especial, á Guayaquil los habitantes del litoral y á Quito los de las serranías andinas. Estas dos ciudades son los centros de atracción del creciente urbanismo ecuatoriano, cuyos malos resultados experimenta de un modo particular la incipiente agricultura. En estos centros de población, se dedican á trabajos fáciles y rutinarios para los cuales son aparentes unos, y otros forman parte del número de policías ó del simple soldado raso, desde luego muy pocos se dedican, si excluimos á los carcheneses, á esta última ocupación. En general, la vida del campesino ecuatoriano—nos referimos en especial á la sierra—es cansada, monótona miserable, y muy difícilmente podemos comprender hasta donde llega la influencia de la adaptación. Viven alejados de toda corriente de civilización, su único director moral é intelectual, como su único consejero es el cura.

El bajo pueblo de las ciudades tiene como ocupación favorita los oficios manuales, unos son zapateros, carpinteros, herreros, etc., otros son sirvientes ó pajes. Esta porción de ecuatorianos está económicamente mejor que las demás clases, desde cierto punto de vista...

Las necesidades no son tantas ni tan difíciles de cumplir como las de la clase media, la cual en su mayoría carece de oficio ó profesión, dando de sí el 99 por ciento de candidatos del funcionarismo y del militarismo; tiene medios fáciles para satisfacerlas, pues generalmente, todos encuentran ocupación, ya en los talleres, ya en otros servicios, que no se necesita ninguna preparación. En manos de esta clase está la pequeña industria, el pequeño comercio, como el de pulperos, etc., es decir, que constituyen la mayoría de los hombres que se ocupan en estas cosas, ya que el comercio y la industria en el Ecuador están en su infancia. Como no se les ha dado buena educación, ni tampoco buena preparación técnica, permanecen estacionarios los oficios y más industrias en el Ecuador ó si progresan adelantan muy poco.

Por estas razones, brevemente apuntadas, los del pueblo ó clase baja no dan voluntariamente candidatos para el cuartel, más que en reducidísimo número, y decimos voluntariamente, porque como veremos en el siguiente capítulo, el gobierno dispone de un medio, por cierto muy poco civilizado, y por lo mismo muy poco usado por los pueblos cultos para llenar el número preciso de soldados, ya en tiempo de paz, ya en tiempo de guerras civiles: el reclutamiento forzoso, forma bárbara que corrompe y degrada á la gente pacífica y laboriosa del pueblo en el medio ambiente corruptor del cuartel, arrancando muchos buenos elementos de progreso y arrojándolos al pozo inmundo de la ociosidad generadora de delitos.

Los vendedores de periódicos, los que tienen oficios manuales, los albañiles, los ayudantes de albañiles, los pulperos, etc., etc., ganan ó pueden ganar con pequeños esfuerzos de su parte, más de un sucre por día, lo bastante para subvenir á sus incipientes necesidades, mientras que los jóvenes de la clase media, como por lo general no tienen ocupación profesional, se dedican á ser dependientes de almacenes ó empleados de oficinas públicas ó privadas, en donde ganan sueldos irrisorios que mal les puede alcanzar para la vida, sobre todo, dadas sus necesidades, las cuales son en mayor número y más costosas. De aquí que, esta clase social, teniendo muy pocos medios de ganarse la vida y siendo sus necesidades numerosas tienen que buscar una puerta de escape, un camino fácil que les conduzca al bienestar; esta puerta de escape, este camino son el cuartel y el funcionarismo: fuente principalísima de las guerras civiles como en otro lugar apuntamos (1).

Respecto de los indígenas podemos apuntar mucho, pero dado el objeto de este trabajo diremos muy poco. Moltalvo, ya lo dijo: «Si escribiera un libro sobre el indio haría llorar al mundo». Lo que afirmó nuestro genial compatriota constituye una gran verdad. El indio, el pobre indio de los páramos y serranías andinas, es el paria de la civilización americana, es

(1) Aun los empleos oficiales bajos están mejor retribuidos que los de igual clase de particulares, y no se diga que con miras de selección—de la cual se está muy lejos—constituyendo, en definitiva, el presupuesto oficial un serio y ruinoso competidor de la industria y el comercio:

la bestia de carga, es el esclavo oprimido por sus dueños. Las condiciones de su vida miserable que conmueven hasta á los corazones de piedra, son la vergüenza humana: ignorante hasta el salvajismo, creyente y mítico hasta la idolatría más ruda, entregado á los rigores de los trabajos campestres, á las inclemencias del tiempo y á los caprichos de su amo; casi desnudo, con una alimentación primitiva y para colmo, ganando la miseria de diez centavos de sucre por día (ultimamente ganan veinte); su familia, lleva también como él la misma suerte, atada á los infortunios de su jefe; sufre como él los salvajes castigos de látigo y garrote por la menor falta. Tal es la vida de nuestros indígenas, que abatidos como sus hermanos de las orillas del sagrado Ganges, lloran sus males hasta en sus arrebatos alcohólicos: sus cantos son ayes lastimeros, sus diversiones son exhalaciones de tristezas; y así, como raza maldita, arrastra su vida con una pesada cadena de degradación y oprobio hasta el sepulcro. Es la vergüenza del Ecuador. Nuestras leyes son criminales: consagran para nuestro deshonor esta esclavitud en pleno siglo veinte. Los gobiernos y la religión, la sociedad y las terratenientes, todos, absolutamente todos, los que constituyen, estrictamente, los miembros del parasitismo ecuatoriano han puesto particular empeño, en todo tiempo, de conservar al indio en su barbarie, en mantenerlo en su ignorancia. Por esta razón, es por lo que él se cree inferior, orgánicamente, á los demás hombres, nacido para servir, obedecer y sufrir pacientemente explotaciones miserables

é injusticias sin nombre; por esto es por lo que no hay huelgas, ni alzamientos, ni protestas contra sus opresores despiadados; vive petrificado en su miseria dolorosa.

El concertaje no puede ser otra cosa que una esclavitud. Ya lo dijimos, sólo el Ecuador y Bolivia conservan esta institución salvaje.

De este rebaño de miserables, se reclutan también los soldados del militarismo, cuando los gobiernos se encuentran amenazados por una guerra civil ó por una montonera; su número es desde luego muy pequeño. ¡Qué efecto causará en estas almas sencillas, el paso dado, desde su cabaña en donde pasa una vida ruda y miserable, al cuartel en donde encuentra otra forma de opresión y vicios!

Resumamos: en nuestro concepto, la clase media es la que más elementos da al militarismo por las razones ya apuntadas, y, decimos esto, no porque constituyan los miembros de esta clase el mayor número de la gente de cuartel, sino porque ellos son los que informan el espíritu del militarismo, como en otro capítulo lo probaremos. De éste salen los oficiales y jefes del ejército, y, sabido es que el soldado no es sino un autómatas; ciego obediente de lo que le ordenan sus superiores; en un ejército, como en toda agrupación organizada de hombres, los que mandan en primera y segunda línea son los que informan el espíritu de cuerpo; de aquí que, los jefes y oficiales, miembros de la clase media, si bien en menor número que los de la clase baja son los iniciadores y directores de los motines y gue-

rras civiles del militarismo sudamericano. La clase alta da de sus miembros poquísimos candidatos para el cuartel; es completamente inepta aun para esto. La del pueblo es numéricamente la que más candidatos da, pero da el elemento pasivo y todos sabemos que el elemento pasivo, no es el que caracteriza una institución, sino por el contrario, el que constituye la materia muerta, por decirlo así, en donde imprime el distintivo característico de una agrupación de individuos los directores ó fautores. El pueblo es la materia en donde la clase alta imprime un sello distintivo, sello formado por causas diversas cualitativa y cuantitativamente.

GUERRAS CIVILES

JA condicionalidad dentro de la cual se ha agitado la vida de la nación ecuatoriana, por un siglo, son las guerras civiles, los motines, las conspiraciones abortadas, los cuartelazos generadores de tiranos, en una palabra, la lucha fratricida. La vida de los pueblos latino-americanos, ha sido desde que se emanciparon de España, convulcionista y anárquica. Todos los Estados de latino-américa cuentan por decenas de estos manchones en las páginas de su historia. Su origen inmediato, la independencia, de carácter eminentemente militar, como fué en todo el continente, debía de un modo necesario dejar la simiente, que robustecida por las circunstancias y el tiempo ha engendrado el peor de los militarismos, el militarismo que podíamos llamarlo sudamericano, cuya más alta manifestación ha sido la guerra civil, que le ha llenado de baldón a todo el continente: militarismo raquíto y miserable, jamás envuelto con el manto del brillo que da la fama y la gloria: nunca ha realizado empresas grandes como los del viejo mundo, el cual más de una vez, ha llenado de admiración por las inmensas proporciones de sus conquistas, por sus fines gigantescos y sobrehumanos. El mi-

litarismo sudamericano, en su vida relativamente corta, no ha dado de sí un exponente suficiente que acredite la grandeza de sus miras: Rosas y Melgarco, Yáñez y el Dr. Francia, Guzmán Blanco y Piérola, Alfaro y Santos Zelaya, jamás pueden compararse a los representantes del militarismo europeo, desde Mario y César hasta Molcke y Waldersse.

Las revoluciones ó cuartelazos han sido tantos que, á fuerza de repetirse han llegado a formar una especie de solemnidad reglamentaria, admitida por revolucionarios y gobiernistas. Siempre, en todos los gobiernos del mundo hay y debe haber oposición, pero en Sud América esta oposición no es sino la expresión del descontento, descontento natural y fácil de explicarse por la nostalgia que produce el poder perdido, por la separación del empleo que le daba para los menesteres de la vida. Escala una facción revolucionaria las gradas del poder, con la ayuda de muchos cientos de individuos partidarios, es decir, que están en las mismas condiciones de hambre que los demás caídos y, después del triunfo, viene la distribución ciega é inconsulta, sin atender á los méritos individuales ni á las funciones del Estado, de todos los empleos remuneratorios, según el grado de importancia individual que se concedan entre sí. Naturalmente, el número de empleos oficiales no alcanza para tanto aspirante, ni todos lloran su codicia. Muchos de ellos creen que los tesoros del pueblo son para su beneficio. La multitud de aspirantes que se quedan sin empleos ó premios pecuniarios se impacien-

tan, chillan, protestan, se enfurecen, claman contra la tiranía y opresión del gobierno, se unen con los caídos de la víspera y se cierne de nuevo amenazante sobre el cielo de la Patria otra revolución, otra conspiración. La prensa vocifera y protesta, insulta y calumnia, y á lo mejor, nace la aurora de un nuevo día tropical teñido en sangre; es que la revolución ha estallado, los soldados del gobierno han defecionado y viene un nuevo orden de cosas, como ordinariamente se llama; nace el caudillo de la revolución, éste lanza una proclama en estilo campanudo y pomposo, se da á sí mismo el título de salvador de la República, anatematiza y condena en ella á los que formaban el gobierno del día anterior. A veces, la revolución no se concluye de un golpe y entonces, hay generalmente dos ó tres encuentros entre fuerzas revolucionarias y gobiernistas; después de los cuales entra muy campante á la capital de la República el caudillo *inclito*. Viene de nuevo la distribución de cargos, empleos y honores; para los hijos de los fautores son las becas, para ellos consulados, legaciones, etc., etc. El caudillo convoca una convención para que expida una nueva carta política, de aquí que tengamos en el Ecuador como en los demás pueblos sudamericanos tantas *constituciones*. Sólo nosotros hemos visto *confeccionarse* dos cartas en el lapso de tiempo de diez años; últimamente se ha renunciado á esta solemnidad protocolaria de las revoluciones. Este es el círculo vicioso y eterno de la vida política de estos débiles Estados. Los gobiernos nacen de revoluciones y mueren con ellas,

puede que sea un castigo, porque morir con las mismas convulsiones de su aparición es un castigo, para los gobiernos salidos del motín; lo sensible es que los pueblos pagan siempre los platos rotos. Este es el ciclo político, el devenir histórico de las naciones sud-americanas. De los Estados sud-americanos, sólo tres de ellos han entrado, desde hace algunos años, por un período de seriedad y honradez políticas: Argentina, Brasil, y Chile. La forma de convenciones, citada por nosotros es ya la expresión de un adelanto en la política de motines. Desde que el General Plaza arrancó de la mano clerical y monástica la inmensa fortuna que se vinculaba en ellas através de los tiempos, secando con esta inmovilidad de la propiedad muchas fuentes de la prosperidad nacional, los revolucionarios acuden no á las *montoneras* como hacían antes sino á las defecciones de cuartel. Antes de que se dé esta medida que ha disminuído, en gran parte, las tentativas revolucionarias, el procedimiento era más bárbaro aún. Como en otro tiempo, las hordas de mercenarios se ponían á las órdenes de un pícaro que les calmara su hambre y su sed de pillaje para seguirle sumisos y obedientes á desolar un territorio, un país, así también, entre nosotros, grupos mercenarios, (los pastusos, carchis en su mayor parte) engrosaban las filas de cualquier ambicioso que quería escalar las gradas del poder; recorrían las alturas andinas fugitivos, robando aquí, violando allá, siempre cometiendo crímenes de lesa humanidad, hasta cuando eran sorprendidos por las fuerzas de gobierno ó ellos pre-

sentaban combates cuando se creían capaces para ello. Este sistema de revolucionar presentaba los incidentes más salvajes é inhumanos. Veces había que unos cuantos apoderados de algún desfiladero ó de algún risco andino sostenían como los bandoleros de otros tiempos, cruentos combates con un número superior en cinco veces. La horda de montoneros, asolando una hacienda, devastando un pueblo, sembrando el pánico en una región por sus incomparables desafueros, atravesaba el país de Norte á Sur ó de Sur á Norte arrasándolo todo, como las huestes de Atila en otros tiempos. Fotografías se conservan de montoneras en las cuales se revela el aspecto salvaje y sanguinario, denunciando tendencias de fiera y aptitudes criminosas. Mucho se ha escrito en periódicos y revistas sobre los detalles de las revoluciones americanas del Sur. El mundo conoce las revoluciones con su tejido de crímenes y desafueros y los gobiernos revolucionarios de Rosas y Melgarejo, Alfaro etc., pero no conoce las causas generadoras, las condiciones y circunstancias en que se presentan, en una palabra, el porqué de ellas. No hemos querido describir tal cual se desarrolla una revolución, con sus hechos secundarios é influencias, con sus consecuencias desastrosas para el país y los individuos, con todos sus crímenes consiguientes, porque nuestra cuestión va más lejos ¿Para qué narrar un hecho que todos lo conocen, porque todos han presenciado? En cambio, es más útil para políticos y sociólogos conocer la etiología y el *clima moral* de las convulsiones de que venimos tratan-

do. Un solo hecho queremos recordar: á raíz de toda revolución se multiplican los crímenes y delitos comunes hasta triplicarse: Los parricidios, los asesinatos, los robos, las violaciones; en fin, todas aquellas manifestaciones de la *bestia humana* llegan á un número increíble. Con datos elocuentes ha comprobado esta triste verdad el gran escritor Dr. Manuel María Sánchez al estudiar la Cuestión penal en el Ecuador. La razón, si queremos profundizar esta materia como luego veremos, es una cuestión puramente psicológica.

*
* *

Desearíamos, para conocimiento de nuestros lectores saber a ciencia cierta el número de revoluciones que se han desarrollado en cada país de Latino-América. Esto bastaría para conocer sobre punto tan importante, más de lo que podría expresarse con frases y palabras. Nadie que yo sepa, ha emprendido en trabajo tan útil como importante, y los siguientes datos, en nuestro concepto incompletos, son tomados de un opúsculo del Dr. F. Andrade Marín y de algún trabajo más:

Méjico	4	revoluciones	3	guerras internacionales.
Argentina	2	»	1	»
Chile	2	»	1	»
Uruguay	2	»	1	»
Cuba	1	»	1	»
Perú	9	»	2	»
Colombia	8	»	1	»
Venezuela	7	»		
Guatemala	3	»		
Bolivia	12	»	1	»

Dominicana	6	revoluciones	
Nicaragua	10	»	
Salvador	20	»	
Costa Rica	7		
Ecuador	18	»	1 guerra internacional
Paraguay	15	»	

En esta deficientísima estadística no van incluidas las conspiraciones abortadas, los golpes de cuartel sin éxito, las tentativas frustradas. Estos números son el mejor exponente de la vida convulsionaria de la América hispana; ellos valen más que muchas páginas de historia, porque es una de las bases de la historia misma, sintetizada en cifras.

*
* *

Vamos ahora qué causas son las que producen las guerras civiles en los pueblos indohispanos. Ni los límites de este trabajo, ni nuestra intención, ni nuestras aptitudes son para tratar como el punto merece. Las raíces de esta hidra están entrelazadas entre sí y van muy lejos y muy hondo hasta confundirse con la causa ú origen del destino de los pueblos, con la etiología de las enfermedades sociales, de suyo tan complejas, y con la estructura psíquica de la conciencia humana. Ya sabemos, que los hechos históricos de las naciones no vienen de cerca, su nacimiento ó aparición no son debidos á las razones expuestas por los cronistas ó narradores de acontecimientos. El grito de libertad lanzado por los patriotas quiteños el histórico 10 de Agosto, no tiene su origen, no encontraremos sus cau-

sas en las reuniones de Ascásubi, Mideros, etc., son ya efectos de otras causas anteriores. Asimismo, si entramos á considerar la escabrosa cuestión del origen sociológico de las guerras civiles, las causas de éstas no las hallaremos, en la corrupción del ejército, en la maldad de los gobernantes, en la intransigencia insensata de la oposición, sino que nuestro deber va más allá; va ó debe de ir, si podemos, hasta explicar el porqué de la corrupción militar, la razón de ser de los malos gobiernos, los motivos de crítica de una oposición despiadada y soez y las razones mismas de su existencia, tan poco semejantes á las *oposiciones* de otros países. Así que, nuestro propósito en materia tan árdua es explicar someramente las causas, las verdaderas causas de las *cruentas luchas civiles*, con un espíritu sociológico, no como hasta aquí han echo los pseudo-historiadores de todos los pueblos. Si conseguimos, el público sabrá apreciar.

Reconocemos nosotros causas subjetivas y causas objetivas de las guerras intestinas sudamericanas: subjetivas son las aptitudes ó cualidades positivas ó negativas de raza, las concepciones erróneas acerca del mundo y de la vida, es decir, elementos psíquicos, la herencia que se puede distinguir de lo que dice relación con los elementos étnicos de raza y las cualidades exclusivamente individuales, sentimientos, etc. Pertenecen a las causas objetivas, — las cuales pueden ser ó nacidas del medio cósmico ó del medio histórico-social — las siguientes: cuestión económica, educación, religión (como dogma), condiciones generales del

medio ambiente, imitación, adaptación, etc. Largo sería entrar á un estudio profundo de esta etiología, sus límites se salen de los estrechos de este libro. En las causas arriba nombradas hay más de un capítulo de sociología. En uno de los títulos anteriores expusimos, á grandes rasgos, las tendencias étnicas de nuestra raza, muchos de ellos son verdaderas causas de la larga anarquía militar. El *colectivismo autocrático*, propio de los pueblos latinos, en abierta oposición con las tendencias individualistas de los sajones, es una de las poderosas razones de ser de las guerras; los pueblos que como rebaños de ovejas necesitan para subsistir de un pastor, encuentran, con harta frecuencia, un *lobo*, es decir un déspota.

El concepto de la vida, cuyo fondo se roza con arduos y difíciles problemas de filosofía, no puede menos que influir en los resultados de carácter político, en una nación como el Ecuador. Todos los países, todos los hombres se forjan con su fantasía un concepto de la vida, más ó menos racional, más ó menos aceptable, desde el punto de vista de la razón y de la justicia: unos países son imperialistas porque se creen con bastantes fuerzas para subyugar á otras y por estar convencidos de su alta misión histórica. Todos los hechos históricos, grandes y pequeños, pudieran reducirse, en último resultado, á un problema de psicología, siendo esto á su vez, solucionado por la Sociología: así, España conquistó América porque el espíritu del pueblo español, esto es, su medio moral é intelectual imponía tales resultados — (la conquista); desde luego, el medio

moral, á su vez, fue engendrado por otras causas de diversa índole. La Alemania de nuestros días, heredera de los sueños megalómanos de Federico II piensa y siente en una *germanización* de Europa. El Ecuador como los demás pueblos de la América Austral han tenido tal concepto de la vida política, y dentro de ésta, de la vida individual, que ha engendrado múltiples calamidades, las cuales nuestra historia nos cuenta avergonzada. Los individuos, piensan que el Estado es la *gran madre*, que aplaca el hambre á todos los desocupados, para quienes el trabajo carece de importancia. El fin de los politiqueros de todos los partidos, no es otro que un indigno medro personal y, como el funcionarismo no da tantos empleos, que pueda saciar la codicia de todos, claro está, que el sinnúmero de descontentos apelan al consabido medio de apoderarse del poder por medio de un cuartelazo. Nosotros, los ecuatorianos, como todos los descendientes de latinos, creemos ver ó encontrar en el Estado, no el sostenedor de nuestras instituciones ó el guardián de nuestros derechos, sino un medio de vivir, un padre que debe velar por nosotros, quien debe cuidar de nuestra prosperidad individual hasta en sus menores detalles. En el Ecuador, el Estado no sirve para unos sino para imponer gravámenes, y para otros, es una manera de ganarse la vida. Con un concepto tan falso, muy natural y fácil de explicar resulta nuestra historia sembrada de luchas intestinas. Este punto vale la pena de tratarlo ampliamente, pero no es posible hacerlo aquí, por las condiciones mismas de

este volumen. Hasta la imitación inconsciente de la infancia, de los pueblos y de los individuos como el ejemplo histórico, influye decididamente en la etiología de las guerras civiles. ¿Quién de los ecuatorianos no se ha sentido soldado ante el espectáculo continuo de las luchas intestinas? Los niños juegan á la guerra cuando sus hermanos y padres revolucionan, y claro, muchísimos niños, exaltados á cierta edad y movidos por un gran impulso de imitación van á parar frecuentemente al cuartel. Las filas de soldados se engrosan siempre, con algunos niños que apenas pueden sostener el fusil. Hemos dicho que las causas objetivas pueden ser ó procedentes del medio cósmico ó del medio histórico social.

El gran Montesquieu ha sido el más distinguido defensor de la preponderancia del medio ambiente cósmico, sobre la idiosincrasia nacional de cada país; al lado del eminente inspirador de las ideas modernas del derecho, sostienen no pocos escritores y filósofos la misma tesis. Según esta teoría, los ingleses tienen los caracteres psicológicos que les distinguen de los hombres del continente europeo, á causa de las influencias cósmicas, que dejan honda huella en el espíritu del hombre: el clima, el paisaje, la altitud, las producciones alimenticias, las cercanías al mar, la atmósfera brumosa, etc., etc., son las causas impulsoras, para que en un grupo de hombres se noten ciertas diferencias intelectuales y morales. Por esto los Griegos, para esta teoría, debido á la diafanidad de su ciclo, á

la tibieza de su aire, á los paisajes bellos y á mil 'otras' cualidades naturales, fueron como los historiadores nos los presentan. El destino de los pueblos, para esta escuela, está determinado por sus condiciones naturales; los rasgos étnicos mismos, son ya efectos de estas causas. Sin entrar á estudiar el valor filosófico de esta teoría, es lo cierto que, el medio circundante influye enormemente al lado de los elementos étnicos, hereditarios, etc., etc.

La india (hablo de sus habitantes) ante la majestad de la naturaleza, se sienten pequeñísimos y sobrecogidos de admiración y espanto; y junto á estos sentimientos, existen los de la inación y el eterno abatimiento que hacen del indio la lágrima de la especie humana. El perfume de sus selvas, la grandeza de sus montañas, el caudal de sus ríos, la riqueza de su fauna, todo, absolutamente todo, influye en el ánimo del indio para que tenga las creencias que tiene y se arroje al suelo para ser despedazado por el carro de Gangrenatt. Nosotros, los habitantes del continente de la América Austral, debemos necesariamente, estar influenciados por el medio ambiente; no hay razón para que nos sustraigamos de su influencia.

Hay sociólogos, (Giddings, Kidd y otros) que han determinado el curso de la civilización llamada occidental, desde su cuna, señalado leyes y causas de su desarrollo y condenando al eterno estancamiento á los países situados en los trópicos. No queremos estudiar esta aventurada proposición; la cultura humana, tiene mil formas, y mil distintas

condiciones ha menester para su progreso: al principio, en sus albores, necesita para romper la oscuridad del salvajismo de la vivacidad latina, luego de la calma y paciencia infatigable de los pueblos sajones. La India y el Perú florecieron en su tiempo y basta con estos ejemplos históricos para combatir tal pretensión.

Así, pues, el medio cósmico del Ecuador, con sus inmensas cordilleras coronadas por cúpulas diamantinas, con sus selvas vírgenes perfumadas de canela y vainilla, con los torrentes de los ríos, que desde los Andes se precipitan hasta el mar de tumbo en tumbo, y desde luego, con la separación de un lugar á otro, por obstáculos naturales, y otras causas más, deben haber determinado nuestros rasgos característicos.

Pasemos ahora, á un punto, por demás importante en todo estudio de carácter social, y más aún, si queremos entrever las causas de las guerras civiles en nuestra Patria. Nos referimos á la cuestión económica, que si bien no tiene los caracteres que ha revestido en los pueblos de la vieja Europa, no deja de existir en sud América, con ciertos *caracteres* especiales.

En el fondo de todo problema social ó político, en la base de toda cuestión de carácter humano, se agita necesariamente, un problema económico, el cual, a su vez, es influenciado y frecuentemente producido por una ó varias causas ó razones de carácter psicológico. El espíritu de conquista, que ha oscurecido la Historia de los siglos, en último

resultado, ha descansado siempre sobre la base económica. Los capitanes conquistadores del Asia como de Europa, de los tiempos antiguos como de los medio evales y modernos, no han devastado naciones, por el sólo gusto de conquistar, sino por la riqueza mayor ó menor que podían sacar para su provecho y para saciar su ambición y codicia desmedidas. Cierto que los rasgos de espíritu, las tendencias de megalomania, que en todos los generales de conquista han existido, es decir, un modo especial y absurdo de ver las cosas y de concebir el mundo, son los elementos integrantes de las tendencias de conquista.

La revolución Francesa, se precipitó, indudablemente, como una inmensa inundación, debido á una cuestión económica: Colonne en dos años, hizo empréstitos por el valor de 2.500 millones, de frs. (1). La corte vaninosa despilfarraba, insensatamente, los dineros del pueblo; el Rey, absorbía los ocho décimos de las rentas fiscales, el pueblo sufría tanto por la miseria, que no podía resistir: los innumerables impuestos, ridículos y degradantes imposibilitaban, literalmente, el poder vivir á la gente, de las ciudades y del campo que no poseían ningún patrimonio; las dos terceras partes del territorio francés, pertenecía a los religiosos, los cuales secaban más los recursos del pueblo con la inmovilidad de tanta riqueza. En el reinado de Luis XIV, la pobre gente se alimentaba con yerba y con pan negro y amargo, mientras el rey llamado por la

(1).— Castelar.

Historia, el rey sol, construía su Versalles, el cual costó, según Castelar 3.000 millones de reales, y según Taine 250 millones de francos equivalentes hoy á 750 millones de frs.

Ante tanta miseria, el espíritu de la revolución lo invadió todo: monarquía, privilegios, dogmas, y prejuicios, para rejuvenecer á la sociedad en todos sus aspectos.

Sin ir tan lejos á recoger datos en la historia, para afianzar nuestra aserción, recordamos lo que á todos les consta, que la política de todos los países gira al rededor del punto central de problemas económicos. En Inglaterra, los partidos se inspiran en conceptos de economía: en el proteccionismo ó en el libre-cambio, más ó menos libre, más ó menos limitado. En los E. E. U. U., como en los demás países acontece lo propio. Los privilegios de los *trusts* gigantescos, las tarifas aduancras son los móviles inspiradores de la política yanqui. El socialismo considerado en su esencia, no es sino una cuestión de pura economía.

Veamos ahora cómo ha influido en las guerras civiles la cuestión económica en el Ecuador. Si quisiésemos recoger las causas eficientes de las contiendas civiles, en el campo abierto por Marx, reduciríamos todas ellas á problemas económicos. Sin dejar de aceptar, en parte, el materialismo en la historia, creemos que los factores económicos no son los únicos generadores de las guerras civiles, pero su influencia es y ha sido inmensa.

La lucha por la vida ha sido en todo tiempo una ley que se ha cumplido, implaca-

blemente, pese á clásicos y escolásticos, pero esta lucha ha tenido en la historia de los hombres, múltiples manifestaciones, según el momento de vida social ó de cultura ó desarrollo. En Europa, en la Edad Media, luchaban los hombres, salvajemente, entre grupos reducidísimos pertenecientes á un caudillo, ó señor feudal como única ó principal ocupación de la vida. *La lucha por la existencia* se manifestó, en esa forma grosera; del mismo modo, en un siglo de independencia política se han ocupado las Repúblicas latinas en desgarrarse. Claro, la pobreza por un lado, las dificultades de ganarse la vida, el deseo de mejorar de posición, en fin, otras causas más, han impulsado hasta cierto punto, á que los hombres vean en las guerras civiles un medio fácil de mejoramiento económico. Las montoneras se han compuesto de desarrapados y ociosos; los carchis, sabido es que combaten por dos ó tres sueres, y las defecciones de cuartel, en último resultado, han sido producidas por *cotizaciones* de los soldados. En los E. E. U. U., existe también la clase de hombres políticos que hacen de su ocupación un medio de lucro, pero, entre nosotros, los politiqueros de oficio han tenido que *fabricar* una guerra civil, por lo menos, para poder ascender al poder. La cuestión económica es, pues, principalísima causa de las guerras civiles.

EDUCACIÓN.—Esta ha sido tan mala, que lejos de preparar á los hombres para la vida, han formado individuos adecuados para ser ejecutores de toda forma del Mal. Se educa

á un pueblo ó á los individuos por la enseñanza, por el ejemplo, por la prensa, etc., y, ¿cuándo estos factores de progreso social han vertido sus raudales benéficos sobre la conciencia ecuatoriana? Enseñanza detestable, por no decir criminal, ejemplos funestos para los espíritus sencillos y alucinados de hombres incultos. Un gobierno ha hecho tal cosa: sus enemigos revolucionan, vencen á sus rivales y después, ahí les tenemos ejecutando los mismos actos condenados por ellos antes, ó cometiendo los mismos escándalos ó crímenes que ellos hicieron. ¿Qué ejemplo cabe en este círculo vicioso del mal?

No pocas veces el dogma religioso vinculado por el capricho de *sacerdocio católico* ha predicado la rebelión y la venganza, el exterminio y la muerte. Desde el púlpito de las catedrales y templos parroquiales, el cura, ha invocado los misterios dogmáticos y las venganzas del cielo para desatar las conciencias fanáticas de los individuos de un pueblo ignorante, y precipitarle á la lucha armada entre hermanos, porque estos ó aquellos no se persiguan ó no se confiesan anualmente ó porque el arzobispo ya no tiene influencia política. Es histórico, que en los guerras civiles del 1897 y 98, los curas obligaban con su influencia satánica á que las madres envíen á sus hijos á combatir por la *religión*. ¿Con esta clase de educación religiosa, hemos podido dejar de ser lo que somos?

El medio ambiente sudamericano ha estado saturado de causas predeterminantes para la realización frecuente de las guerras civiles:

origen político, eminentemente guerrero; gobiernos despóticos, forma de lucha primitiva; aquel encadenamiento que una clase de hechos hace que sean sucedidos por otros semejantes, como acontece en la Física con las fuerzas impulsoras que imprimen un movimiento dado y engendran otro más ó menos parecido. A más de todo esto, la imitación individual y colectiva, la adaptación que dirige á las conciencias por un sendero trazado de antemano por causas de variada índole. Ante el peso etiológico, los espíritus de los hombres latino-americanos no podían menos, que producir los efectos desastrosos que han engendrado. Las trayectorias que siguen las voluntades de los individuos están fatalmente determinadas por leyes que rigen la naturaleza humana.

Las guerras civiles no son sino el brote, la floración de nuestra subjetividad como raza, como pueblo, como entidad política, y más aún, si consideramos que el momento histórico del florecimiento guerrero ha sido adecuado y á propósito.

ESPIRITU DEL MILITARISMO

TODA profesión ú oficio deja honda huella en la subjetividad humana: el sacerdocio, desde luego, imprime profundos caracteres distintivos; según hayan sido ellos, han influido de ciertas maneras en el curso histórico de todos los pueblos. La sagrada India, con la influencia de sus Castas impuestas por las creencias forjadas por sus profetas y su sacerdocio, siguió cierta dirección en el curso de su desarrollo. Lo que decimos de la India podemos decir del Egipto, del imperio del Irán, de Méjico, del Perú y otros países. La superstición, la gasmoñería, el formulismo en todo; el estatismo ante la evolución universal, el ver todas las cosas desde un estrecho punto de vista, aconsejado por sus dogmas, es propio del sacerdocio de todas las latitudes. Hamon, al estudiar, con la claridad y magistralidad, que él acostumbra abordar los problemas científicos, en la Psicología del Militar profesional, dice, que los rasgos que le distinguen al soldado son: la violencia, la brutalidad, la carencia del sentimiento de responsabilidad, la humillación para con sus superiores y el despotismo tiránico para con sus inferiores, y la grosería. Para probar la verdad de sus aserciones incerta centenares

de ejemplos recogidos en los ejércitos alemán y francés, tenidos como modelos de perfección. La génesis de tanto sentimiento grosero y antisocial es fácil de explicarse: la milicia como toda profesión tiene un fin, á parte del medro personal, (desde ese punto de vista no queremos estudiar ahora la cuestión), el asesinato en grande, el asesinato organizado, la muerte y el homicidio consagrados por los egoísmos nacionales y por la civilización. Un fin criminal,—porque criminal es para nosotros, en todo caso, la muerte, dada por los hombres, ya sean ejecutadas las víctimas en el silencio de una selva por un ladrón, ya por la justicia en el cadalso ó ya finalmente, por un regimiento organizado y disciplinado, es perseguido por hombres de tendencias criminosas.—No puede ser ejecutado tanto hecho condenado por la moral sino por hombres cuya responsabilidad y cuyos sentimientos sociales estén en tela de juicio. A efectos dados, debe anteceder causas determinadas las cuales obran en condiciones favorables. Para que un individuo cualquiera mate ó robe es preciso que se haya determinado de cierta manera y en virtud de ciertas causas *eficientes*. A su vez, para que tal individuo sea impulsado hacia un objeto ó fines, indispensable es que pueda ser determinado, es decir, influenciado de tal ó cual manera. Un hombre verdaderamente moral, no podrá, en consecuencia, ser *impulsado ó determinado* en sentido criminal. Asimismo, para que los miembros de cierta profesión puedan ejercer actos de violencia y brutalidad, es necesario, que sobre su espíritu tengan eco ciertas causas determinantes,

esto es, que en sus conciencias repercutan fácilmente las causas de tales tendencias, ó lo que es lo mismo, que tengan facultad, predisposición, etc, para ejecutar acciones brutales y llenas de violencia.

Hemos dicho, que son propios de la milicia y del militarismo la violencia, la brutalidad etc., esta aseveración, que para algunos amantes de las glorias militares, podrá ser inadmisibile, es cierta, evidente, en tratándose de todos los ejércitos del mundo, alemanes y franceses, como japoneses ó rusos. Son tantos los casos de violencia ocurridos en el Ecuador y por otro lado, tan universalmente conocidos por todos, que no hace falta recordarlos. Los asesinatos por puro capricho, dados por sus superiores á los soldados razos, han sido frecuentes en los civilizados ejércitos de Alemania y Francia. Se registran innumerables casos de esta índole, cometidos por altos oficiales de los ejércitos nombrados, en el Africa, en el Asia, etc. Las violaciones á las mujeres, el poco respeto á la propiedad, el pillaje en toda forma son tenidos por naturales cuando los ejércitos están en campaña. Con razón,—y esto indica mucho—los campesinos de todos los países sienten verdadero horror cuando pasan por sus cercanías tropas de ejércitos. Nuestros campesinos, en las frecuentes guerras civiles, en que se ha agitado nuestra vida nacional, han abandonado sus casas para encontrar abrigo en los riscos andinos por donde no es posible que atraviesen los de la horda organizada. Lo que han hecho nuestros paisanos en los momentos de peligro han llevado á cabo

en todas las regiones de la tierra. En los tiempos de Federico II de Prusia aconteció otro tanto. ¿Qué decir en los años convulsivos de las guerras napoleónicas? Hasta hace poco —la primera administración del General Plaza— la *requisa* de caballos y mulas era cosa corriente en nuestra patria. El gobierno, ó los revolucionarios, jamás compraba ó alquilaban bestias de carga para el transporte de un punto á otro de personas y objetos de guerra. Un piquete de soldados entraban á casas ó haciendas, rompiendo cerraduras, destrozando puertas y sacaba los animales que le venía en gana. Han sido el insulto más negro á la propiedad estas requisas. En Colombia ha sucedido algo peor, cuando las tropas revolucionarias ó de gobierno llegaban á un punto cualquiera arrasaban con todo lo que existía. Si era partidario de la horda, el propietario de un fundo, tenía que dar cuanto querían sus miembros; si era enemigo, peor aún abandonaba todo en manos de los salvajes armados. Así es que, amigo ó enemigo se hallaba en el imprescindible caso de ver extinguirse el producto de esfuerzos y privaciones de largos años. En la última guerra civil de Colombia, se vieron haciendas de campos fertilísimos, sin una sola mies, ni un solo cuadrúpedo poblaba esas fértiles soledades; hasta las casas de muchas haciendas, antes de la guerra, llenas de comodidad, se habían ido al suelo por el bandalaje de la horda armada que atravesaba cual otros hunos arrasando cuanto existía.

Sabido es por todos, el bandalaje de los ejércitos de Napoleón I. Cuando éste se puso

al frente del ejército de Italia, fue mal recibido por sus inferiores; pero cuando estos bandidos — así los llama un historiador — comprendieron lo que les prometía su jefe se aplacaron y hasta lo respetaron. Después, ya sabemos los horrores cometidos en Italia por sus vencedores, los franceses, al frente de su jefe.

El drama sangriento de la violencia y brutalidad militar se ha repetido tanto, con todos los matices concebibles, que está en la memoria de todos, y ¡ay de la ciudad ó pueblo vencido! su recompensa, es su ruina y la consecuencia de esto el entrar en la más negra miseria.

Los vírgenes campos de esta exhuberante América, están fecundados por mucha sangre derramada en las matanzas criminales, matanzas que han sido para el vencedor la causa eficiente de su ascensión al poder.

A más de las tendencias arriba nombradas, encontramos al profundizar este estudio, el espíritu de casta, fecundo en iniquidades, como elocuentemente demuestra la Historia y esto es otra de las causas de los males del militarismo. Todo contribuye para hacer del militar un hombre con prerrogativas sobre los demás ciudadanos. El traje, es uno de los múltiples factores, para engendrar estas creencias absurdas de los señores de espada al cinto. Como les está prohibido, á los pacíficos ciudadanos el traje privilegiado de los militares, éstos se creen de distinta condición que los demás: sus botones dorados, los bordados y vivos relucientes producen su efecto en los cerebros absurdos de esa gente excepcional. En Alemania, el país del militarismo ilustrado

por excelencia, se les permite á los paisanos vestirse un día al año de militares. Esto indica mucho, esta costumbre no es sino la consagración de la creencia general de la superioridad militar.

Aparte del vestido, la educación sui generis que reciben, su misión política y social en la vida de los pueblos, sus ocupaciones ordinarias, sus lecturas, sus gustos, etc., etc., han hecho de ellos un grupo férreamente organizado, que se cree superiormente distinto á los demás de la nación.

En las escuelas militares les imbuyen las ideas de que se educan para una noble y difícil misión: la defensa del honor nacional, del orden legal y del mantenimiento de las instituciones adquiridas, para ser los guardianes de la civilización y el progreso ¡qué sería de la humanidad sin la horda organizada! Claro, si el fin de una institución no es laudable, sus neófitos han de buscar ficciones con que encubrir la maldad de su objeto, y la sinrazón de su existencia. Natural es que si no se encuentran bases racionales para justificar su existencia, se ha de recurrir á nombres honrosos, vacíos muchos de ellos de sentido real, á palabras que envuelven ideas elásticas y confusas. Se enseña en los planteles de preparación militar aquello que no se debe, y no se inculca la verdad: por ejemplo, que el militarismo como afirma Hammón, es una escuela del crimen, que como dice Giard, la profesión militar es una sobrevivencia de las ideas bárbaras, de las edades salvajes, que es en definitiva un vestigio patente, clarísimo del pasado.

Como el sacerdocio, el azote humano por excelencia, muchas veces el militarismo ha sido también el peor dogal de la Libertad y la justicia. Como aquél, éste se cree suficientemente acreedor á vivir parasitariamente del sudor del pueblo laborioso y productor, engañándole que es el guardián de su vida y de sus intereses. El primero le ha robado sus bienes prometiéndole, ó dándole letras de felicidad cobrables en las regiones sombrías de la vida, el militarismo ha chupado la savia económica de los ciudadanos á pretexto de ser su defensor. En realidad, ha sido en todos los tiempos su verdugo. Durante los períodos de paz, el militar con su traje llamativo, y su aire conquistador pasea por las calles de las ciudades ganando pingües sueldos y robando los dineros de la nación. Cuando llega la época en la cual deben compensar su ociosidad y pereza, y su vida llena de satisfacciones, los paisanos, aquellos individuos que hacen progresar al país con sus labores, que mantienen los caudales del Estado, son arrancados de la vida pacífica y feliz y los señores de sable, les conducen por la razón ó la fuerza á la vanguardia á defender sus vidas en aras de tanto convencionalismo miserable. El pueblo, es el que paga los platos rotos; los unos gozan en todo tiempo y los otros son los que entregan su vida y su tranquilidad. Para los militares son los triunfos y las glorias, los ascensos y las sumas de dinero; los paisanos vuelven á la monotonía de su vida miserable. ¡Qué injusticia tan grande! Si ellos son los que se *engordan* para defender el honor, ellos

y no otros deben ser los que estén en el peligro! Siempre, en toda forma, triunfando el parasitismo astuto y colocándose por encima, la explotación vergonzosa.

Como consecuencia de la vida de cuartel, ordinariamente ociosa, se producen ciertos gustos y hábitos que complementan y afianzan el espíritu de casta. La casta militar tiende al goce ilimitado del placer en todos sus matices, por esto, un escritor dice, que en el militar su deseo dominante es el placer sin límites, ni cortapizas, mientras la burguesía, tiende modestamente á la supresión del dolor. El militar le gusta gozar más de lo que merece, esto es, de lo que su trabajo le hace acreedor.

Los oficiales de todos los conquistadores y aun los de todos los ejércitos, han pasado y pasan una vida muelle y vanidosa, llena de frivolidades. A Murat le gustaba la pedrería y los penachos, las mujeres y la orgía. Los generales de Atila comían con cucharas de oro en platos del mismo metal. Todos ellos gustan de la vida faustosa; palacios hermosos, caballos elegantes y costosos, etc., etc.

Agrandando estos gustos, ó más bien, observándolos en sus resultados políticos, producen los monumentos babilónicos, los arcos de triunfo, las pirámides, las estatuas colosales, las termas gigantescas, los coliseos, etc.

En cuanto á sus lecturas, por ley de contrastes, los militares gustan de los libros amorosos, como los ricos de novelas campestres y los campesinos de ficciones grandiosas, de duendes, ladrones audaces, etc.

Todo esto por lo que toca á los rasgos distintivos de la clase militar como tal. Ahora, veamos su influencia y manifestaciones en la política, en la administración pública, en la economía y en la sociedad.

Las tendencias dictatoriales, no son privativas de los individuos que han vivido en los cuarteles ó han cargado fusil y sable. Conviene también á los pueblos y á las razas, hay pueblos y razas más ó menos dictatoriales, más ó menos demócratas: en el primer caso, están los derivados del tronco latino; en el segundo, los del anglosajón; de aquí que, los militarismos se diferencian notablemente dentro de ciertos límites, según se estudien en un grupo étnico ó en otro.

Es propio del espíritu militar la imposibilidad de su democratización; si hay gerárquicamente inferiores y superiores, si para el inferior, vale más que su vida una orden del sargento ú oficial, evidentemente, no puede existir la democracia en el ejército ¿cabrá, humanamente, igualdad, con semejante régimen? con todo esto, si estudiamos al ejército inglés, por ejemplo, hallaremos en él, menos elementos de violencia y opresión que en el francés ó italiano. Por esto viene á ser verdad, el que cada raza lleva en su constitución mental las leyes de sus destinos (1). El militarismo inglés ha causado menos males políticos que los de elementos latinos. Inglaterra ha tenido sus Cronwel y Monk pero ha carecido de los Enrique IV, Luis XIV, Napoleones y otros de la misma clase.

(1) Taine.

Cuando la suerte implacable ha querido someter á prueba á una nación, ha eligido para los altos puestos políticos á los militares, y ahí han brotado como del seno de la tierra calamidades, miserias y muertes. Las cuestiones políticas, por su naturaleza misma, han menester de espíritus cnerdos y ajenos á la violencia brutal, de aquí que, genios militares como Napoleón sean malos políticos.

Las consecuencias del espíritu militar son desastrosas para la economía. Sin contar las guerras que precipitan á las naciones, á su ruina y desventura, el despilfarro que constituye la conservación de tanto zángano y parásito y el mal ejemplo que dan con su vida licenciosa á los individuos laboriosos, son ya suficientes motivos para condenar al parasitismo organizado y disciplinado.

Socialmente, también engendra males; la desigualdad propia de la gerarquía militar, la influencia perniciosa de costumbres y hábitos, ajenos á todo principio de moral, etc., no son modelos para una correcta organización social.

Cabrá dentro del sistema militar, administración racional, dados los rasgos distintivos de sus miembros, sin sentimientos de responsabilidad y llenos de violencia?... .

LO QUE CUESTA EL MILITARISMO A LAS NACIONES

FANGE, dice: «si se pudiera poseer el conocimiento sobre la esencia y dirección del átomo, el hombre sería omnisciente, sería un Dios». Todo estaría subordinado á su sabiduría infinita, como á la de la *ficción* de todas las teogonías: lo pasado, lo presente y el futuro, velado para nosotros por el misterio insondable. Los sentidos humanos leerían el alma que se esconde detrás del lenguaje. Yo digo, si la humanidad, desde que salió del caos de su existencia inconsciente y salvaje, desde que brilló en su cerebro confusamente la luz de la razón, en su manifestación más simple, hubiera anotado en la corteza de los árboles, pobladores de la selva inmensa y virgen—los dolores y miserias causadas por las luchas sangrientas, generadas por el espíritu militar—*acaso necesario en la vida humana como en todo*, se hubiera iniciado, ya el período de la paz universal y perdurable, ó la humanidad, en un arrebató de despecho se hubiera arrojado en brazos del suicidio exterminador, como último recurso á sus males.

Los males, como ya dijimos, pierden la fuerza de su influencia sobre nosotros, cuando

nos separan de ellos, el tiempo ó la distancia, por eso, las guerras sangrientas, producto ó expresión natural del militarismo, que diezmó á los pueblos del viejo mundo en los pasados siglos y aún en el nuestro, se nos pasan frecuentemente desapercibidas. Sin embargo, un medio existe para estudiar, como en conjunto, los resultados tenebrosos y tristes del militarismo: el estudio estadístico en sus consecuencias económicas. No podemos decir, porque nos es imposible calcular, desde que no hay una ley conocida y precisa del progreso humano, en qué estado de cultura, de moralidad y de saber se encontraría el género humano de no haber existido las guerras y el militarismo. No podemos encontrar matemáticamente los elementos de la ecuación *Progreso*. Estas materias se sustraen á toda investigación. Pero, si al hombre no le es dable conocer *esto* ó más bien recordar estos problemas; sí, puede acercarse mediante un cálculo estadístico, á la apreciación de los males determinados por el militarismo y traducidos en riqueza ó en dinero.

No hay elocuencia mayor, ni argumentación más convincente como la que suministran los números con sus frías é inflexibles demostraciones. Si las ciencias todas, pudiesen valerse de las matemáticas en toda su amplitud ya se habrían resuelto muchos problemas, que ante la ciencia pasan como insondables. Desgraciadamente, la aparición de la estadística data de una fecha reciente y los hombres de las edades pasadas, no nos han dejado ningún cálculo apreciable en la mayoría de las ma-

nifestaciones del espíritu humano. Si los capitanes y conquistadores se hubieran preocupado de dejarnos el costo de sus expediciones de bandolerismo, ya tendríamos lo bastante para rehacer la Historia de los siglos, sobre bases ciertas y racionales; por otra parte, esos factores serían suficientes pruebas para que todos se convengan de los males sin número, de que es causa el espíritu militar en las naciones. La carencia absoluta de datos sobre el costo de las guerras de los pasados siglos, hace que los hombres no crean sino después de serias investigaciones en la veracidad que encierra, el afirmar que el militarismo es un conjunto de males de todo género. Si no nos es posible, dados los conocimientos históricos actuales, reducir á números los despilfarros humanos realizados al devorarse en los campos de batalla, por lo menos, deseamos repetir ciertos cálculos sobre el costo de las guerras hechas por distinguidos pensadores.

Con todo de que nosotros, en el curso de este trabajo, no hemos querido entrar en la consideración del militarismo, en todas sus fases; sino en un aspecto tan sólo — la corrupción política militar sud americana— vamos á repetir algunos números escritos ya por otras personas, agregando á ellos, muy poco de nuestra propia cosecha. Es tan difícil calcular acertadamente el precio ó costo de las guerras civiles ecuatorianas, en 100 años que lleva de vida independiente, que no intentamos siquiera. Felizmente las verdades pueden ser demostradas por semejanza, y al demostrar el precio de las locuras humanas de otros pueblos y siglos,

habremos demostrado también el de nuestros desvaríos y desaciertos.

Entremos en materia.

Los males económicos del militarismo como todos los males, ó más bien, para hablar con más propiedad, las pérdidas causadas por él son directas, é indirectas. Pueden ser también consideradas como indirectas las pérdidas del provecho que impiden las guerras realizar, y por último, lo que en Economía se llama *repercusión*, es decir, el hecho de no producir el *interés compuesto*, por así decirlo, del bienestar que impide gozar; ya que el capital produce capital, y el bienestar, consecuencia de la holgura económica de las sociedades, da mayores bríos, deja que el espíritu humano despliegue sus alas y emprenda en una obra que lo dé por resultado una mayor suma de bienestar.

¿Cuáles son, pues, las pérdidas directas del espíritu militar en las naciones? Evidentemente, aquellos gastos hechos por los grupos de beligerantes para emprender y conseguir sus fines faustuosos (regularmente estos fines son de conquista). ¿Qué cantidad de dinero han gastado las naciones, gracias á su idolatría de guerrear? Dicha cantidad, de poderse expresar á ciencia cierta sería fabulosa y la imaginación difícilmente se atrevería á figurarse ¿qué cantidad de oro echaron al mar, los conquistadores, egipcios, asirios, babilónicos, griegos y romanos, en la antigüedad?... ¿Cuántos montes de oro despilfarraron los barones feudales, que se mataban como fieras en las sombras de esa larga noche llamada

Edad Media? Ni de la edad antigua, ni de la Media, y con certeza, ni de la Moderna tenemos datos verdaderamente seguros sobre tan importante cuestión.

Alemania con sus 65 millones de habitantes sostiene 650.000 soldados en pie de paz y 4 millones en pie de guerra. Su flota le cuesta anualmente \$ 110 millones ó algo más y es tripulada por 60.000 hombres. Francia con sus 39 millones de habitantes soporta 500.000 soldados en pie de paz, y 3'500.000 en pie de guerra; su flota le quiere decir 160 millones. En suma, Francia gasta, por año \$ 350 millones, y Alemania, 290 millones (1) — datos sacados de una revista londinense, de Enero de 1912.

Inglaterra en 1893 gastaba \$ 500 millones en su ejército, el que constaba de 200.000 hombres, y en su marina poderosa 400 millones. El sostenimiento de un batallón inglés le cuesta á la nación sumas ingentes, tanto que, Gladstone en 1870 abolió el sistema abusivo de dar los altos grados militares á los nobles y ricos, fundándose en que dicho sistema era muy dispendioso para la nación.

Novicow, dice:

«Intentemos una evaluación de las pérdidas causadas por el espíritu de conquista, por lo menos desde la guerra de los treinta años. Procederemos por analogía. Desde 1700 á 1815, Inglaterra gastó 175 millones de frs., al año para la guerra. Supongamos que los gastos

(1). Alemania tendrá en pie de paz 806 mil soldados, in contar los oficiales, en el año de 1913.

de las otras grandes potencias, Alemania (inclusive Prusia), Austria, España, Francia y Rusia, hayan sido análogos. Esto baría (sin contar los pequeños Estados, como Saboya, Venecia etc). 1.050 millones para Europa entera. Como la guerra no costaba tan cara á Rusia, ni á Prusia, como á Inglaterra, disminuylamos, esta cifra en una cuarta parte. Esto hace para el período de 1700 á 1815, un gasto anual de 787.500.000 francos, y un gasto total de 90.562 500000 francos. Evalúemos los gastos de las guerras del siglo XVII en una suma inferior todavía, calculemos solamente en 500 millones al año para toda Europa. Esto hace, sin embargo, 41.000 millones, ó sea, para el período entero de 1618 á 1815, 131.562'500.000».

«Tenemos datos más ciertos para el siglo XIX. Las guerras de Crimea, de Italia, de Holstein, de América, y de 1866 costaron 46.830 millones. La guerra de Francia costó 15.000 millones, por lo menos. La de 1877, por lo menos, 4.000 millones. Añadamos 3.000, que es bien poco para la guerra de la independencia de Grecia, para las expediciones francesas y austriacas á España y á Nápoles, para la guerra de Polonia, en 1830, para la guerra turca-rusa de 1828-29 y, en fin, para las guerras, de 1848. Llegamos ya á un total de 68.830 millones. Ninguna de las campañas extra europeas está comprendida en esta cifra: la guerra entre Rusia y Persia, en 1827, la de Mehemet - Alí contra los turcos, la lucha contra los montañeses del Cáucaso y los Arabes de Argelia, la campaña de

los ingleses en el Afghánistán etc. Acerca de esto carecemos de datos en lo absoluto. Contando solamente, aquellas de las que hemos podido obtener algún conocimiento, tenemos para el período de 1618 á 1880—200.392 millones de francos». Estas cantidades han sido pagadas por los impuestos europeos.

Todos los datos anteriormente citados se refieren á los gastos directos de las guerras, ahora bien, hay que agregar el costo de los ejércitos, el precio de la paz armada, terrible flajelo, como dice un autor, heredado á la guerra franco prusiana del 70, Manuel Ugurte, afirma que Europa sostiene en dicha virtud 9 millones de hombres, y 400 acorazados.

Una revista inglesa, al empezar la guerra balcánica (1912) y después de quejarse de la sombría situación de Europa, trae los siguientes datos sobre lo que cuesta al viejo mundo su locura de armarse hasta los dientes. HeLa aquí:

Para apreciar bien la situación en toda su gravedad, basta comparar las estadísticas de los armamentos europeos de hoy con los de 1889, por ejemplo, es decir, antes de las guerras del Africa del Sur, de Manchuria y de los Balkanes. Las cifras relativas á los gastos militares son las siguientes, aproximadamente, en millones de libras esterlinas:

	Antes de 1900	Ahora
Gran Bretaña.	19	28.
Alemania.	30	42
Francia.	25	37
Rusia.	50	56
Austria-Hungría.	12	16
Italia.	11	17
Total.....	147	196

Tenemos, pues, que aquellos gastos son en la actualidad superiores en cuarenta y nueve millones de libras esterlinas a los de fines del siglo pasado.

Veamos los gastos navales, también en millones de libras esterlinas:

	Antes de 1900	Ahora
Gran Bretaña.	24	44
Alemania.	6	22
Francia.	12	17
Rusia.	9	18
Austria-Hungría.	2	6
Italia.	5	9
Total.	58	118

El aumento en los gastos navales es, como se ve, de sesenta millones de libras esterlinas, es decir, que el costo de las seis, grandes escuadras europeas ha doblado en 14 años.

Considerados juntos los ejércitos y las escuadras, tenemos las siguientes cifras en millones de libras esterlinas:

	Antes de 1900	Ahora
Ejércitos.	147	196
Escuadras.	58	118
Total.	205	314

El aumento total parece ser de más de cien millones de libras, ó sea más del cincuenta por ciento.

Veamos ahora las deudas de las seis grandes potencias cristianas de Europa, siempre en millones de libras:

	Antes de 1900	Ahora
Gran Bretaña.	654	685
Alemania.	105	270
Francia.	1.200	1.301
Rusia.	715	957
Austria-Hungría.	555	732
Italia.	516	533
Total.	3.725	4.498

Es decir que, la deuda de estas seis grandes potencias, ha aumentado en 773 millones de libras esterlinas en catorce años, á despecho de los enormes pagos de la deuda de la guerra del Africa del Sur hechos por la Gran Bretaña.

Al 3 por ciento—para calcular un interés barato—esas deudas exigen las siguientes sumas para su servicio:

	Millones de libras.
Antes de 1900.	111
Ahora.	145
Aumento.	34

Algunos de esos millones de libras esterlinas han sido empleados en la construcción de ferrocarriles; pero solamente la deuda rusa de la guerra con el Japón ascendió á doscientos millones y la deuda imperial alemana ha subido, en doce años de paz, de 105 á 277 millones de libras.

Tenemos, pues, en conclusión, que las guerras pasadas y las futuras imponen á las seis grandes potencias cristianas de Europa los siguientes gastos al año, en millones de libras:

Ejércitos.	196
Armadas.	118
Deudas.	145
Total	459

Las cifras son por sí solas lo suficientemente elocuentes para requerir mayores comentarios.

Las pérdidas directas ó indirectas, sólo para Europa, en los dos últimos siglos calcula nuestro autor (Novicow) en 400.784 millones y 40 millones de hombres. Algunos autores calculan en 20 mil millones por siglo las guerras de las centurias XIV XVIII-XIX.

Para convencerse de ésto, basta saberse, que una *mos ó mex* de los oficiales de un Regimiento inglés tenía, antes de 1830, solamente en vajilla el valor de 100.000 frs.

Ahora bien, después de haber citado tantos datos relativos al militarismo europeo, debemos dar algunos, acerca del asqueroso mi-

litarismo sud americano, ó por lo menos, siquiera nacional. Desgraciadamente, no hemos hallado fuentes á propósito para satisfacer nuestro deseo, y aquí nos encuentra el lector ignorantes de materia tan importante, importante sobre todo, por tratarse de nuestra Patria, sobre la cual debíamos saber siquiera lo indispensable. Ignoramos el precio de tantas guerras civiles habidas en suelo ecuatoriano; y, de las de carácter internacional, tampoco sabemos cuantos millones de sueros han gastado gobiernos y revolucionarios, menos podremos dar razón, ni aproximativamente, de las pérdidas indirectas causadas por las mismas y por tres guerras internacionales. Nos limitamos á dar un cálculo aproximativo, de lo que le cuesta al Ecuador la corrupción en el sistema de ascensos, exponiendo el número de oficiales con que cuenta el escalafón militar ecuatoriano. Existen 3.546 oficiales divididos así.

Oficiales generales 74	{	Generales	17
		Coroneles efectivos	29
		» graduados	28
Oficiales superiores 938	{	Tenientes coroneles efectivos	355
		» graduados	87
		Sargentos mayores efectivos	313
		» » graduados	178
Oficiales inferiores 2534	{	Capitanes efectivos	575
		» graduados	266
		Tenientes efectivos	692
		Subtenientes	1001

Total 3.546 (1).

(1). Memoria de Guerra de 1910.

3.546 oficiales para un ejército efectivo, que no pasa de 6.000 en pie de paz y de 60.000 en pie de guerra. Indican por sí solos estas cifras la pésima organización del ejército ecuatoriano, por su falta de lealtad, por su ignorancia proverbial, etc., etc.

El Ecuador gasta al rededor de 4 millones con un presupuesto de \$18 millones de entradas fiscales, es decir, casi la cuarta parte de la riqueza del Estado (1).

Chile para 1912 debía sostener en pie de paz 27.000 soldados, los cuales le cuestan 10 millones de sueros, y Chile es una nación que, dadas sus fuerzas económicas y dada su población no puede holgadamente sostener tantos soldados. De aquí que, muchos escritores creen que la prosperidad chilena está amenazada seriamente, por cuanto son más terribles las consecuencias político-sociales de ciertos males en naciones jóvenes, pobres y despobladas, que en países viejos, ricos y de mayor densidad demográfica.

En cambio en toda Norte América, más sensatos y más pacíficos, sostienen solamente 114.553 soldados (EE. UU., Méjico y el Canadá) ó sea un soldado por 700 habitantes, mientras Europa tiene uno por 108, de un modo general.

Alemania tiene 1^o/_o sin contar los de la armada. Francia 1,50^o/_o, Chile 09^o/_o, Ecuador 0,4^o/_o, si admitimos que tenga 2 millones de habitantes.

(1). Con la ley de planta y sueldos que debe regir desde 1913, en la cual se aumentan los sueldos á soldados y oficiales debe haberse aumentado el presupuesto militar, enormemente.

Hemos visto ligeramente,—como la naturaleza del asunto lo ha permitido—el precio ó costo aproximativo de algunas guerras y del sostenimiento de dos ó tres ejércitos. Ahora, nos tocaría estudiar, si dispusiéramos de otra clase de datos de los que disponemos, el valor de las pérdidas indirectas causadas por el militarismo. Las cifras que representen el valor de esas pérdidas son absolutamente incalculables, por las dificultades con que se tropieza, por las sumas que representan, etc. No podemos pues avaluar en dinero, ni las pérdidas indirectas, ni las provenientes del *lucro cesante* social, menos de los beneficios á que hubiere dado lugar el bienestar nacido de la paz, del trabajo fecundo y bendito.

Con todo, queremos apuntar algunas cifras que las tenemos á la vista. Un autor sostiene que los hombres muertos en las guerras alcanzan á 12.000, millones, fabulosa cifra ciertamente, también otro dice, que se han gastado en guerras 40.000 millones de pesos oro durante el siglo XIX y 300.000 millones, durante los anteriores ¿Qué certidumbre tienen estas aseveraciones? No lo sabemos. Algunos calculan en 4 millones de hombres los muertos en las guerras napoleónicas.

De 1110 á 1815 (705 años) sostuvieron una contra otra 272 guerras entre Francia é Inglaterra (1). Cifra elocuente para probar los absurdos á que llega el hombre cuando está animado por ideas erróneas. Lord Arebury

(1) Novicow.

decía en 1907: «Sombrio es el porvenir de Europa, mientras en los EE. UU. hay apenas 107.000 en el ejército y la marina, con un gasto anual de 40 millones de esterlinas. Europa sostiene á 4 millones y gasta en el mismo período de tiempo 250 millones de la misma moneda; los unos desarrollan sin trabas aduaneras, su comercio en una área tan grande como Europa, ésta tiene mil obstáculos en su difícil progreso».

Bien, si resultan ser incalculable por múltiples razones las pérdidas indirectamente producidas por el Militarismo, podemos agregar algunas consideraciones y cifras que ayude para formarse una idea más ó menos aproximada de las pérdidas indirectas y reales. La guerra de los 30 años, hizo perder solamente á Alemania la tercera parte de su población, es decir, 6 millones de hombres (1). Imagínese el progreso que se hubiera podido alcanzar en todas las esferas de la actividad humana con los esfuerzos de esos 6 millones de individuos y con los de sus descendientes, encaminados al mejoramiento general? Por una parte, esto, después, si analizamos todos los aspectos de las consecuencias de este terrible flajelo, llamado guerra de los 30 años, encontraremos que el curso del desenvolvimiento de las energías de los europeos se suspendió. Los Estados beligerantes vieron disminuir sus rentas, los individuos sintieron el hambre matadora, las fuentes de riqueza se secaron, el trabajo

(1) Novicow.

mismo, no tenía valor; cesaban de cultivarse los campos, de fabricarse objetos necesarios para la vida, las transacciones disminuían notablemente. En suma, retrocedían las sociedades que se hallaban condenadas á sufrir la influencia funesta de esa terrible guerra.

La guerra de secesión de Norte América costó á ambos bandos 35.000 millones de francos, esto es, los tesoros de las dos confederaciones desaholzaron dicha cantidad. Esto, sin contar las pérdidas indirectas, malas cosechas, paralización del movimiento industrial y comercial etc., que representaría indudablemente igual cantidad. Solo Sherman, dice Novicow, en su marcha de Atlanta á Savannah, destruyó propiedades por valor de 42.000 millones de francos. La escasez de algodón á causa de la guerra hizo perder á la gran Bretaña cosa de 2.400 millones de francos. Agréguese á todo esto, la suma de bienestar que sustrae una guerra, calculable también en dinero, y las consecuencias benéficas para el progreso muertas antes de existir, que nacen del bienestar y de la paz. Téngase presente las repeticiones mil, que tiene todo fenómeno perturbador en el mundo económico y ya se formará una idea vaga, pero terriblemente afflictiva de las pérdidas indirectas causadas por el Militarismo.

En Sud América, acaso, las pérdidas indirectas son mayores que las de los países más adelantados, por cuanto, organismos débiles han menester de mejores condiciones de paz y de progreso. Si una enfermedad ataca á un individuo fuerte, éste se restablece pronto y fácilmente; en cambio, si la víctima es un indi-

dividuo raquífico se tardará mayor tiempo y tendrá que vencer mayores obstáculos para volver á su estado anterior.

En la conciencia de todos los ecuatorianos está, que la falta de paz, y el exceso de guerras son una de las causas principalísimas de nuestro atraso, en el comercio, en la industria, etc.

¿Cuántos hombres han perdido su vida, por la ambición de unos cuantos pícaros salteadores en las encrucijadas de la política desvergonzada de nuestra República? De miles de brazos se priva el Ecuador hoy día, por la escasez de pobladores (1). Ahora bien, después de tantos males directamente producidos por las guerras civiles, se levanta el hambre, la desolación en los hogares, la desmoralización y el aumento en la criminalidad como lo ha demostrado el Dr. Manuel M. Sánchez, la disminución de las transacciones, la paralización del movimiento en todas las esferas de la economía nacional, el descrédito en el exterior, el menosprecio por las leyes, etc., etc. Largo sería enumerar todas las desastrosas consecuencias producidas por el militarismo nacional (2).

(1). Desde 1895 hasta la fecha se calcula, á ojo de buen cubero, en 16.000 los muertos en los campos de batalla.

(2). En prensa este trabajo llegó á nuestra noticia, que Italia en los primeros tres meses de la guerra contra Turquía, ha gastado más de 540 millones de liras en movilización del ejército de tierra y de mar, sin contar con la merma del comercio, industria, ni tampoco las pérdidas directas ó indirectas, ya sentidas en el mismo período de tiempo, con todo lo cual, alcanza á mil millones de liras.

REFORMAS QUE NECESITAMOS, MODOS DE COMBATIR EL MILITARISMO

HASTA aquí hemos condenado sistemas y tendencias, doctrinas y hechos, gobiernos y grupos políticos; hemos destruido, hemos hecho obra demoledora; tócanos construir, esto es, indicar remedios, exponer reformas posibles de realizarlas. Los autores que, como muchos socialistas y anarquistas condenan teorías, costumbres y hábitos, prejuicios y vicios sociales no merecen nuestro respeto. Fácil es destruir: Omar, con una orden destruyó la biblioteca de Alejandría que guardaba, como arca santa, los tesoros de siglos elaborados por el genio humano. Nerón en un arrebató de su caprichosa locura, incendia Roma: producto de infinidad de esfuerzos, desplegados por los hombres más audaces durante siglos. ¡Cuántas energías ha menester para reedificar las ruinas de un incendio ó de un brusco é instantáneo sacudimiento terrestre? Así es la naturaleza de las cosas: difícil de hacer algo y muy fácil, estremadamente sencillo, destruir lo hecho. Con cuanta facilidad, esa enemiga implacable del progreso llamada Iglesia Católica, ha destruído los productos más estimables del pensamiento humano, hechos á fuerza de paciencia y con

chispazos de genio! La humanidad ignora mucho de todo aquello, que el papado arrojó á las llamas, impulsado por una intransigencia salvaje é inhumana ; Qué tesoros se han hundido en la nada, con ese procedimientol Aca-so, hubieran aumentado la luz para que la humanidad en la obscuridad de su tortuoso camino, no se equivoque tanto y no llegue á tantos ensayos nugatorios en la práctica. Con medios tan sencillos el Vaticano estrechó los límites del conocimiento humano á fuerza de esconder unas veces, destruir otras, las obras inmortales de las civilizaciones brillantes de otros tiempos. Víctor Hugo y con él muchos pensadores se lamentan la pérdida de la mayor parte de las obras del gran Esquilo, de ese Schakespeare de la antigüedad ; Quién sabe, que esfuerzos necesitó para que se prive de la riqueza de sus 97 obras inmortales! Debe haber sido muy pequeño.

Nosotros, creemos que al proceso de crítica, debe suceder el de enseñanza; al de demolición el de reconstrucción, en suma, al de desintegración, ya sea social, individual ó material debe seguir el de integración, acompañado con todos los matices de mejoramiento, siquiera sea relativo. Si hemos censurado el fondo de nuestra organización social y política, si hemos señalado, así sea brevemente, las enfermedades de difícil curación de que padece nuestra subjetividad nacional, también creemos de nuestro deber indicar lo que en nuestro leal entender admitimos como remedios para su curación.

Los médicos, al diagnosticar una enfermedad no se limitan á señalar los caracteres de ella, su misión es más humana; tienden á combatirla con todos los medios conocidos.

El escritor que estudia á la sociedad, no debe limitarse á señalar sus vicios, debilidades y errores; su deber se eleva á contribuir al mejoramiento del grupo, materia de su estudio, con todas las fuerzas y medios de que disponga.

Entre los muchos remedios que existen para contrarrestar la acción de fuerzas disociadoras de nuestra nacionalidad, encontramos los siguientes: civilismo para la organización y funcionamiento políticos; parlamentarismo para la organización y funcionamiento legislativo y político, y educación é inmigración con los mismos objetos, para la sociedad considerada en sí misma.

Tratar de un modo amplio y profundo de la parte *positiva*—así le llamamos á ésta—sería estudiar todos los problemas que se rozan con la transformación de la vida, en las especies y en los individuos. Esto, estaría bien en una obra de Sociología, como también en este estudio, que participa, desde luego, de ese carácter, si no se apartara de nuestro propósito por salirse de su objeto y de sus estrechos límites. No por esta razón, nos privaremos de apuntar ciertos breves conceptos sobre las influencias en las modificaciones de la *morfología biológica humana*.

El gran psicólogo Fouillée, reconoce cuatro factores de decidida influencia en las sociedades: la herencia, la imitación, la educación y la adaptación.

La existencia de estos factores es inegable y gruesos volúmenes están consagrados á su estudio. Unos dan inmensa preeminencia á algunos de estos cuatro factores subordinándolos á los demás. Para Tarde la imitación juega el papel más importante en la evolución humana (1); para los discípulos de Darwin lo principal es la adaptación. Otros, en fin, dan la preeminencia á la herencia y al atavismo, ó á la educación. No queremos analizar el valor científico que pueden tener cada una de estas tendencias; pero sí diremos de paso, que esta cuádruple división del sabio francés no llena las exigencias de la ciencia. No sólo los cuatro factores nombrados, ejercen su influjo en el hombre: el medio físico, las cualidades étnicas, subsisten con sus resultados, según lo han proclamado varios sociólogos. Más científica y lógica nos parece á nosotros, la clasificación del ilustre sociólogo peruano Sr. Cornejo. Dicho profesor admite, como varios otros sabios, tres clases de factores: factores físicos; (territorio, clima, abundancia ó escasez de animales ó vegetales, altitud, etc., etc.) factores biológicos (raza, herencia) y sociales ó sociológicos, que en su acepción más general, constituye la educación, etc. Como se ve, en esta división universalmente aceptada, están comprendidos los factores que reconoce Foullièdè.

(1) El ilustre autor de las «Leyes de la imitación» dice: «la repetición es la ley universal: en física y en astronomía se llama *ondulación*, en Biología *herencia* y en Sociología *imitación*».

Muchos ejemplos podríamos citar, á fin de que ellos patenticen la acción clara y comprensible de la influencia de los factores físicos. En la isla de Malta, dicen los antiguos griegos, los perros y los elefantes enpequeñecen; se vió un elefante de 75 centímetros de alto. Los europeos cuando bajan á los trópicos varían de color y esto se afianza con el tiempo y la herencia. En Nubia hay árabes negros. La influencia del clima es inegable ¡Cuántas transformaciones perceptibles sufre un serrano en nuestra costa!

Respecto á los factores biológicos nadie puede negar su existencia. La herencia, con su cúmulo de problemas que permancen en el más hondo misterio, muchos de ellos objeto de hipótesis más ó menos probables, juega un principalísimo papel en la Biología humana. Junto á la herencia está el atavismo, si bien de menor trascendencia.

Cuanto á todo aquello que dice relación con las influencias sociales, todo el mundo, á la menor observación de sí mismo, se verá influenciado en consonancia con los agentes sociales y, sus pensamientos, sentimientos y acciones, responderán guardando cierto paralelismo con los estímulos externos.

Tratar de averiguar la preeminencia de estas tres clases de agentes, nos parece harto ocioso, dada la naturaleza de nuestro estudio. Basta recordar, que en el terreno histórico la preponderancia de los factores físicos, cuyo principal corifeo fue Montesquieu fue sustituida por la de los biológicos. Ante la dificultad de ver tangibles transformaciones en las especies, el espíritu científico se inclinó á la

creencia, de que todo dependía de los elementos étnicos. Para esta escuela un pueblo lleva en su constitución íntima, como algo inmutable, su propio destino, sin ser susceptible de influencias de otro orden. Que existe inmensa importancia, para la historia de una sociedad, en las condiciones de su raza, es innegable. Pero, claro es que, es susceptible de cambios cuando actúan determinados factores. Nada es inmutable en el Universo. Todo varía, todo se mueve y la vida no es otra cosa que un eterno devenir, un *eterno llegar a ser*, como dice Cornejo. Las razas tienen en su constitución étnica, dentro de ciertos límites, sus propios destinos. Ella hace de un pueblo como el inglés, el pueblo del comercio y de la industria. Lo que debe profundizar la Sociología es la etiología de la formación de los grupos étnicos. ¿Por qué se formaron las razas con ciertas tendencias y aptitudes? ¿Qué factores contribuyeron á ello? ¿En qué circunstancias y condiciones se produjeron? ¿Cómo será posible, que el hombre varíe conscientemente sus rasgos nacidos de una subjetividad?... Por último, en el hecho mismo de esta variación ¿Cuál es el proceso misterioso de la generación de las razas?

Expuesto por demás brevemente todo esto, nos toca á nosotros hablar de los factores ó causas que, según nuestro entender, contribuyen á dar cierta dirección benéfica á la colectividad cenatoria.

No entraremos á estudiar sino el civilismo, el parlamentarismo, la educación y la inmigración. Tomamos, indistintamente, lo que cree-

mos que contribuirá al inmediato mejoramiento patrio, de un modo eficaz, en el hogar, en la sociedad, y en el Estado (1). Un estudio *positivo*, completo, es decir, de reformas y mejoramientos no nos hemos resuelto hacerlos, tan difíciles y no hacen falta tantos elementos que nos obligan, solamente á espigar, por así decirlo, en este vastísimo campo. Sin sujetarnos á un método rigurosamente científico, trataremos de aquello que nos parece de inmediata ejecución, y lo que más de bulto se presenta ante todos.

(1) En un estudio que tenemos en mientes (Ensayo de Sociología ecuatoriana) nos proponemos tratar más amplia y profundamente las cuestiones que se relacionan con tan áridos problemas.

EL CIVILISMO

Los hábitos militares, son opuestos á los caracteres del buen administrador.

COLMEIRO

FENTENDEMOS nosotros, en el presente caso, por civilismo á aquella forma de actuación política, en que el ejército, desempeña su papel, independientemente de toda influencia de política perniciosa, dentro de los límites fijados por la justicia y la civilización, y en que, los grupos de hombres, preparados por la administración del Estado, deciden y encaminan á la República hacia fines nobles y elevados. El civilismo es el triunfo, de los hombres honrados civiles en el ejercicio del poder, sobre las pretensiones absurdas del soldado. El civilismo levanta á los puestos elevados, desde los cuales se dirige á la nación hacia su gloria y felicidad, á las personas dignas de ellos, por sus merecimientos y carácter inquebrantable. Significa, el civilismo, respeto á las leyes y á la opinión pública, porque los atentados del despotismo militar, se embotan ante el escudo del deber y decoro de los altos mandatarios y, progreso y civilización, porque los políticos de verdad —y estos han sido siempre civiles—son los ver-

daderos encausadores de los pueblos en el camino del perfeccionamiento, son los directores de la actividad nacional hacia fines altos y remotos, son los factores del porvenir nacional; ellos son quienes empujan la inmensa máquina social, llena de fuerzas misteriosas é incalculables hacia objetos definidos y útiles para todos los asociados. Por esto Emerson, Carlyle, Hugo y mil otros autores reducen la historia humana á una exteriorización del alma inmensa de los héroes. Finalmente, el civilismo es el triunfo del mérito sobre la ignorancia presuntuosa, y el brillo de los verdaderos intereses de la nación y no de una clase.

Cuando los Estados han sido gobernados por militares, así hayan sido genios, nunca han cumplido con su verdadero destino. Napoleón, genio de la guerra, fue mal político, y solamente por mal político precipitó su ruina. Si el emperador de los franceses, siguiendo el curso de los hechos, que hubiera seguido un político de verdad después de Tilsit, hubiera cumplido fielmente, el compromiso contraído con Alejandro I, tal vez, el reparto del mundo, hubiera sido un hecho.

Los países que han tenido la desgracia, de ser gobernados principalmente por militares, no ocupan el puesto que aquellos otros en que sus gobiernos los han formado hombres concedores de la administración pública. Ahí está, como comprobación de esto, Francia, España y los débiles pueblos latino americanos. ¿Qué ha sacado en definitiva, Francia con sus napoleones? Debilitar las fuerzas de la gran nación y estrechar los límites de su territorio, no

sin contar con una serie de males. Pérdidas de colonias, menor importancia económica que otros pueblos, etc. Inglaterra, en cambio, siempre ha tenido buenos políticos, y tal vez militares mediocres, y con buenos políticos y medianos militares ha construido el edificio más grande, en lo político y económico, que hayan visto los siglos. Ni Cronwell, ni Monck pueden compararse, militarmente, á cualquiera de los sediciosos franceses; pero la Vieja Albión ha tenido la suerte de vencer al genio con su Welington y de ver regidos sus destinos por los Pitt, Peel, Palmerston, Gladstone, Chamberlaine, Disraeli, etc.

Si Alemania permanece enhiesta sobre la base de una organización eminentemente militar, es porque ha sabido combinar con un arte admirable, su militarismo con la política, vinculado con los intereses del pueblo alemán y con todo, jamás puede sentirse el bienestar, ni la sólida organización económica como en Inglaterra. A pesar, de todo esto, si entramos al fondo de la investigación en el resurgimiento alemán, en él hallaríamos, fuerzas y acciones, que nada tienen que ver con el militarismo. La influencia de sus escritores de principios del siglo XIX, como Schiller, Fichte, Hegel, etc., el levantamiento del espíritu nacional por largos siglos adormecido, etc. La guerra misma del 70, elevado exponente del poderío prusiano, fue preparada, al decir de varios sociólogos por los maestros de escuela. Bismark, es el tipo del político de nuestros dias, él es quien toma en sus manos los hilos que dirigen los esfuerzos y energías de un

gran pueblo, y lo empuja hacia una prosperidad grandiosa, hacia fines inmensos. Bismark, no se limitó á organizar un ejército vencedor, ól preparó y organizó á sus conciudadanos para grandes destinos. La industria germánica tomó un vuelo inusitado y sorprendente, hasta hacer preocuparse á los fríos y calculadores ingleses, siempre dueños del mar y del comercio mundial.

En nuestro continente, á parte de las cualidades de raza, los Estados Unidos, han carecido de buenos militares. Su libertador Washington hubiera sido, un mal teniente de nuestro Bolívar y con todo, desde el origen, allá en el Norte reina la cordura y el acierto, la economía y la moral política, y entre nosotros, el despotismo y la dictadura, la imprevisión y el despillarro. Washington en una de sus expediciones lloraba tiernamente, ante las calamidades de sus soldados y estuvo á punto de renunciar el comando en jefe. Sí, pero, este mismo Washington admirable previsor, y hombre de buen sentido, sienta las bases para organizar uno de los pueblos más poderosos de la tierra y cuando puede trepidar su civismo elevado, tiene la cordura de renunciar la tercera presidencia para evitar recelos y discordias, y ahí está este ejemplo como ley inapelable para todo ambicioso que trata de eternizarse en el poder.

Uno de los medios de contrarrestar la acción matadora y secular del militarismo nacional, sería, pues, la formación de un partido civilista, eminentemente civilista, que respetando los derechos y la acción de que está en-

cargado el ejército, vele por los intereses de la nación y no de un grupo determinado. Con esto, no queremos quitar la actuación que debe desempeñar el ejército: guardar los derechos y el honor nacionales; pero sí queremos que ellos, no tomen parte alguna, ni directa ni indirectamente, en la administración pública.

Por esta y varias razones más, sostenemos ó insinuamos aquí, que se reforme la Constitución de la República, prohibiendo expresamente el que pueda ser presidente de ella un individuo que pertenezca á la milicia. En nuestro concepto, ni los ministros de la guerra deben ser militares, pero en fin, puede en cierta manera admitirse.

Baquedano, vencedor en una lucha empeñada y cruentísima, tiene la gloria de rechazar la candidatura á la presidencia de Chile, y hace, en mi concepto, más que haber vencido al Perú y Bolivia. Entre nosotros, sofoca un *generabillo* una guerra civil y allí lo tenemos de pretenso presidente ¡Desgraciados de nosotros!

Si la ley y la opinión pública, fuertemente sentidas, rechazasen la posibilidad segura, de que un militar pueda gobernarnos habríamos muerto al militarismo.

Cierto, por otra parte, que el civilismo conduce ó puede conducir á la burocracia rutinaria ó indecisa, y caer, Bizancio á los golpes de Mahomed, gracias á la dialéctica de sus sofistas. Cierto, que es un mal ¿Pero hay algo absolutamente bueno en lo que es producto del hombre? yo, por mi parte, prefiero, el funcionarismo burocrático al milita-

rismo insolente y brutal y á esa otra burocracia clerical. Prefiero los 500.000 funcionarios, que debilitan á la Francia, á los 650.000 soldados que matan su porvenir y su fortuna. ¿Qué consecuencias trae á los pueblos el militarismo con sus guerras? Un ejército vencedor quiere más, porque puede más que un vencido.

La paz dice Luis Fabri, mata el militarismo, por aquello de que órgano que no ejerce su función se atrofia, y sabido es que, con el militarismo no hay paz en el exterior cuando los Estados son fuertes, ni paz interna cuando son débiles como el nuestro.

No queremos, por esto, matar como Fabri, «disminuyendo sus fuerzas y socabando el patriotismo». Queremos, simplemente que sus fuerzas se encausen y persigan fines propios y lícitos.

Desçamos, siguiendo la tendencia de Ferri, quien dice con sobrada justicia que, «la civilización tiende á dar más importancia y á quitar nobleza al valor físico, que frecuentemente no es sino insensibilidad física»; que á los pueblos les dirija el *cerebro* y no los *brazos*.

Desgraciado del pueblo que
tenga que gobernarse con cau-
dillos militares.

BOLIVAR.

EL PARLAMENTARISMO

Si en política debo imponerse el civilismo, en la formación de las leyes y en la del gobierno debo imperar el *querer nacional* ú opinión pública, es decir, el parlamentarismo sobre la base del civilismo.

Vamos a exponer, brevemente, las razones por las cuales creemos, que con el parlamentarismo se combatiría, venciendo la arbitrariedad y violencias del militarismo. Estau-do en el ánimo del pueblo, por una parte, la imposibilidad que tienen los militares de poder gobernar á los pueblos, dentro del marco de la justicia y libertad y, consagrada por otra, esta tendencia general en la Ley, pensamos que las ambiciones de escalamiento al poder, con el sable al cinto, no verían nunca realizados sus deseos.

A todo esto, y para evitar las tendencias dictatoriales, propias de la raza, ó de la educación política formada por la imitación y por la historia, si agregamos que dentro del sistema parlamentario, no puede organizarse un

gobierno—á esto equivale el gabinete compuesto de los secretarios de Estado — sino de acuerdo y del seno de la Legislatura ó Parlamento, tendríamos que los dictadores y tiranos, resultarían si no imposible, muy difíciles por lo menos, por cuanto tendrían que romper el círculo inflexible formado por la Ley y el espíritu público. Hoy como ayer, los gabinetes que desde la altura de su poder omnímodo han empujado á la nación á la miseria y á la ruina, han sido nombrados con entera libertad, por el presidente, de entre sus favoritos. Los ministros de Estado, como los favoritos regios de otros tiempos, nunca han acentuado su personalidad política, siempre no han sido otra cosa, que ciegos instrumentos de la omnímoda voluntad presidencial. La opinión pública, en ninguna forma ha intervenido en la constitución de los gabinetes. Ni sus insinuaciones y simpatías se han atendido. Con el parlamentarismo, el gobierno saldría de entre los elementos prestigiosos y representaría necesariamente, las opiniones reinantes, en política, en economía nacional, etc.; puesto que, sus miembros, deberían pertenecer al parlamento. La farsa de las elecciones, mal incurable entre nosotros, terminaría, pues los tiranos, nunca se han impuesto con su talento en los cuerpos deliberantes; y, antes que convencerlos ó disuadirlos, á los individuos de su seno, Napoleón da su 18 brumario; Cronwel disuelve el parlamento inglés.

Las olas furiosas del peor de los despotismos siempre se ha estrellado contra el escollo de la altivez y el honor de los legisladores.

La Historia, demostrándonos está, con sus ejemplos innumerables, que los congresos y las cortes se han puesto de parte del pueblo. Cierto que el despotismo de muchos es peor que el de uno sólo, pero es más difícil de existir ó presentarse en la práctica.

En virtud del principio mismo, sobre el cual descansa el parlamentarismo, la responsabilidad solidaria de todo el gabinete, responsabilidad hecha efectiva por las cámaras, no es posible se imponga la violencia y la tiranía. En cambio, con el actual sistema, los secretarios de Estado no son otra cosa, que una continuación, por así decirlo, de la personalidad política del Presidente, y claro es que, si el primer magistrado quiere violar las leyes y ultrajar al pueblo, no pueden templar con su carácter, escudado por su honor político, los desafueros del tirano.

Un ministerio así formado, sobre el patrón del inglés, por ejemplo, no puede menos que sujetarse estrictamente en sus actos oficiales, á la ley, en primer lugar, á la opinión pública y á las imposiciones de su decoro personal, en segundo término.

Además, sería medio para descentralizar la omnipotencia del Presidente de la República. No sé yo, si los presidentes de varios Estados de la América Austral tengan más poder que el Zar de todas las Rusias, con todo de llamarse países republicanos. En la actualidad, como dijimos en otro lugar de este trabajo, el jefe del Estado lo hace todo: él elige con sus amigos el Congreso, él influye, sobre ellos, los impone según los casos á fin de que

otros elijan y formen el poder judicial con allegados y compadres; él presenta leyes y reformas y, como el Congreso se forma de aquellos que el presidente quiere, se construye con este sistema de *aristocracia criolla*, un círculo de hierro, que no lo pueden romper ni las fuerzas, ni las amenazas del pueblo. Implantándose, el parlamentarismo, aun en medio de nuestra corrupción política, se independizaría el poder Legislativo de la férula del Ejecutivo y el gobierno mismo, no estaría ya sujeto á los caprichos versátiles de algún mandatario vanidoso. Las leyes se las hiciera con mayor independencia y sólo atendiendo á los verdaderos intereses nacionales. Al santuario de los decretos inapelables de la justicia, no llegaran las influencias desastrosas del déspota.

Además, muchos de los hombres oscurecidos, por su altivez ante el mandarín, gracias á sus méritos y virtudes y sólo por el favor de su popularidad alcanzada, escalarían honradamente las gradas del poder, con la frente altiva y sin compromisos, ni imposiciones, condenados por el honor nacional.

Algunos pueblos de Latino América, con su ejemplo, demostrándonos están, que á las violencias, fruto natural del militarismo, han sucedido gobiernos cumplidores de su alta misión nacional, llenos de empeño por engrandecer su patria, único ídolo ante quien deben ofrendar sus mejores acciones y sus mejores energías los directores de los pueblos.

Esto no quiere decir, que un sistema de gobierno, como el que nos viene ocupando

deba tomarse tal cual se nos presenta en otros países más felices que el nuestro. Nosotros tendríamos que adaptar á nuestras condiciones sociológicas y políticas, consultando la oportunidad y conveniencia. Hacer una copia fiel en estas materias, resulta contraproducente, como les aconteció á los Estados del continente Europeo, después de la restauración borbónica, cuando ante todas las instituciones políticas, vacilantes unas, quebrantadas otras, transformadas las más, vieron sólo, que la organización británica había permanecido ileso y progresista, de acuerdo con las necesidades del pueblo inglés.

Nadie negaría, que con el parlamentarismo en el Ecuador, disminuiría la autocracia del poder. Los hombres encargados de dar dirección al pensamiento nacional deben encausarlo, preparando al pueblo, hacia fin tan noble como levantado y culto.

EDUCACION

LLEGAMOS al más importante y trascendental de los medios eficaces para transformar, no sólo pueblos, no sólo naciones ó razas sino á la humanidad misma, á esa gran bestia, que salida del fondo misterioso y sombrío de su origen, ha caminado a tientas, salvando precipicios, cayendo en abismos para ir en pos de una luz, que está aún lejana del siglo XX: la civilización, el perfeccionamiento, es decir, la Justicia.

No queremos aquí medir, el alcance de la educación; sus linderos no están aún definidos. Para unos, toda la civilización con sus inventos é industrias gigantescas, con sus máquinas ciclópeas, con todos los refinamientos de Londres y Berlín, de París y New York, son debidos á la educación: ella ha sido la gran guía, en el camino que sigue el hombre desde el período prehistórico hasta nuestros días, ella es la suprema consejera de la especie humana, por ella se salva de los errores anteriores, de cálculos mal hechos, de prejuicios y convencionalismos. Para esta clase de pensadores la educación hizo de Lacio la gran Roma; de las islas sombrías de Bretaña, el gran Reino Unido; de la Bárbara Moscovia, la Rusia de Pedro I; de regiones habitadas por

los pieles rojas, la más grande República que ve ese testigo impacible llamado Tiempo. El Arte y la Ciencia, la Moral y la Religión, la Economía y la Sociología ha hecho la educación.

Otros creen que no es el *todo* la educación: la encieran en estrechos límites, le reducen el campo de su influjo y acción. Tarde reduce todo á la imitación y no falta quien cree, que la civilización no es más que una cadena de invenciones ó descubrimientos, y algunos piensan que es pura adaptación como los sucesores de Darwin. No queremos entrar á discutir los límites de su vasto campo. ¿Qué le importa al espacio quitarle de su seno una constelación ó hasta un mundo sidéreo?, ¿qué le importa al tiempo restarle una época?....

Basta recordar lo que á este respecto dice el gran sociólogo peruano Sr. Cornejo: «la educación, expresa, es al mismo tiempo factor y producto social» factor en cuanto que es el medio, indudablemente, más eficaz, no sólo para moderar sino para transformar, el alma humana; producto, en cuanto viene á ser también un fin, un objeto y una consecuencia de los esfuerzos de los agregados sociales. En Europa, la educación como producto, ha llegado á un altísimo grado de perfección, y como medio, es el más importante para que el hombre civilizado avance en el camino del progreso.

No nos importa saber si la educación da, sociológicamente hablando, algo nuevo, ó bien, por el contrario, si se contenta con dar á los individuos el acervo de conocimientos, sentimientos y voliciones que tenga un grupo en

un momento dado. No queremos entrar á discutir los problemas de alta filosofía que se rozan con ella. No nos importa decir porqué, apesar de la educación, ciertas razas no prosperan ó decaen, ó porqué no desaparece la ignorancia de unos hombres, en ciertas materias, ó, porqué no se extinguen los errores ó prejuicios.

Para nosotros, basta recordar, que una educación verdadera, en su más amplio sentido—enseñanza oficial, influencias sociales, ejemplo etc., etc.—hace de un pueblo ignorante un país ilustrado, de un Estado débil una potencia y de un grupo de individuos miserables y ociosos, ricos, activos y conquistadores.

El japon, en 36 años, se transforma de Estado bárbaro y repleto de preocupaciones, en un pueblo fuerte, rico y poderoso y vence al poderío de la autócrata Rusia; Alemania é Italia con las lecciones terribles de los hechos, con sus derrotas frecuentes — los hechos educan con su ejemplo—con su anarquía de siglos, con sus Hegel, Kant, Fichte, D' Azeglio, Durando, Geoberti, Daniel Manín, Cavour y Garibaldi, se convierten en potencias de primer orden, por la fuerza de sus armas, por su riqueza, por su ciencia, etc.

Los Estados Unidos llegan al máximum de celeridad en su prodigioso progreso, gracias á la educación. En esta feliz República han labido Estados que han dedicado hasta las dos terceras partes de sus rentas fiscales á la educación, es decir á la Instrucción Pública. Los ejemplos podemos multiplicar: abí lo tenemos en nuestro propio hemisferio, en el mismo continente:

nuestro, dentro de una misma variedad de raza, á la Argentina, al Uruguay y hasta á Chile. En lo político, del absolutismo de Rosas se ha pasado al parlamentarismo asentado sobre la más amplia democracia; de unos cuantos indíginas ó criollos á 8 millones de habitantes y de unos cuantos villorrios se han hecho suntuosas ciudades, grandes y bellas como metrópolis; en lo económico, de la exportación de unos cuantos cueros, como dice un historiador argentino, ha pasado á una exportación que asombra á los mismos Estados Unidos. En ciencia, en arte, en periodismo, etc., Para muestra basta citar Ingegnieros, Soiza Reilly, etc.

La Argentina, por medio de sus pensadores ha dicho varias veces, que su prosperidad la debe á la Educación y á la Inmigración. Hubo presidente—el gran Sarmiento—que redujo su programa político á dos palabras: escuelas é inmigrantes.

Ante estos ejemplos y otros más, que el lector y todo el público conoce perfectamente, no es posible negar su fecunda influencia, ni sus resultados brillantes.

Bien, al Ecuador le debe servir de algo, como les sirven á todos los pueblos de la tierra, los ejemplos de los hechos verificados en otros siglos, ó en otros puntos del planeta. El Estado como la sociedad ecuatoriana debe educarse, en este ejemplo, para educar á sus ciudadanos.

La Argentina, Chile, el Perú, progresan por la educación, pues bien, ¿por qué no se imita para educar y no se educa para imitar? y no se crea que sólo en los claustros de las

escuelas, colegios y universidades se educa— su acción fecunda viene de puntos muy distantes y múltiples, como múltiples son los aspectos en que se manifiesta el alma humana— en el periodismo, en el libro, en el hogar, en las oficinas, en el trabajo cotidiano, en la fortuna, en la adversidad, se reciben terribles lecciones para luchar en la vida con ventaja, ó por lo menos, con más conformidad y menos sufrimientos.

Si la educación, es en cierto aspecto el conjunto de medios para modificar ó dirigir al hombre, en la formación ó consecución de sus fines, y si estos medios proceden de puntos innumerables, por no decir infinitos, ¿hacia qué fin deben ser guiados? La educación por sí misma no es un fin, es un medio social, hasta es un producto, pero jamás un fin.

¿Habrà la misma relatividad en los fines de la moral como en los de la educación? La Historia nos cuenta, que los fines de la Educación como los de la moral, varían con los pueblos y los siglos.

Los persas hacían de sus hijos hombres gratos en la amistad, fuertes y verídicos; Esparta preparaba á los hombres para el heroísmo de la fuerza; Atenas cultivaba la inteligencia y el cuerpo; Roma el culto de la República, las tendencias de conquista; la Edad Media preparaba á los hombres para la muerte y ahora, en los siglos XIX y XX, el fin que los educacionistas persiguen es el perfeccionamiento *integral* de todas las fuerzas humanas (físicas, intelectuales, sentimentales y políticas). Pero todo esto no constituye el último fin irreduc-

tible. ¿Para qué se *integran* las fuerzas humanas? ¿Será por el solo objeto de desarrollarlas? Creemos que no. El fin mismo proclamado por célebres educacionistas modernos, el desarrollo integral, es, estudiada bien la cuestión, un medio. Se desarrollan las aptitudes indudablemente para cumplir un fin. ¿Cuál será éste? ¿Será el Ideal forjado por los utopistas y filósofos? Desde que Goethe y Shiller, con sus geniales obras comprobaron que la humanidad no persigue *el Ideal*, porque es algo vano, algo que no existe, todos los pensadores convienen en que el hombre en todos sus entusiasmos persigue *un ideal*. ¡Hay tantos, son tan distintos entre sí! Por consiguiente la educación ecuatoriana debe perseguir un ideal. ¿Cuál podrá ser éste?

El fin educativo debe corresponder con el fin nacional. Esto es innegable, por lo cual, Alemania se militariza, Inglaterra conserva su preponderancia naval; los Estados Unidos producen, etc. Pero el Ecuador ¿se ha formado algún alto fin al cual pueda dirigir todas sus energías? ¿Los políticos, sus escritores, el pueblo mismo, tiene una nota conscientemente formulada, que no sea otra que aquella á la cual pueden llevar la fuerza de los hechos? En otros términos, ¿en qué esfera de la actividad humana podrán los ecuatorianos dar la nota más alta; es decir, distinguirse como los mejores? ¿Será en la agricultura, en la industria, en la guerra, en el arte, etc., etc? Nadie sabe hacia donde corre el carro nacional, si hacia su ruina ó á un verdadero perfeccionamiento. ¿Con qué alta finalidad se robuste-

cerán los débiles nervios de los ecuatorianos?
¿Qué esperanza le hará *vencer*?

Los pensadores y directores del pueblo deben formular el fin ó fines del Ecuador como nacionalidad.

Claro es que, la base de esta finalidad nacional, debe ser el aprovechamiento de todas las energías, tanto objetivas —suelo, subsuelo, situación geográfica, caída de ríos etc., etc.— como subjetivas —cualidades propias de la raza, aptitudes, gustos, tendencias, etc.— Para esta máxima finalidad ¿cómo debe resolverse ó, en otros términos, cuales son los fines, medios para llegar á ellos? ¿Qué aptitudes conviene despertar si no las hay, ó perfeccionarlo si existe en los ecuatorianos? ¿Será el Ecuador un país guerrero ó agrícola, ó imperialista, ó verá con felicidad mecerse su vida en los estrechos límites de los Andes y el Pacífico? Esto sin entrar en la consideración de cuál felicidad es preferible, si aquella que puede producirse dentro de la grandeza territorial y material por lo tanto, ó aquella que pueda nacer en la pequenez. En este caso, cuál vivirá con mayor gusto la vida nacional: Inglaterra con sus 32 millones de Kilómetros cuadrados y sus 420 millones de súbditos ó Suiza, pequeña pero grande, inmensa moralmente hablando?

El fin nacional en este momento histórico (1) creemos, que debe ser, en el campo económico, eminentemente agrícola, en lo político sostenedor de los derechos territoriales, no se-

(1). El cual puede ser más ó menos durable.

gún los títulos muertos, sino en conformidad con su poderío. El ecuatoriano debe formar su ideal en el trabajo fecundo, para aprovechar los dones que brinda su naturaleza ubérrima y su organismo vivaz é inteligente.

No olvidemos el gran pensamiento de Leibnitz: «dadme la educación y os combiaré la faz de Europa en un siglo». Con ella podemos hacer del Ecuador un pueblo héroe en el peligro, productor de todo aquello que engloba la palabra riqueza, moral en su conducta, *recto* y patriota cuando ejerza el mandato de los pueblos, es decir, virtuoso, trabajador é ilustrado. Estos son, pues, los ideales que mejor convienen al país. Para lo cual todos los ecuatorianos deben contribuir: magistrados, funcionarios, religiosos, periodistas, etc., etc.

La República y la Democracia dijo Montesquieu, tiene como base la virtud y el trabajo, eduquemos á los ecuatorianos para que nuestra República y nuestro régimen democrático sean lo que deben ser.

INMIGRACION

NADIE podrá negar que la inmigración es un poderosísimo factor de progreso. Basta citar tres países para ahorrarnos el trabajo de demostrar su utilidad: Estados Unidos, Argentina y Australia. Todos saben el papel importantísimo que ha jugado la inmigración en la evolución inaudita de estos tres pueblos. Si la inmigración es un factor de progreso nacional, es también un remedio contra el militarismo. Si el progreso disminuye las consecuencias del mal y el error, es muy natural que combata al militarismo, por su naturaleza misma, siendo como es el militarismo una de las peores formas de la iniquidad y el mal.

Los elementos pleróricos de fuerzas é ideales, que bajo el cielo de su patria no pueden desarrollarlos ó conseguir el objeto de sus aspiraciones, en playas nuevas encuentran un medio apropiado para su objeto. Se hacen un bien a sí mismos y hacen también al país que ha mejorado su suerte, contribuyendo á su progreso y felicidad.

Dos puntos, ó más bien, dos aspectos solamente queremos tratar sobre el gran problema de la Inmigración: su cualidad y su can-

tividad. No sabe aún la Etnología, ni la Biología, hasta qué punto se influyen unas razas á otras, ni qué producto da, como resultado del cruzamiento de elementos étnicos diversos. Si la zoología ha llegado á conclusiones prácticas,— natural es suponer que el hombre debe estar regido por leyes idénticas, puesto que es de la misma estructura, que las demás especies de la escala biológica—ya podía hacer luz en este asunto.

Oreemos del caso expresar que el Ecuador necesita, no de elementos latinos,—hartos estamos con sus vicios de raza y de educación—sino de aquellas cualidades que se observa sólo en las razas sajonas, (germanos, anglos, etc.) y que hacen en el concepto de algunos pensadores la grandeza de sus países. ¿Qué nos haríamos con más quijotismo español, con más ineptitud latina, con más indisciplina, etc.? Seríamos insoportables. Debemos, pues, completar nuestra personalidad étnica con elementos que nos den las aptitudes que nos faltan.

Necesitamos espíritu emprendedor, hábitos de trabajo, constancia en nuestros propósitos, disciplina en nuestro carácter, independencia en nuestra vida, *poder eficiente* en nuestras energías enfermas de raquitismo, etc., etc., es decir, todas ó casi todas las cualidades que hacen de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, las mejores naciones del mundo y, no podían darnos otros individuos, que los miembros de estas nacionalidades ó sus afines (holandeses, daneses, etc).

En los Estados Unidos se han dado cita los inmigrantes de todos los puntos del planeta, pero ha predominado el elemento anglosajón. El movimiento inmigratorio siguió este curso. Hasta 1870 predominó la británica, especialmente irlandeses. De 1870 á 1890 los alemanes, desde entonces aumentó considerablemente la austriaca que empezó en 1870 con 7.000 y llegó á 300.000 en 1911.

Por lo tanto, siempre ha habido exceso de inmigración sajona. Otro tanto ha acontecido con Australia, pero han sido ingleses los pobladores del novísimo continente. A la Argentina han arribado sobre todos, los elementos italiano y español, y no obstante esto, han dado buenos resultados.

De esto se infiere, que las razas afines se atraen; á los Estados Unidos inmigran los pueblos del Norte, á la Argentina los del medio día de Europa. Pero bien, todo esto nos da la calidad, por así decirlo, del inmigrante, si bien esto depende del individuo mismo. Encontramos buenos y malos elementos en Italia como en Alemania, en España como en Inglaterra. Cierto que la generalidad es la que informa á un agregado social, pero no es menos cierto, que buenos elementos de inmigración pueden obtenerse en todos los países cultos, ya que cultura necesitamos y sus factores son, no los miembros de un Estado sino de todo el grupo de países civilizados. Mas como todo esto es, si no imposible, por lo menos muy difícil, puesto que no es dable hacer un estudio de cada individuo, es preferible la inmigración de elementos que estén garantiza-

dos, por así decirlo, por las cualidades de su raza. Esto no puede conseguirse sino con personas de los pueblos que ocupan la primera línea en la cultura y civilización, esto es, de pueblos anglosajones, de razas del Norte.

Los medios que se deben emplear, para tan alto objeto, como es la selección del inmigrante, son muy difíciles de aplicarse. De aquí que, para simplificar el proceso tenemos que acudir á lo que á nuestra vista se nos presenta de bulto. Necesitamos hombres trabajadores, pues ahí están los individuos de las razas del Norte, sin fijarnos que en Francia también se trabaja, que en Italia la industria progresa.

Si pudiéramos escoger lo mejor de los individuos de los mejores países habríamos realizado la inmigración ideal por excelencia. Pero esto es imposible, los buenos elementos están bien colocados en sus países y no desean venir á morir en los trópicos. ¿Además, quién puede ser el arbitro en materia tan difícil? Tan mal estamos en el concepto de los pueblos cultos, que ni los malos elementos desean venir á poblar nuestras feracísimas tierras. No podemos escoger con tanta prolijidad; por lo tanto, nos toca facilitar los medios de selección de la inmigración, y esto es dable realizar obteniendo una corriente anglosajona, haciendo á su vez, la selección que esté al alcance de nuestra potencialidad económica, dentro de este elemento.

Si creemos convencidamente, que debemos poblar nuestras vastas regiones, debemos hacerlo, en lo posible, con buenos elementos,

sean éstos latinos ó esclavos, anglosajones ó japoneses.

De ser difícil como creemos que lo es, debemos escoger, donde más frecuentemente se hallen los buenos inmigrantes, es decir, en el anglo sajón.

En cuanto á la cantidad misma que el Ecuador necesite, podemos expresar, que ha menester de 20.000 individuos al año, cantidad que representa el 1^o/_o de la población total. A esta conclusión hemos llegado, en el porcentaje de inmigrantes, después de una prolija comparación entre las estadísticas de algunos países. Los Estados Unidos han tenido hasta el 2,5^o/_o y lo mismo la Argentina; el promedio en estos dos países de la inmigración por excelencia, ha sido de 1,5^o/_o. Nosotros podríamos contentarnos con el 1^o/_o, esto es, con 20.000 individuos anualmente.

De 1855 á 1880 á los Estados Unidos llegaron 3 millones de hombres de Europa y Asia (1). La Argentina ha tenido el siguiente movimiento de inmigración y emigración.

Años	Inmigración	Emigración	saldo
1857 — 1860	2.000		
1861 — 65	46.874		
1866 — 70	112.696		
1871 — 75	148.422		
1876 — 80	112.191		
1880 — 85	255.185		
1886 — 90	591.383	76.863	514.520
1890 — 95	236.252	169.312	66.940
1896 — 1900	412.074	159.140	252.934
1901 — 5	526.030	215.700	310.330
1906 —	252.536	60.124	192.412

(1). Cornejo.

Años	Inmigración	Emigración	saldo
1907	209.103	— 90.910	— 118.913
1908	255.710	— 85.412	— 170.298
1909	231.084	— 94.644	— 136.440
1910	289.640	— 97.854	— 191.786
1911	225.772	— 120.709	— 105.063

Esto casi da un promedio de saldo en la inmigración, de 150.000 hombres, esto es 2,5%. Nosotros, fundados en el examen del movimiento inmigratorio, hemos llegado á proponer como posible para el Ecuador el 1%. A este porcentaje debemos tender con todas nuestras fuerzas, ya que civilizar es poblar como dijo el gran Sarmiento (1).

(1). No hemos dispuesto de dato alguno sobre el movimiento inmigrativo del Ecuador: su número debe ser cortísimo, no puede pasar de unos cuantos cientos y esto es muy poco para nuestras necesidades.

CONCLUSION

Y OY á terminar. He querido con este trabajo rasgar el velo que cubre hechos vergonzosos, y males innumerables é inmensos en las sociedades sud - americanas. He deseado contribuir con mis fuerzas, á la caída de una de las más horribles formas del Mal: el Militarismo con su cortejo de crímenes y vicios, de miserias y ruindades.

Es tiempo de que dentro de los límites de nuestra Patria brille el sol de la justicia, y triunfe la verdad oscureciendo prejuicios infundados, vanidades ridículas y preocupaciones de clase.

Nuestro pueblo, bueno y sumiso debe dejar de ser el juguete de ambiciones desmedidas y de venganzas implacables. Por encima de los intereses de facción, de unos cuantos audaces atrevidos, deben colocarse los intereses nacionales. La sangre que vierte este gran mamífero agonizante tendido entre las faldas de los Andes, llamado Patria Ecuatoriana debe cesar.

Curemos las heridas derribando al Militarismo desde la altura de su insolencia y brutalidad.

Coloquemos en el altar de nuestras conciencias inviolables la Justicia y el Deber, el Honor y la Virtud, los Méritos y el Saber y bajemos desde lo alto del *fanatismo social*, engendrado por el oscurantismo de las masas, la ignorancia y la brutalidad, el vicio y la miseria del soldado convertidos en árbtrios de nuestros destinos.

¡Que nos gobierne el talento y no la ignorancia, la virtud y no las conciencias corrompidas!

La verdad, nunca carece de oportunidad para ser expuesta. Así lo hemos pensado, por esto hemos expresado con entera franqueza, con la firmeza de nuestro carácter todo lo que nuestra conciencia nos ha dictado, libremente, sin preocupaciones ni miedos, y menos aun sin esperanzas de lisonjas.

Si hemos cometido faltas, estas serán errores, pero jamás con intención de torcer la verdad.

Siempre combatiremos con todas nuestras fuerzas, en toda forma á esa trinidad infernal; el clericalismo, el militarismo y el capitalismo, los tres puntos negros de la civilización, los tres grandes males de la humanidad doliente.

Quito, noviembre y diciembre de 1909 y abril de 1912.

Daniel B. Hidalgo

Estudiante de Jurisprudencia en la «Universidad Central»

NOTA. — Suplicamos á nuestros lectores, si los tenemos, sean indulgentes. Hallarán muchas faltas de toda clase. Nos hemos encontrado en circunstancias que nos han privado corregirlas.

INDICE

	<u>PAGS.</u>
Introducción.....	1
Concepto del militarismo.....	9
El militarismo ante la Historia.....	17
Origen psicológico - histórico del pueblo ecuatoriano..	47
Cómo se han desenvuelto las democracias americanas....	59
La tiranía militar entre nosotros.....	74
Se han observado en las Repúblicas sud -americanas las leyes que rigen el desarrollo social y político?.....	79
El Estado y la sociedad tienen fines diversos.....	115
El Ecuador ha recorrido todos los grados de evolución que ha menester para ser un pueblo culto?.....	121
Entre quiénes se reclutan a los individuos del militaris- mo.....	135
Guerras civiles.....	160
Espíritu del militarismo.....	178
Lo que cuesta el militarismo a las naciones.....	188
Reformas que necesitamos. — Modos de combatir el mili- tarismo.....	203
El civilismo.....	210
El parlamentarismo.....	216
Educación.....	221
Inmigración.....	229
Conclusión.....	235